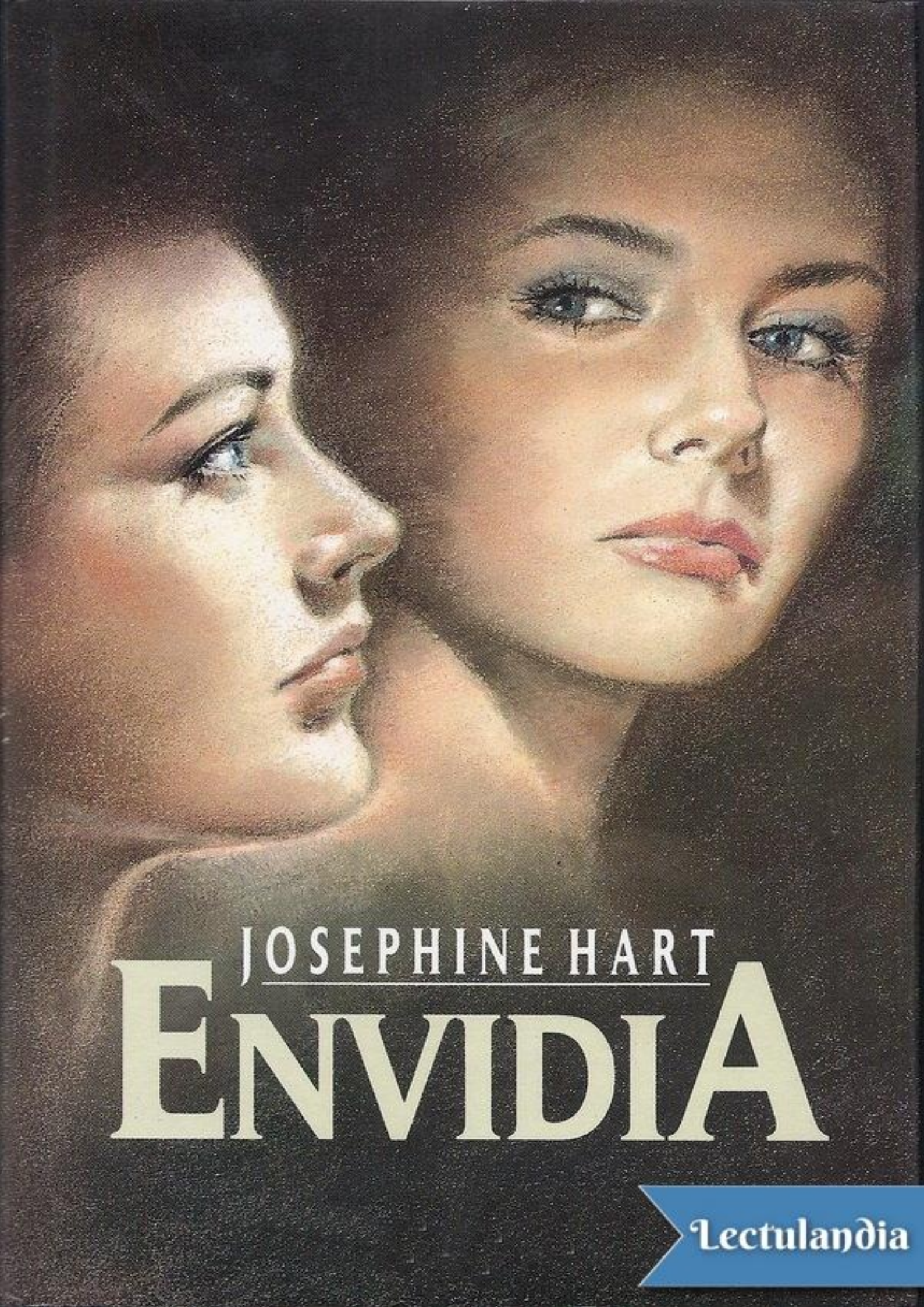




JOSEPHINE HART

ENVIDIA

Lectulandia

Ruth es apenas una niña cuando un terror nocturno le hace buscar desesperadamente la protección de sus padres.

Al bajar a la sala, ve con sorpresa que ambos ríen junto a su hermanastra, la dulce y cariñosa Elizabeth Ashbridge, cuyos padres han muerto años atrás en un terrible accidente.

Una extraña y abismal pasión, mezcla de celos y envidia, se apodera entonces irracionalmente de la pequeña.

A partir de aquella noche, desde el más oscuro abismo de su personalidad, lo que comienza siendo un inocente juego de niñas por el robo de algún juguete, se transforma, durante la madurez, en una perversa obsesión por poseer la identidad de quien le quitara algo que solo a ella le correspondía.

La destrucción de su hermanastra se convierte así en su única meta.

Durante largos días ensaya los gestos y los modales de Elizabeth con el objetivo de poseer a sus amantes, para conocer profundamente hasta los aspectos más íntimos de su víctima.

Tejiendo entre ambas las redes de un tortuoso laberinto maquiavélico, del que ni sus hijos podrán escapar, Ruth siente que debe hurgar también en los secretos de Charles, actual compañero de Elizabeth.

Secretamente urde un último plan, sin saber que puede acabar convirtiéndose en su propia trampa.

Lectulandia

Josephine Hart

Envidia

ePub r1.0

Titivillus 16.12.2017

Título original: *Sin*
Josephine Hart, 1992
Traducción: Horacio González Trejo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Una vez más, para Maurice Saatchi.

PRÓLOGO

Hay muchas formas de tener una infancia desdichada. Una de ellas consiste en ser demasiado afortunada. Esta certeza, regalo del tiempo, se alcanza lentamente. Dicen que el velo que nos oculta el futuro ha sido tejido por el ángel de la misericordia, pero ¿qué es lo que nos impide ver nuestro imprevisible pasado? ¿Por qué nos sentimos embozados mientras buscamos entre las ruinas, atrapados en la complicada maraña de motivos y actos? Novelistas de nuestras propias vidas, nos construimos a nosotros mismos con fragmentos ajenos, utilizamos a los muertos y a los vivos para contar nuestra narración. Este es un relato... fragmentos de una vida, de varias vidas, sobre todo de la mía y de la de ella.

CAPÍTULO PRIMERO

Nunca la conocí realmente.

Estuve más cerca de ella a través de su marido, el hombre con el que ahora vivo.
Y a través de su hijo Stephen.

Y a través de la mentira.

Hubo algunas personas, no muchas, en cuyo mundo entré en busca del conocimiento íntimo de ella. Y también hubo figuras secundarias, en la periferia de cuyas vidas aguardé silenciosa y oculta. Anhelaba aprehender alguna imagen fugaz que iluminase mi camino hacia ella. Allá donde la perdía, me sumergía bajo las aguas tenebrosas de mi propia vida y, desde debajo de las olas sombrías, rastreaba el tenue resplandor blanco de su alma. Si se ocultaba de mí, la buscaba. Solo después supe que se escondía para obtener ventajas. Sutil, secreta y oscura, yo seguía decidida a aniquilarla.

Aunque me hirió más allá de lo indecible, yo también le infligí daños profundos. Pese a que no nací para matarla, intenté destruirla. Con ayuda de un pequeño martillo de plata exquisitamente diseñado buscaría el punto exacto en que incluso la presión más ligera destrozaría el cristal, y su sustancia sería mía.

Precisamente en esa decisión a medias, que por una fracción de segundo hemos estado a punto de no tomar, a menudo tropezamos con el éxtasis o la desesperación. No fue el azar lo que la introdujo en mi vida. Me esperó en mi propia casa por obra de un grandioso designio. Fue la primera hija de mi madre pese a no ser su primogénita: una terrible injusticia para mí.

Se llamaba Elizabeth Ashbridge y yo le envidiaba hasta el nombre.

CAPÍTULO II

—Mamá, algo oscuro revolotea en mi cuarto. Hay algo negro en mi habitación. Negro y con alas. Mamá, mamá, ¿dónde estás? Por favor, mamá, ven, mamá, te lo ruego, por favor. Se va a posar en mi cara.

Avanzo a trompicones hasta la puerta. No alcanzo el interruptor de la luz porque soy demasiado pequeña.

—Mamá, no puedo... Mamá, mamá.

Recorro el oscuro pasillo, el negro pasillo.

—Mamá, me persigue. Ay, mamá, ¿dónde estás?, ¿dónde estás?

Debo de estar cerca de la escalera trasera. Me pongo de puntillas y alargo los brazos con los dedos extendidos. Ni siquiera así alcanzo el interruptor. Lentamente, barrote tras barrote, me sujeto a la barandilla. Peldaño tras peldaño desciendo hacia una negrura aún mayor.

El pasillo trasero es tan estrecho que con los brazos abiertos rozo las paredes. La cara húmeda, me escuecen los muslos, gotitas de terror y vergüenza.

Avanzo con dificultad.

—Mamá, mamá —grito hacia la bendita luz—. Mamá, mamá.

La voz de mi madre tararea suavemente al son de la radio, llega hasta mí. Por fin empujo la puerta. Abandono la penumbra y me interno en la luz.

Todos se vuelven hacia mí. La luz los baña. Forman una perfecta trinidad. Mi madre, cepillo en mano, está sentada detrás de Elizabeth, que permanece de rodillas. Lleva el pelo suelto, que le cae por la espalda: un halo de luz. Mi padre, situado frente a Elizabeth, está inclinado, casi de hinojos y con los brazos extendidos. Sostiene la taza de cacao de Elizabeth.

La felicidad perfecta, la absoluta felicidad... Yo estoy fuera del círculo. Mamá viene hacia mí y me coge en brazos al tiempo que Elizabeth exclama:

—¡Ruth, pobre Ruth! Estás llorando.

Papá se yergue hacia mí y susurra:

—Querida Ruth, mi querida pequeña. ¿Qué te pasa? Claro, debiste de bajar sola y a oscuras por la escalera trasera. Pobrecilla.

Me besan, me miman, me abrazan e intentan calmarme.

Me dan el cacao de Elizabeth, que me besa las piernas.

—Pobrecilla, pobre Ruth —susurra Elizabeth.

Otra vez me echo a llorar. Mis lágrimas de odio caen sobre la cabeza de Elizabeth, sobre su cabellera dorada. Vuelve el rostro hacia mí. Me inclino hacia ella y le rozo la cara con la mía. Una lágrima cae en sus labios.

«¿Escuece, Elizabeth, escuece?».

Me llevan nuevamente a la cama. Atravesamos el pasillo principal, iluminado

para mí. Mamá me arrulla mientras papá me transporta en brazos a mi habitación. La minuciosa búsqueda no encuentra ningún objeto aleteante. Solo hay un móvil a punto de caerse del gancho que lo sujeta. Mi padre se sienta a mi lado y me acaricia los cabellos mientras mamá canta una dulce nana. Me quedo dormida.

Una visión —una visión celestial— se ha grabado en mí. En la oscuridad contemplo la luz, la luz que tendría que haberme bañado a mí, solo a mí.

CAPÍTULO III

Ahora creo que a una edad demasiado temprana me vi expuesta a la bondad y nunca me recuperé.

Atrapada en el feroz dominio de la solicitud de Elizabeth y constantemente consciente del magnetismo de su mirada, me asfixié a causa del enrarecimiento del aire que la rodeaba. El poder corrosivo de su generosidad aniquiló mis modestas aproximaciones a la bondad a medida que fueron surgiendo.

Me parece que llegué al reino de Elizabeth rodeada por un saco amniótico de oscuridad e ira. Era su reino, se lo habían dado por afecto y conmiseración.

Elizabeth quedó huérfana cuando solo tenía nueve meses y era hija de Astrid —la hermana de mi madre— y de Oliver Ord Ashbridge, joven matrimonio que encontró la muerte en un accidente de automóvil. Elizabeth fue trasladada a Lexington. Los antiguos muros se constituyeron en un refugio de piedra para ella, y los célebres jardines y el lago confirieron a sus actos una belleza formal y mesurada. Por eso vivió en Lexington, querida y amparada, como hija de mis padres. Antes de mí.

Pero yo fui la única hija que ellos tuvieron, un derecho de sangre que me arrebataron.

No hubo culpables. Mis padres hicieron lo que consideraron atinado y correcto. Proporcionaron un hogar a Elizabeth —mi hogar— y me depararon el dolor de algo irreparable, de una auténtica pérdida.

Yo sería para siempre, falsamente, la segunda. No solo la segunda, sino una de un par: menos valiosa sin la otra.

Mis padres no repararon en las consecuencias que su afecto diligente y ecuánime ejercería en mí. Ante mis ojos, componían escenas de amor y ternura. Escenas que acabé por detestar: los suspiros de mi madre mientras trenzaba con esmero la larga cabellera rubia de Elizabeth, tarea que llevaba más tiempo que el enérgico cepillado de mis rizos negros y cortos. «Mamá, hay una solución —me habría gustado gritar—. Córtale el pelo a Elizabeth, tíralo, quémalo». Pero guardaba silencio porque por aquel entonces aprendí a ser paciente: a tener una paciencia lenta y soterrada.

Mi padre volvió a arrodillarse ante Elizabeth el día de su partida al internado, cuando ella sollozaba sentada en la cama. Le palmeó la mano para consolarla y murmuró:

—Ay, mi niña dorada, mi dorada luz.

Mi corazón quiso gritar que dejaran de organizar esas escenas, que ya era suficiente. «Papá, jamás te arrodillaste ante mí. Conmigo nunca te arrodillaste. Papá, Elizabeth no es tuya, no te pertenece».

Las escenas no cesaron.

Todavía puedo ver el gesto triste con que me miraban la semana posterior a la

partida de Elizabeth, durante la cual imité cosillas que le había visto hacer y que habían provocado elogios. Con un suspiro, me dijeron:

—Vaya, Ruth, tú también la echas de menos. Lo sé, cariño, lo sé.

Veo a mi madre sentada ante el escritorio de la directora, suplicando que nos pusieran en el mismo dormitorio, práctica que en el internado solían desaprobar.

—Es imprescindible que estén cerca. Ruth, que tanto depende de Elizabeth, se sentirá menos sola.

Las dos niñas dieron la felicidad a mis padres: Elizabeth y Ruth, la una detrás de la otra, sembraron la magia.

Una magia creada por Elizabeth. Y yo, desde pequeña, incitada a imitar la dulzura de su comportamiento y sus incontables actos de generosidad, a tomar nota de su generosidad. Seguí con fría envidia la senda que a través de los años Elizabeth abrió delante de mí. Como Lucifer antes de la caída, acabé por odiar la esencia misma de la bondad, por temer su poder.

Durante la infancia me faltó valor para rebelarme y pasé a la clandestinidad. Busqué modos secretos de ser y de denigrar a Elizabeth.

A veces, tal como me habían enseñado, me apropiaba de su conducta y la imitaba. Y después... de sus cosas. Las escondía. Cosas pueriles de la infancia: su tazón de los conejitos rojos, su muñeca preferida, el perro de peluche con la boca amarilla, cintas. Sonreía cuando la veía buscar esas cosas. En cierta ocasión la encontré llorando por su muñeca.

A veces imitaba su sonrisa, pero no iba conmigo.

Más adelante, cuando la adolescencia nos encontró en el internado, acumulé una modesta colección de nuevos objetos: ropa interior, pasadores para el pelo, medias, objetos insignificantes. Casi nunca los usaba; y si lo hacía, siempre era en secreto.

En aquellos años de impetuoso descubrimiento había momentos en que aspiraba a ser yo misma y suspiraba, pero lo acumulaba para un futuro enfrentamiento.

Todo empezó con nimiedades. Puede que siempre ocurra así: pequeños hurtos, mezquindades de poca monta, placeres maliciosos, ligeras crueldades.

¿Y si yo hubiera llegado antes que Elizabeth? ¿Y si yo hubiera nacido antes? ¿Elizabeth habría sido... como yo? ¿Y si Set, el tercer hijo después de Caín y Abel, hubiese sido el primogénito? ¿Y si el Señor se hubiese dado por satisfecho con el don de Caín? ¿Alguna vez habría despertado el monstruo que dormía en el interior de Caín?

Elegí mi hábito. Comprenderéis que yo no tenía grandes planes porque no era ambiciosa. Los aplausos del público no me hacían falta. Mi naturaleza era espiritual y malévola. Estoy convencida de que en el mundo hay muchas criaturas como yo.

CAPÍTULO IV

Nunca fui promiscua. Estoy convencida de que escogí a mis amantes con inteligencia y cierta originalidad. A pesar de que mis víctimas jugaran con un tablero diseñado por mí misma, realicé con arte incluso mis súbitos descensos de depredadora arbitraria.

Soy hermosa. Es la constatación de un hecho que concede poder. Tengo el pelo oscuro y la piel cetrina, con los poros casi imperceptibles. Mis hundidos ojos pardos se curvan ligeramente hacia arriba. En lugar de arquearse, mis cejas parecen volar sobre la frente, peculiaridad que no pasa inadvertida. Tengo la nariz larga, estrecha y recta. Mi boca es firme y mis labios aparecen rojos aunque no me ponga carmín. Poseo un rostro cuya intensidad de color vuelve ligeramente exótica la regularidad de mis facciones. «Al fin y al cabo es una Di Malta», solía decir mi madre en alusión a la madre de mi padre, que era italiana. Mi estatura es superior a la media; a decir verdad, solo soy apenas más baja que Elizabeth. Sin embargo, tengo una figura voluptuosa.

Por tanto, físicamente estaba bien preparada para salir al ruedo. Lo más decisivo para mi éxito futuro consistió en que mi profundo conocimiento del pulso y el ritmo vibrante del deseo constituía una cualidad similar al genio.

De joven tuve, como ya he dicho, un conjunto de cosas de Elizabeth, una modesta colección. Ahora tengo lencería de seda. Adornos para el pelo, dos de ellos de oro. Carmín de labios. Zapatos negros de tacón y otros objetos nimios. Aún los uso en ocasiones excepcionales, siempre en secreto.

Después de Oxford, donde estudié filología inglesa, me incorporé a una pequeña editorial como colaboradora. Progresé sin cesar y fui tan cuidadosa a la hora de encubrir mi riqueza como sutil en el despliegue de mi belleza.

Como todas las mujeres realmente bellas, vestía con extrema sencillez. Sabía que dar un toque afectado a mi tono exótico o ceñir con ropa las curvas llenas de mi cuerpo equivalía a fomentar la vulgaridad. Además, me despojaría del elemento sorpresa y socavaría los preceptos del sigilo, imprescindibles para desarmar con éxito a la víctima.

Disponía de un modesto armario de vestidos sencillos y elegantes: la mayoría de color azul marino o blanco en verano, y tono crema pálido (por el que siento gran predilección) y negro en invierno, alterados ocasionalmente con un toque de rojo. Mis accesorios eran carísimos y siempre estaban en perfecto estado. El diseño clásico y la relativa opacidad de sus colores desviaban la atención del hecho de que, por ejemplo, mis bolsos costaban más que el sueldo de un mes.

Este peculiar método de presentación tranquilizó a mis colegas. Los hombres que conocí en el trabajo no tardaron en descubrir que sus insinuaciones despertaban una respuesta tan escurridiza que, inicialmente atraídos por esa cualidad misteriosa que

me rodeaba, al final se replegaban desconcertados pero con el orgullo intacto.

A pesar de que mis compañeros ni se enteraron y de que la idea solo fue concebida a medias, tomé en consideración la posibilidad de crear un pequeño departamento editor de libros en el imperio de *magazines* de mi padre. Me quedaba mucho por aprender.

De lunes a viernes vivía en Londres en un elegante piso del callejón sin salida que hay detrás de Harrods. Era un lugar discreto. Aunque sugería claramente que yo no vivía solo de mi salario, ese apartamento evitaba que tuviese que dar explicaciones acerca de mi privilegiada situación económica. Desde esa base desarrollé una vida social que, mediante cuidadosas manipulaciones, discurrió paralela a la de Elizabeth. Creía tener todo bajo control.

Elizabeth no era bella, sino impresionante. La promesa de aquellos años infantiles de dorada cabellera y exquisitos rasgos se había difuminado en un pálido atractivo del que en modo alguno ella sacaba partido. Era su estatura —heredada de Oliver, su padre— lo que impactaba. Tenía las piernas largas y delgadas. Sus hombros poseían una fuerza ligeramente masculina que la severidad de su vestimenta parecía realzar.

Si mi vestuario había sido elegido con esmero y con un fin que solo yo atinaba a comprender, el de Elizabeth parecía, francamente, resultado de una remilgada pulcritud, de una elevada pureza que casi turbaba la mirada. Ella vestía camisas blancas de algodón o de seda y tejanos o trajes a medida. Por la noche se ponía chaquetas de terciopelo o de seda y largas faldas de seda que parecían rodear como un sarong su estilizada cintura. Durante el día llevaba el pelo peinado hacia atrás y recogido con un pasador. Por la noche lo levantaba en un sencillo moño. Fue un estilo que permaneció incólume a lo largo de los años, a medida que nuevas prendas casi idénticas sustituían a las viejas.

Después de pasar por la Escuela de Bellas Artes, donde obtuvo un éxito moderado, Elizabeth vivió en un amplio piso que hacía las veces de estudio en Kensington, donde pintaba. Su obsesión por el cielo la convertía en una pintora pasada de moda, casi nunca exponía y, en mi opinión, carecía de talento.

Tenía pocos amigos, en su mayoría artistas. Conservó de sus tiempos de estudiante una relación estrecha con la familia Baathus, reputados banqueros internacionales. María Baathus invitaba regularmente a Elizabeth a París y al castillo de la familia a orillas del Loira. Elizabeth aceptaba las invitaciones con un entusiasmo casi pueril. Retribuía la hospitalidad invitando ocasionalmente a María Baathus a Lexington. María apreciaba mucho esas visitas y adoraba Lexington y su célebre lago por su «misterio», como dijo en cierta ocasión.

Hasta cierto punto, Lexington es una mansión oculta y secreta. Se llega por una calzada serpenteante y ascendente que atraviesa la arboleda. De pronto aparece un claro y, por sorprendente que resulte, Lexington —pintada de rojo— domina la colina. El parque largo y descubierto desciende suave y sombreado por los árboles hasta llegar a la luz acuosa.

Lexington, la casa y el lago, en el que a lo largo del tiempo hundimos tanto de nuestras vidas, fueron adquiridos por nuestro abuelo durante su primera racha de fulgurante éxito comercial. El abuelo lo describió como «la partida de ajedrez definitiva».

Había comprado una pequeña editorial de *magazines* con títulos arraigados, aunque no muy rentables. Sacó la empresa del enorme y antiguo edificio del centro de Londres y, de esta forma, pudo utilizar la baza que más le interesaba: la propiedad. Con la considerable fortuna que obtuvo de la venta del edificio, al cabo de tres años el abuelo dejó de editar seis revistas de poca venta, transformó otras en líderes del mercado y lanzó triunfalmente otras dos. Creó un imperio editorial: Alpha Publishing. Lo bautizó así porque mi abuela se llamaba Alexa y habían puesto a sus dos hijas los nombres de Astrid y Aileen. «Todas empiezan por la A», bromeaba mi abuelo.

A la muerte del esposo, mi abuela —no sé si de pena o de alegría— hizo pintar de rojo la piedra gris de Lexington.

Mi abuelo y mi padre regresaban de Londres a Lexington cada fin de semana y se consagraban a actividades masculinas como pescar, cazar y jugar a las cartas. Los fines de semana en Lexington rezumaban olores masculinos y un extraño tono risueño que de niña me hacía estremecer. Hasta el color de Lexington parecía cambiar: el tono rojo sugería osadía y triunfalismo. De lunes a viernes, los días femeninos de la semana, me parecía de color rojo sangre, con alguna mancha negra coagulada en sus profundidades.

CAPÍTULO V

Los hombres apuestos nunca me han interesado. No se debe a que los considere vanidosos irremediables ni incapaces de amar profundamente, como suele creerse. Nada de eso. Sé que la Naturaleza no es pródiga y que, si te dota de belleza, seguramente no se siente obligada a ser generosa con otras cualidades.

Un día de estío en que Elizabeth se aproximaba a la treintena, llegó a Lexington el motivo de sus asiduas visitas a Francia: Hubert Baathus.

Cruzó el jardín hacia mi tumbona, con su rostro sonriente y distinguido exhibiendo la verdadera topografía de equilibrios y planos de claroscuro que vuelven apuesto a un hombre.

Reconozco que, con un mínimo de originalidad, me planteé la seducción del amado de Elizabeth; fue un plan concebido en la fracción de segundo de su llegada. Empero, esta trivialidad no disminuyó ni podía disminuir, en modo alguno, el dolor que ella padecería.

Sonreí a Hubert a pesar de la luz del sol y ofrecí mi mano a su perfecta inclinación y al beso de caballero que evitó el contacto real.

—Elizabeth habla de ti con tanta admiración... que soñaba con conocerte.

—Eres muy amable —repliqué.

—¿Muy amable? ¿Se puede ser muy amable?

Helen, mi listilla invitada de aquel fin de semana, intervino:

—Hubert, has entendido la expresión al pie de la letra. En Inglaterra solemos responder «eres muy amable» cuando queremos decir otra cosa.

Hubert me miró con ligero desconcierto.

—Estoy seguro de que he entendido bien lo que Ruth quiso decir. Me expreso con excesiva torpeza. Soy algo pomposo... hablando en inglés.

—Nada de eso, hablas un inglés encantador —repliqué.

—Sí, claro, encantador. Ahora comprendo a qué se refieren los ingleses cuando dicen «encantador». Capto el «matiz».

Hubert soltó una carcajada y Elizabeth sonrió delicadamente ante el ligero triunfo de su enamorado.

—Es posible que Hubert se traslade a vivir a Londres durante tres o cuatro años —dijo Elizabeth.

—¿De veras? ¿Para qué? —pregunté.

—Hemos abierto una sucursal del banco en Londres. Me quedaré una temporada, hasta que todo esté encaminado, y luego regresaré a París.

—¿Supones que te gustará vivir en Inglaterra?

—Sí, estoy seguro. —Dirigió una mirada cariñosa a Elizabeth.

—¿Ya has vivido en Londres? —quise saber.

—Vivir, lo que se dice vivir, no, pero he realizado frecuentes visitas. Londres me encanta, sobre todo el teatro... es el mejor del mundo. Da la sensación de que os estoy halagando demasiado, ¿no?

—Nos agrada que nos halaguen.

Helen también sonreía a Hubert, pero su inteligencia perdía terreno frente al encanto de Hubert.

Elizabeth estaba fascinada. ¿Por qué le interesaba a Hubert? ¿Acaso él deseaba su alma? ¿En qué arma potente se convierte el alma cuando se la observa con la agudeza necesaria para apreciarla! ¿Se lo habían tomado en serio? Elizabeth sí. ¿Y Hubert?

—Ruth... —Sobresaltada, me volví hacia mi madre—. Ruth, querida, pareces ensimismada. Cariño, deberíamos pasar a la terraza, el almuerzo está servido.

Observé a Elizabeth y a Hubert mientras andaban hacia la casa. Él la había cogido por la cintura y Elizabeth se apoyó contra el hombro de su amado, al que miró como si esperara que le iluminase el sendero, incluso en un día de verano.

Caminé tras ellos. Mi sombra los alcanzó. Se detuvieron y se volvieron sonrientes hacia mí. Me situé al lado de Hubert.

—Espero verte los fines de semana en Lexington cuando te traslades a vivir a Inglaterra.

—Hubert empieza el mes próximo —explicó Elizabeth.

—¿Has comprado una casa en Londres?

—No. El banco posee un piso en Mayfair. Viviré allí, al menos en el futuro inmediato.

Habíamos llegado a la casa. El almuerzo estaba servido en la terraza. Pliegues de hilo blanco —una de las obsesiones de mi madre, cuyo armario de ropa blanca irradiaba una pureza casi alpina— colgaban de la mesa rectangular y caían sobre la piedra gris de la terraza. Estudié a Hubert mientras comía. Tenía mucho apetito pero era discreto: una tensión interesante. Elizabeth sonrió regocijada cuando Hubert felicitó a mi padre por la elección del vino, del que bebió bastante, aunque sin pasarse. Pensé que rozaba el límite.

Elizabeth jugueteó con la comida, y prácticamente no bebió una gota. Elizabeth nunca se acerca al límite. Su pintura no contiene peligros ni emociones. Hubert habló como si me hubiera leído el pensamiento:

—Admiro profundamente la pintura de Elizabeth. Se ha comprometido con la belleza. Está muy familiarizada con la tradición francesa. Nosotros no celebramos la fealdad por el mero hecho de que resulte impactante. —Se volvió hacia mí y preguntó —: ¿Comprendes?

—Sí, claro que sí —intenté ser diplomática—. Sin embargo, el arte con mayúsculas siempre ha impactado, *n'est-ce past*.

—Así es, Ruth, pero Elizabeth no se considera una gran artista. No obstante, su mirada es realmente penetrante. Es posible que con el tiempo os sorprenda a todos. Intuyo que...

—Hubert, por favor, ya está bien —lo interrumpió una ruborosa Elizabeth—. En realidad, es muy sencillo. Pintar es lo único que sé hacer y solo tengo una pizca de talento, pero me hace muy feliz y mis modestos éxitos me alientan a proseguir con mí...

—¿Con tu fascinación? —La ayudó Hubert.

—¡Maravilloso! —Exclamó Helen—. Formáis una pareja fascinante. Dios sabe que no existen muchas.

—Ruth, ¿dónde está Dominick? —preguntó mi madre.

Si por un momento olvidaba rogarme que me casara con él, ocasionalmente Dominick se convertía en una compañía amena durante los fines de semana en Lexington.

—Está en Estados Unidos, mamá. Dará una serie de conferencias en Berkeley —respondí.

La especialidad de Dominick —las matemáticas— era tan elevada que impedía toda conversación relativa a su trabajo. Todas las preguntas que se le formulaban al respecto estaban cargadas de temor —temor de que Dominick cayera en la tentación de dar una explicación—. Leía ávidamente novelas modernas y despreciaba la mayoría. Solía decir burlonamente: «Así tengo de qué hablar».

Pues sí, Dominick poseía sus encantos, a pesar de que conmigo había errado el camino. Cualquiera día tendría que quitármelo de encima. Yo abrigaba la esperanza de que supiera marcharse con elegancia.

CAPÍTULO VI

—Ruth...

—Dime, Elizabeth.

—Ruth, no me lo merezco. —Le dirigí una breve sonrisa—. No merezco ser tan feliz. Desde el instante en que lo vi...

—Estoy segura de que él siente lo mismo, sois como Dante y Beatriz. «Solo la vi al pasar, pero la amaré hasta la muerte».

—Oh, Ruth, siempre encuentras las palabras adecuadas. Es un don maravilloso.

El resplandor de Elizabeth —el resplandor de la novia, reflejado en el largo espejo oval— parecía salido de un cuento de hadas. Era irreal, como si la imagen fuese una destilación tan concentrada de la realidad que al final era lo único que existía. Me situé detrás de Elizabeth, pero mi vestido de color rosa fuerte quedó anulado por los pliegues de tela marfileña que ella llevaba. Se volvió bruscamente y durante un momento quedamos cara a cara: la novia y su dama de honor. Me besó. No me moví. ¿Qué habrían traicionado mis gestos? Mientras el roce de los fríos labios de Elizabeth parecía perdurar en mi mejilla, la seguí de su cuarto al pasillo, donde se reunió con mi madre.

—Vaya, Elizabeth, estás encantadora.

—Madre... —Elizabeth la abrazó.

Madre. No era verdad. Y poco después dijo *padre*, lo que tampoco era cierto. A mi padre le llegó el turno de reverenciarla. Sin prisas pero sin pausa, pasamos delante de varios acólitos y atravesamos el gran momento de Elizabeth hasta llegar a la iglesia y a Hubert.

Ciertamente el ritual del matrimonio es sagrado. Observé a Hubert. Sus facciones poseían una suerte de eternidad clásica, cualidad que garantizaba que, en el futuro, una adolescente que encontrase una fotografía suya en un baúl o en un rincón de una habitación emitiría una exclamación de admiración por lo apuestos que podían ser algunos hombres. Cuando se volvió hacia Elizabeth, la expresión de Hubert dio testimonio de sinceridad y amor. No experimenté ningún dolor. Debían amarse... tuve que buscar las palabras: debían amarse intensamente. Me pareció una expresión satisfactoria. Tanta perfección me incomodaba. ¿Para qué enmascarar algo que de por sí era imperfecto? Es la primera resquebrajadura la que arruina el jarrón Ming. Es la primera mentira la que aniquila la verdad. Es el primer adulterio el que quiebra la unión. A partir de la primera vez solo hay repetición.

Y a partir de entonces, como es obvio, siempre es repetición. Cuando la perfección es profanada, cuesta resistirse a los placeres de la destrucción, las mentiras y la concupiscencia. Entonces el sacrificio es a cambio de nada.

Permanecí de pie, vestida de rosa junto a la azucena, y examiné disimuladamente

las diminutas espinas de mi ramo.

Caminé tras ellos, en solitario, por el pasillo. La tercera. Iba encapuchada con un velo de seda. Las otras damas de rosa nos siguieron al exterior, hasta el dorado día estival que extendió su calor ligeramente empalagoso en torno a la pureza marmórea de los recién casados.

Como si hubiera cogido una borrachera, Lexington pareció bailar al son de sus risas y guiñarles el ojo con cada sonrisa. Las mesas largas dispuestas en el patio seguían el perímetro de la casa. La mesa de honor se encontraba ante el edificio principal y estaba destinada a los principales protagonistas. Dos mesas largas, situadas a los lados, respetaban la forma de las alas este y oeste del viejo sueño dinástico que Alexa había tenido para sus hijas. Después del banquete y los discursos, los invitados caminaron con aire extasiado por los jardines, y unos pocos buscaron la intimidad del lago distante.

—Forman una pareja perfecta —me comentó Charlotte Baathus la hermana gemela de Hubert.

—Sí, ya lo creo. Son la pareja perfecta.

—Todo ocurrió tan de prisa...

—Así es.

—Reconozco que me sentí algo... sorprendida. Hasta me escandalicé, pero María no cabe en sí de gozo. Siempre adoró a Elizabeth.

—¿Escandalizarte? ¿Por qué?

—Tomaron la decisión de contraer matrimonio un mes después de que Hubert se trasladara a Londres —prosiguió Charlotte—. Y la boda fue... tan poco tiempo después...

—Elizabeth quería casarse en verano y no tenía sentido esperar al próximo —repliqué.

Charlotte Baathus me caía fatal. Mientras que Hubert era apuesto, ella poseía la belleza vulgar de las que tienen ojos azul claro y labios sonrosados. Hablaba inglés, casi sin acento extranjero, con un timbre suave y jadeante.

—Charlotte, a mí no me escandalizó la rapidez con que anunciaron la boda —afirmé—. Están... intensamente enamorados —volvió a aflorar la palabreja.

—Es verdad —reconoció.

Me di cuenta de que la idea le desagradaba. Para una observadora avezada como yo, basta una ligerísima tensión de los músculos que rodean la boca para captar la mezquindad del alma.

Besé ligeramente a Charlotte. Esperaba que ese beso la confundiera, pues se lo di inmediatamente después de mi modesta victoria. Gocé con la tensión casi imperceptible de los músculos del brazo, que sujeté antes del descenso depredador de mis labios, de modo que le resultó imposible escapar.

Me alejé y encontré otro grupo de satisfechos testigos de la felicidad de Elizabeth y Hubert. Estuve en todo de acuerdo con los exagerados tributos ofrecidos a la

belleza de Elizabeth. Oí hablar a varias amistades de Elizabeth, que describieron con entusiasmo sus supuestas y continuas amabilidades. Llegué a la conclusión de que la súbita boda había convertido mi plan en algo mucho más interesante, peligroso y difícil.

Con una tierna sonrisa me acerqué a un esperanzado Dominick. Volví a maravillarme de que el corazón y la mente humanos fueran algo secreto, lo que constituye una misericordiosa protección para todos nosotros. ¿Quién sería capaz de sobrevivir a un viaje por la mente de otro ser humano?

Nadie, absolutamente nadie conocía mis pensamientos. ¿Y Dios?, me pregunté ociosamente. ¿Los conocía Dios? Y, en caso de que los conociera, ¿le importaban?

CAPÍTULO VII

El matemático enamorado no aborda a su amada con un análisis científico del cálculo de probabilidades de las relaciones y, menos aún, un matemático cuyo amor no es correspondido.

Es posible que, después de todo, exista alguna ley científica. ¿Acaso el amor del enamorado se expande o se contrae en relación directa con el amor correspondido o rechazado? ¿Quién puede negar que la intensidad de la propia adoración, si se sigue desarrollando, no produce una respuesta? El dicho reza: «Si en este corazón hay amor, también existe en aquel, pues una mano no puede estrecharse sin la otra». ¡Qué seductor! ¡Y qué falso! ¿Para qué atrapar lo que ya ha caído en la red? Solo en el vuelo reconocemos la libertad de las aves.

Esos fueron mis ociosos pensamientos durante el paseo que di con Dominick después de la boda. Pensamientos encubiertos por mi tierna sonrisa ante sus requerimientos y sus expectativas. Dominick había desarrollado la costumbre de albergar expectativas.

Como era un día claro y ligero y estábamos al otro lado del lago, a salvo de miradas indiscretas, sus intentos de seducirme se vieron coronados por el éxito. Sus expectativas se cumplieron.

Pero la decisión fue mía. Lo permití. Me digné aceptarlo. Con Dominick era imprescindible guardar las distancias. Yo lo sabía, pero él no. Asistí a su vulgar éxtasis con los ojos entornados. En los momentos posteriores, mientras su cuerpo se recuperaba, tuve una ligera visión de Elizabeth y Hubert: su unión carnal en sacro matrimonio. Esta vez tampoco experimenté dolor. Dominick volvió a susurrar su petición de matrimonio, pero mi corazón estaba cerrado a cal y canto. Exhalé un suspiro de irritación, deseché mis pensamientos y sembré en su corazón la duda y su cruel prima, la esperanza. Pero no alimenté el rechazo. Había decidido apoyar la cabeza en el mullido centro de una planta y aplastarla. No tuve culpa. Al fin y al cabo, la Naturaleza nunca ha sido recíproca en su amor.

Regresamos andando a Lexington. Los invitados ya habían partido. Éramos una impostora y su chico con cara de listillo. El pelo pajizo le caía sobre las gafas. Su cuerpo era larguirucho y sus líneas no me atraían.

Nos sentamos a la mesa con mis padres. Comimos pescado a la brasa y después pollo frío con crema de limón y olivas negras troceadas en forma de corazón. Las azucenas del centro de mesa, algunas de las cuales presentaban capullos como cabezas de serpiente, se abrieron delicadamente durante la cena. La depredadora se convirtió en víctima.

Bebí vino tinto y me pregunté inútilmente qué hacían en ese instante, exactamente en ese momento, Elizabeth y Hubert. Con la imaginación deambulé por el familiar

cuerpo de Elizabeth. Intenté imaginarlo con los ojos de Hubert. Pensé en ese acontecimiento íntimo para el que buscamos sitios privados, habitaciones recónditas o la oscuridad, a fin de que nadie vea el modo concreto en que hombre y mujer se convierten en un único ser. El hombre empuja ciegamente hacia arriba por el mismo canal que una vez recorrió ciegamente hacia abajo para salir al mundo. Está convencido de proporcionar placer donde una vez hubo dolor. De todos modos, acaba derrotado. A partir de esa dulzura resurgen el dolor y la sangre cuando por ese canal el cráneo del bebé empuja por entre los huesos. La historia vuelve a repetirse. Y Dios nunca pide perdón.

El vino tinto me revolvió el estómago. Para mi sorpresa, pensé en Elizabeth embarazada, de parto, convertida en madre.

—Serán muy felices —aseguró mi padre.

—¿Es una orden? —pregunté.

—Querida Ruth, solo es mi opinión.

—Querido papá, ¿en qué te basas para afirmarlo?

—En la certeza de que el hombre que no sea feliz con Elizabeth solo puede ser un insensato.

—Vaya. ¿Acaso Elizabeth posee la fórmula secreta? Espero que cuando vuelva de Grecia se la explique a Dominick para que cree la fórmula matemática de la felicidad y se haga famoso. El principio de la felicidad matrimonial, de Dominick Garton, basado en el modelo Ashbridge-Baathus. Descubierta en el archipiélago helénico, donde los recién casados pasaron la luna de miel. —Sin dar tiempo a mi padre para que manifestara su desaprobación, le lancé un beso y añadí—: Es una broma, papá, no es más que una broma. Estoy segura de que serán inmensamente felices. Tienes razón. Nadie puede dejar de enamorarse de Elizabeth.

Mis padres sonrieron con vacilante alivio.

—Ruth, ¿existe acaso el hombre incapaz de ser feliz contigo? —dijo Dominick y me envió un beso.

—Ay, Dominick, eres mi único admirador. Creo que no estoy hecha para la felicidad. En mi caso es un concepto que no alcanzo a comprender.

—Qué tonterías, Ruth, solo dices tonterías —me regañó mi padre.

—Papá, no son tonterías, aunque a ti te lo parezcan. Para mí tienen sentido.

—Hasta ahora has tenido una vida maravillosamente feliz. No la tomes tan a la ligera. Afrontemos la realidad.

Mi padre y yo nos enzarzábamos a menudo en guasas de ese tipo. Era nuestra propia barrera expresiva. Poseía cierto estilo, reglas específicas y lograba el objetivo final: la falta de comunicación, algo esencial entre un hijo adulto y su progenitor. Sus estudios de derecho lo llevaron a pensar que la técnica de preguntas y respuestas era el camino de la verdad. Pero siempre olvidaba que yo no estaba bajo juramento.

—Esta noche vuelvo a mi piso. —Dominick se incorporó para marcharse—. Mañana a primera hora tengo que dar una conferencia.

—La semana pasada Elizabeth comentó que no deja el estudio de Londres —añadió mi madre.

—Así es. Decidió seguir pintando en el estudio porque el piso de Hubert es muy pequeño —replicó Dominick.

Dominick vivía en el mismo bloque en que Elizabeth tenía el estudio: un matemático y el estudio de una pintora. Estaba convencido de que así adquiriría el aire bohemio que tanto deseaba. Su inteligencia estaba atrapada en el seno de un temperamento equivocado. Su genialidad era tal y había sido reconocida y recompensada tan rápidamente por escuelas y universidades que el niño prodigio no tuvo la menor posibilidad de cambiar. Quedó tan agobiado por los logros académicos que se vio obligado a asumir su propio talento, casi con la misma intensidad con que se volvió inglés.

Los padres de Dominick eran norteamericanos. Su padre era un matemático de nota y su madre fue nombrada consejera principal de McKinsey después de estudiar varios años en el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Durante un traslado compartido y minuciosamente planeado a Londres —él a la Escuela de Economía de Londres y ella a la sucursal de su compañía—, Dominick estudió en la Westminster School. Allí se enamoró de Inglaterra y de todo lo inglés. Estaba convencido de que su pasión era recíproca: una ceguera familiar en el caso de Dominick.

Cuando sus padres regresaron a Estados Unidos, Dominick optó por el Trinity College de Cambridge, en lugar de estudiar en Harvard. Una vez allí aceptó aquello que en Westminster solo había comprendido a medias: que la apasionada seriedad con que se tomaba el estudio debía estar salpicada de ironía. Y que, en la alta sociedad inglesa, casi nunca se mencionaban las ciencias. Era mucho más encomiable un coqueteo de poca monta con las artes.

Conocí a Dominick en una fiesta que Elizabeth había organizado hacía varios años. Di rienda suelta a su interés por mí porque las visitas a su piso me proporcionarían una atalaya perfecta. Tanto en lo estratégico como en lo táctico, mi seducción de Dominick estuvo tan sutilmente planeada y ejecutada que en el momento de la posesión fue su rostro el que expresó triunfo. El creciente apremio de su amor por mí, cada vez más intenso, fue la única complicación en un guión por lo demás perfecto.

Antes de Dominick hubo, naturalmente, otros hombres. Recuerdo a un antiguo novio de Elizabeth, un pintor mexicano al que ella había rechazado, con lo cual me llevé una buena sorpresa (pero me enteré cuando era demasiado tarde). Tuve un lío con un aristócrata totalmente impresentable que abrigaba la idea de convertirse en pintor. Aquel «romance» me permitió un fin de semana en París, durante el cual él dio rienda suelta a una faceta de sí mismo que, supuse, había ocultado totalmente a Elizabeth. Fueron dos días interesantes e instructivos. Sin embargo, el hijo de un vecino de Lexington se convirtió en una conquista mucho más aburrida: el

sentimiento de culpa de Dominick por haber engañado a Elizabeth era tan desmesurado que casi me causó gracia.

Miré a Dominick, el esmerado enamorado de Ruth, nunca el de Elizabeth. La decisión de conservar el estudio me sorprendió. Elizabeth no me había dicho nada, quizá porque creía que no tenía importancia. Sin embargo, fue trascendental para Dominick. Suspiré. Daba la impresión de que, al menos en el futuro inmediato, Dominick y nuestra relación sobrevivirían.

CAPÍTULO VIII

—¡Eh, vosotros dos! ¡Pareja!

Hubert sonrió. Elizabeth, él, Dominick y yo compartíamos una cena de bienvenida al hogar en un restaurante cercano a su nuevo piso. A Elizabeth no se le daba bien cocinar.

Bronceada, con el pelo aclarado por el sol y vestida con una camisa de seda crema y una falda marrón oscuro, Elizabeth habló de Grecia. Cada palabra exudaba amor. Se refirió al color con sus bonitos ojos de pintora y tuve la certeza de que, de manera inexorable, había entrado en su fase griega. La claridad verde azulada y el blanco celestial solo quedarían truncados por alguna cascada de pétalos rosa ruboroso. Aunque quizás un campesino o una campesina vestidos de negro montarían a caballo o cruzarían el lienzo para darle contraste dramático.

—Muy bien, *madame et monsieur* Hubert Baathus, recién casados... felizmente unidos... dadnos una definición de la felicidad conyugal.

Dominick siempre buscaba definiciones.

—No existe —declaró Hubert.

Elizabeth se mostró sorprendida.

—El matrimonio no supone necesariamente la felicidad. La felicidad consiste en estar con la persona elegida y ser único para tu pareja.

—¿Con o sin boda de por medio?

—Sí. Convendrás conmigo en que la comodidad, la conveniencia y el placer de una unión formalizada son deliciosos. Se trata de algo sensato. Por lo tanto, el matrimonio es la felicidad sensata. ¿No?

—Tu dominio del inglés ha mejorado notablemente.

—Gracias, Ruth. —Hubert me sonrió.

—Hubert se expresa con cierta pomposidad en inglés solo cuando trata por primera vez con alguien —aseguró Elizabeth—. Es tímido.

—¿Tímido? Yo diría que solo un poco —repliqué.

—Una felicidad sensata. Me ha gustado. Espero que disfrutéis muchos años de felicidad sensata. —Dominick alzó la copa—. Por la felicidad sensata... la felicidad de Elizabeth y Hubert.

Fuimos al piso de Hubert, convertido en el hogar de ambos, a tomar café. Era un apartamento masculino, de maderas oscuras y pesadas, cortinas con dibujos de cachemira, sillones de piel. Un apartamento convencional y elegante: la bonita morada de un hombre apuesto. Hubert me miró mientras yo observaba el apartamento.

—Dentro de un par de años nos mudaremos a París. Decidimos que carecía de sentido amueblar una casa.

—¿Es una decisión definitiva? —preguntó Dominick.

Yo aún no había acabado de asimilar la idea de la separación.

—Por supuesto —repuso Hubert.

—Por eso seguiré pintando en mi estudio hasta que nos mudemos a París —apostilló Elizabeth—. Hubert me ha prometido que tendré un estudio en el desván de la casa.

Me figuré una nueva fase de tejados parisinos de pizarra gris. ¿Qué tópico elegiría Elizabeth? Me parecía que la felicidad sensata resultaría muy aburrida. Yo de Elizabeth, ¿qué podía encontrar en Hubert? ¿Yo de Elizabeth?

—Lamentablemente debo irme. Me alegro de volver a veros. Todo ha sido muy armonioso. Siempre busco armonías matemáticas, os aseguro que su belleza os dejaría boquiabiertos. Por si no lo sabíais, los griegos se consideraban a sí mismos la esencia de la bondad.

—Vaya, Dominick, es la primera vez que te oigo referirte con tanto romanticismo a tu trabajo.

—Es posible, Ruth. Quizá temo que se rían de mí. —No precisó quién podía reírse de él.

—El amor es un milagro. Una manera de ver a alguien... bañado en luz. Es como mis cuadros, mi pintura pasada de moda y pletórica de luz. El amor es una dimensión adicional para la mirada. Crea una luz que solo el ser amado parece poseer y que solo percibe el que ama. Es así como veo a Hubert.

Elizabeth volvió la cabeza al cabo de su insólito y breve discurso. Su rostro delgado y fino traslucía una impetuosidad aterradora. ¿Acaso había traicionado mi odio a través de la sorpresa que me provocó Elizabeth? ¿Elizabeth había huido a ponerse a cubierto?

—Antes yo llevaba una vida de niño consentido y egoísta. Elizabeth me ha vuelto mejor persona —reconoció Hubert, apuesto, feliz y humilde.

—¿Cuál es el signo externo de semejante perfeccionamiento? —pregunté intentando un tono burlón.

—Ruth, no hay ningún signo externo, pero he cambiado. Por ejemplo, me burlo menos de los demás. —Hubert marcó los límites.

—Vaya, Hubert, es evidente que tu inglés ha mejorado. Ya no tienes dificultades con los matices.

Hubert rio.

—Venga, Ruth, tú también te ablandarás.

Dominick retrocedió ante la insinuación de que era incapaz de quebrar mi frialdad.

Sensible como siempre, Elizabeth se percató y dijo:

—Me parece que Dominick ya ha iniciado el proceso. Y ahora seré muy francesa, os daré dos besos y os diré *au revoir*.

Obviamos los besos. La pareja menos armoniosa se despidió con un gesto de la

mano y se retiró.

CAPÍTULO IX

¿Es posible seducir a un hombre felizmente casado durante los primeros tiempos de su matrimonio, sobre todo a aquel que ve en su nueva esposa cualidades a las que hasta entonces apenas daba importancia?

Sin duda las estrategias al uso no darían resultado: nadar pegada a él en la piscina discretamente privada de Lexington o agacharme con demasiado entusiasmo con un vestido muy escotado que, dicho sea de paso, casi nunca me ponía. Ataques tan frontales no iban con alguien como Hubert.

Durante la cena de celebración del aniversario de mis padres exhibí una curva perfecta de terciopelo rojo oscuro. Aunque sirvió para poner de relieve la madurez de mi cuerpo, supe que no había surtido efecto por la falta de tensión en la respuesta franca y sonriente de Hubert. Con sinceridad, yo también desdeñé la ligera vulgaridad de mi exhibición.

No, Elizabeth no se había casado con un imbécil. La luz que veía a su alrededor no tenía puntos de acceso. Lentamente reconocí que, en el caso de Hubert, tal vez solo daría resultado una paciente malevolencia.

Cierto día, en Lexington... Por alguna razón, estábamos solos en el jardín. Intenté retenerlo con la mirada. Me acerqué sutilmente. Hubert me miró con frialdad. ¿Deliberadamente? Se puso en pie.

—Me parece que allá está Elizabeth. Disculpa, Ruth.

¿Hubo cierta ambigüedad en las palabras o quiso indicarme que guardara las distancias? ¿Hubert me había comprendido o, simplemente, había intuido mis intenciones?

Poco después caí enferma. Cuando salí del hospital estaba agotada. Como Dominick insistía con sus súplicas, pensé en rendirme y casarme con él. ¿Por qué no?

Mi vida íntima, con sus laberínticos derroteros emocionales y su ensordecedora cacofonía —mi propia voz superficial, su eco contradictorio y la voz imaginada de mi víctima—, me fascinaba y me debilitaba.

El trabajo, que nunca constituyó el centro de mi vida, se volvió cada vez más marginal. «Abrirme paso» en el mundo editorial no me era económicamente necesario ni entrañaba un profundo interés intelectual. Me había demostrado a mí misma que poseía capacidad y disciplina para alcanzar el éxito en el terreno elegido. Sin embargo, la ambición de mi vida estaba en otra parte.

A su manera, Dominick era atractivo. Yo gozaba de su adoración. Lo tenía totalmente subyugado. Una vez evaluada, la idea adquirió fuerza. Al percibir la victoria, Dominick lanzó un súbito ataque de gran intensidad. Sucumbí halagada y bastante agotada.

Nos casamos en Londres sin mucha alharaca. Lexington ya había celebrado su

gran boda y yo no deseaba convertirme en novia de segunda.

Después, Elizabeth volvió a ganarme de mano porque quedó embarazada. Su hijo, Stephen, nacido de cesárea, supuso una alegría extraordinaria tanto para ella como para Hubert. Reorganizaron el piso para el recién nacido y el regreso de Hubert a París se postergó. El orgulloso padre —el feliz marido— se mantuvo puro.

Stephen se convirtió en catalizador de William, que nació de parto natural casi dos años después: hijo mío y de Dominick. En ese momento Dominick tuvo cuanto anhelaba: la mujer amada y un hijo. ¿Es extraño que a veces intentara castigarlo?

A pesar de todo, fui una buena madre, una madre dedicada. Cuando miraba a William dejaba de pensar. Descubrí en mi fuero interno el deseo de adorarlo. La perfección de porcelana, bañada y vestida por mí. El misterio insondable de llantos y silencios, de ojos que te devolvían la mirada con descarada complicidad.

Más adelante se convirtió en una sólida y robusta movilidad que se desplazaba hacia mí. Luego sonaron viejos sonidos renovados, dirigidos sobre todo a mí. Ciertamente tendría que haber sido suficiente para mí o para cualquiera, pero nunca lo fue.

Cuando la niñera se fue, me ocupé enteramente de William. Dominick estaba sorprendido y dichoso.

Sabía que mi amor por William lo extasiaba. Para Dominick supuso un consuelo. Mantuve el equilibrio para él. Me pareció que era de justicia.

Después de comprar el piso contiguo al estudio y de poner gran cuidado en mantener su querida armonía de las dimensiones, Dominick creó un espacio de orden y simetría para su bella esposa y su hijo.

Contra un fondo de paredes blancas desplegó, con meticulosas pautas, una geometría de muebles. Acomodó en ángulo sillones color crema que se tocaban, un círculo de sillas negras, un rectángulo perfecto de mesas bajas de madera con las patas de hierro forjado, según me dijo, viejas mesas indias. Un antiguo globo terráqueo dominaba un extremo del salón y en el otro se alzaba un magnífico telescopio.

La habitación de William era pequeña, de color amarillo. Sobre la cama, vacas y vaqueros indescritiblemente pintados de verde parecían perseguirse por un campo de flores amarillas. A William lo tranquilizaban y abrazaba su mullido edredón como si fuera una amante de trapo, alguien que no ofrece resistencia.

Nuestro dormitorio albergaba un sutil contraste de azules celeste y marino. Tras una puerta disimulada —de la que tengo la llave—, Dominick creó para mí un largo cuarto de vestir. A un lado, en perchas, colgaban las prendas que cubrían el cuerpo que Dominick idolatraba. Mis zapatos formaban ordenados batallones codificados por colores. En los estantes abiertos reposaban mis jerséis cuidadosamente doblados, uno encima del otro: un organizado arco iris en negro, crema y rojo. El pequeño tocador contenía una bonita combinación de cremas y polvos; los objetos menos atractivos estaban guardados en los cajones.

Era allí, en esa estancia estrecha y oscura, donde yo guardaba las cosas que pertenecían a Elizabeth: los zapatos de charol negro; dos combinaciones de seda, una verde oliva y la otra negra, a las que había hecho algunos arreglos para adaptarlas a las medidas de mi cuerpo; medias; un cepillo de pelo que había adquirido recientemente, y una boina, también nueva.

Era consciente de las connotaciones sexuales de muchos de esos objetos y del fin al que podía destinarlos. Sin embargo, ni siquiera las pertenencias más íntimas aludían al deseo del cuerpo de Elizabeth. Nada de eso, yo era mucho más exigente. Elizabeth no parecía echar de menos esas cosas. ¿Notaríais vosotros la desaparición de objetos tan nimios a medida que pasaban los años?

Al principio, en los primeros tiempos de mi matrimonio, fui muy sigilosa y oculté esas cosas bajo montones de prendas o las guardé con cuidado en el fondo de los cajones. Con el paso del tiempo el tocador se volvió cada vez más mi reino privado y nunca era invadido. Dejé de ser tan estricta. Esos «objetos» no eran para usar todos los días.

Estaban destinados a ocasiones secretas, momentos en que observaba fascinada mi cuerpo ataviado de Elizabeth y deambulaba por mi oscuro dominio como si estuviera en trance.

La pauta de mi relación con Dominick se perpetuó en el matrimonio. El poder que ejercía sobre él me fascinó cada vez más. Yo sabía que era un logro modesto, un pequeño arte, pero he de reconocer que nunca fui ambiciosa. Pocas personas lo son. Tal vez existe en nosotros un conocimiento ancestral heredado. La mayoría no desea el mundo y a un nivel primitivo sabe que se llevará un chasco. La mayoría se da por satisfecha con dejar que unos pocos ciegos escruten el camino de la sabiduría. Les basta con observar a los que, atrapados por el genio, se ven obligados a sacrificarse, y a los que, cautivados por el talento, los emulan. Pero es mejor formar parte del público y ver cómo los actores descubren el sorprendente final.

CAPÍTULO X

Es posible que la maternidad me embotara. Me desplazé por el tiempo como en medio de la bruma y transcurrieron cinco años hasta la llamada telefónica.

Fue una llamada a Lexington, donde Elizabeth y yo habíamos decidido pasar el fin de semana porque nuestros maridos estaban fuera por negocios.

Atendí el teléfono, escuché y colgué cuidadosamente el auricular. Permanecí largo rato a solas en el salón. Por último, con suma lentitud, salí a buscar a Elizabeth. Estaba en el jardín, cortando rosas.

Se volvió y reparó en mi expresión. Algo le aconsejó que huyera de mí. Corrió desde la terraza a través del césped. Caminó y corrió por el parque, salvó a duras penas los arbustos, trastabilló y continuó hacia el lago. Intentó escapar del conocimiento que yo tenía, del conocimiento que le transmitiría cuando la alcanzara o cuando dejase de huir. ¿Qué ocurriría primero? Era una cuestión de coraje, de su coraje.

Al final, magnífica como siempre, me encaró.

Pronuncié las palabras en voz baja.

—No. No... —gimió.

Se desmayó: la verdad del cuerpo en los grandes momentos de la vida.

De todas las personas que podrían haberle transmitido semejante noticia fui yo la mensajera. Me eligió el azar: el viaje de Dominick a California, la visita de mis padres a Londres. Permanecí en pie y la observé a medida que el conocimiento se enroscaba a su alrededor. La escuché cuando emitió esos sonidos agudos y chillones de una mujer de duelo, esos sonidos afilados como navajas que cortan el aire.

Después, todavía de rodillas, golpeó el suelo para llamarlo, pero este se resistió. Si se ablandó, solo lo hizo más tarde para acoger su cuerpo.

Estaba derrotada. Fue una derrota tan instantánea y absoluta que su vida pasada murió en un segundo y la nueva cobró existencia a gritos. Volvió a la vida gracias a una experta y la muerte la desprotegió. Lo vi todo en la compasión implacable del instante. Me arrodillé a su lado y consolé a la viuda trágica. Pensé que ya nunca podría separarlos ni llegaría a conocer a ella a través de Hubert. Hasta cierto punto me habían robado la presa.

CAPÍTULO XI

Enterramos a los muertos con una mezcla de emociones, casi nunca con indicios de mortalidad. El «entierro» es la separación definitiva entre ellos y nosotros. Del mismo modo que con frecuencia las vidas de los otros no son más que sueños para nosotros, otro tanto ocurre con sus muertes.

Solo ocasionalmente hay congoja. Aquel día imperó la de Elizabeth. La pena abotargó su rostro como si todos los fluidos del cuerpo, la linfa y la sangre se alzaran en una marejada de protesta y rompieran contra las rocas de la estructura ósea. Mantuvo la mirada anormalmente serena.

Aunque me pareció excesivo, noté su poder y guardé las distancias.

Pensé en lo que ocurriría al cabo de un año, tal vez de cinco. Hubert sería el fantasma soñado de un apuesto marido, un recuerdo que el segundo esposo debería respetar. Indudablemente este llegaría de algún punto del futuro, para vivir la vida que Hubert había perdido. ¿Supondría alguna diferencia para ella dentro de cinco años?

Después de la misa en latín y del abrasador *Dies Irae*, Elizabeth —a la que mi padre sujetaba firmemente del brazo mientras los padres de Hubert la seguían erguidos, temblorosos y circunspectos— encabezó la procesión por el pasillo de la capilla de Tours, del siglo XVII. Dominada por una profunda calma, caminé junto a mi llorosa madre. Dominick no estaba a mi lado. Sensata y amablemente había llevado a un azorado Stephen y a un agitado William a casa de unos amigos en Escocia.

Los deudos ingleses hablaron en voz baja mientras seguían al cortejo hasta el pequeño cementerio en que Hubert se reunió con sus antepasados.

—Los accidentes de tráfico son la peste de nuestros días. Es la principal causa de la muerte de hombres menores de...

—Afortunadamente nadie más perdió la vida.

—Tardaron horas en sacarlo... estaba espantosamente...

—Estaba espantosamente destrozado. Todo... —El francés buscó las palabras con que expresarse—. Tenía todo... roto...

Salvo los ojos que, como es obvio, le cerraron.

Elizabeth se dejó acompañar y guardó un silencio absoluto durante el vuelo de regreso a Londres. Se negó a asistir a la reunión familiar en Les Cyrés, el castillo de los Baathus. Agazapada en el asiento trasero del coche durante el trayecto a Lexington, no se movió ni pronunció palabra.

Cuando llegamos se dirigió directamente a sus habitaciones. En silencio, pero con ímpetu nos hizo señas de que la dejáramos sola. Permaneció en sus aposentos hora tras hora y día tras día, en silencio.

No se permitió palabra ni sonido de ningún tipo. Cuando entrábamos con la comida o intentábamos decirle que consultase al médico, que buscara ayuda, nos miraba como si nuestras palabras le produjeran padecimientos físicos.

Mis padres se alarmaron cada vez más ante su mutismo. Intenté calmarlos. Sabía que Elizabeth se recuperaría. Lo consideraría un deber hacia su hijo Stephen, tenía la obligación de cuidarlo. Estaba obligada a no causar más sufrimientos a las personas que habían mostrado tanto amor por ella. Elizabeth incluso sufría desinteresadamente.

Al cabo de cuatro días oímos un grito prolongado y agudo. Luego otro... y otro más. Corrimos a sus habitaciones. Cuando llegamos a su lado hacía intentos desesperados por cerrar la ventana.

—Lo he perdido. Acaba de irse. Quería partir. No le apetecía quedarse. No pude retenerlo. Lo tuve aquí conmigo. —Se abrazó a sí misma y tembló violentamente—. ¡Vuelve, Hubert, regresa! ¡Por favor, Hubert, por favor, vuelve! —Desesperada, apeló a los que estábamos a su lado—: No quería despertarlo. Estaba muy tranquilo. Dormía en mí. Temí que lo despertara cada vez que veníais a hablar conmigo. Temí que... que se despertara y se fuera. ¡Ay, Hubert! ¡Hubert! Acaba de dejarme. Luchó hasta salir de mí. Estoy vacía, Hubert, estoy vacía, estoy vacía.

Nos quedamos petrificados, convertidos en piedra por el dolor de Elizabeth. Asustados, fuimos testigos involuntarios de una situación límite.

Un rato más tarde Elizabeth accedió a que el médico de la familia la visitara. Estuvieron varias horas charlando serenamente. Al salir, el médico nos dijo que Elizabeth dormiría intermitentemente, probablemente varios días seguidos. Y así fue.

Al final lo superó.

CAPÍTULO XII

—Los de Derwent Harding PLC nos han hecho una oferta para comprar Alpha Publishing. Estamos obligados a considerar la propuesta.

—No tendríamos que haber sacado las acciones a la venta pública en el momento en que lo hicimos —dije a mi padre.

Nos habíamos reunido apresuradamente en torno de la mesa familiar.

—Así es. Ruth, en su momento la junta estaba empeñada en hacerlo. A pesar de que soy el presidente, en tanto familia nuestra contribución es mínima.

—Papá, creo que sabes que proyectaba montar dentro de Alpha un departamento dedicado a publicar libros. Tal vez dentro de unos años, cuando William sea mayor.

—Nunca me dijiste nada.

—Tal vez me apetecía sorprenderte.

—Nunca te ha costado mucho sorprenderme. Ruth, debemos tener en cuenta nuestras responsabilidades con la empresa.

—Una especie de «nobleza obliga» corporativa, ¿no, papá?

—Hasta cierto punto. Seguimos siendo los principales accionistas. La junta opina que se trata de una propuesta interesante y hay que comunicarla a los demás accionistas. Presentaré la dimisión como presidente.

—¿Qué ocurrirá si Alpha acepta? —inquirí.

—Pues que seguirá funcionando con el mismo nombre, pero será propiedad de Derwent. Significa que nuestras acciones tendrán mayores posibilidades de desarrollarse. Francamente, se trata de una idea excelente. Elizabeth, ¿qué opinas? —Papá se volvió hacia ella, que seguía de luto pese a que casi habían transcurrido cuatro años.

—Opino que debemos aceptar lo que la junta decida. Yo nunca he colaborado en nada relacionado con Alpha.

—Tu abuelo creó la empresa. De no ser por él, no existiría —intervino mi madre.

—Si a eso vamos, nosotros tampoco existiríamos —ironicé.

—Ruth, por favor —dijo mi padre casi con tristeza—. Querida, tú ya me entiendes... Aunque me alegra que hayas tenido la idea de crear un departamento editorial, no creo que hubiera combinado bien con las revistas. Estoy seguro de que la junta se habría opuesto.

Finalmente acordamos que el domingo siguiente el presidente de Derwent vendría a comer a Lexington a fin de conocer a la familia. El futuro de Alpha se discutiría en un ambiente cordial.

—¿Estamos todos de acuerdo?

Papá nos miró sucesivamente y asentimos con la cabeza para expresar nuestro consentimiento.

De repente me estremecí. ¿Era posible que el velo tejido por el ángel hubiese volado?

CAPÍTULO XIII

Desde el vestíbulo principal de Lexington las puertas de madera desembocan en un salón amplio, de techos altos y con una enorme chimenea de piedra francesa.

A ambos lados de la chimenea reposan, enfrentados, dos sofás forrados en tela de Aubusson, que guardan cierta precisión castrense, como si montaran guardia sobre la mesa baja, de mármol verde casi negro. En cada extremo de la estancia dos conjuntos de puertas dobles de madera se vislumbran tras dos arreglos exactamente iguales de rosas rojas de tallo alto, colocadas en mesas redondas cubiertas por tapetes. Diversas sillas negras de respaldo alto y con adornos de clavos en los reposabrazos desafían a cualquiera a que se siente.

Los oscuros cortinados que penden a uno y otro lado de la chimenea reflejan, en su verdor, la lejana panorámica más allá del patio, bajando hacia el parque y el lago casi oculto. Las paredes que se alzan entre las puertaventanas están peladas salvo por los pliegues de las cortinas de grueso terciopelo verde. Se trata de una estancia austera y oscura.

El extremo norte del salón principal se convierte en una suerte de salita-biblioteca. Se utiliza para jugar a las cartas y al ajedrez y para leer.

Con su larga mesa de caoba oscura, los candeleros de plata y el enorme cuadro de tema religioso, el comedor es una estancia que fácilmente podría haber sido una capilla.

Todas las habitaciones son un modelo de oscuridad. Aunque las puertaventanas sugieren la bienvenida, la luz se detiene amablemente antes de entrar.

Fue a través de esas estancias que *sir* Charles Harding siguió a mi padre y se instaló en nuestras vidas.

Era un hombre próximo a la cincuentena, muy alto y de rostro grande, casi primitivo. No sonrió cuando le ofrecí la mano para que la estrechase fugazmente.

Se volvió hacia Elizabeth, que, como de costumbre, vestía de negro. ¿Sabía hasta qué punto ese contraste resaltaba su palidez? ¿Sabía que la dotaba de un poder que no poseía? No, esa intuición no era de Elizabeth, sino mía. La cara lavada y la simplicidad del peinado le conferían un aspecto monjil. Cuando *sir* Charles la miró, advertí en él una ligerísima mueca de sorpresa.

Llegó mi madre, que se había ocupado de los detalles de último momento en la cocina. *Sir* Charles le dedicó una inclinación y un amable reconocimiento a su mano extendida.

Sir Charles Harding alabó a mi madre por la belleza de las rosas. Mamá se derribó ante ese homenaje a su pasión secreta.

De la misma manera que delineaban ciertos parámetros de la estancia, las rosas también parecían configurar la semana de mi madre. Los lunes y los jueves las

colocaba ritualmente en su prisión de porcelana verde oscura. Eran rosas Parkdirektor Riggers, de floración perenne, tan masculinas en la alta erección de su tallo como en el nombre.

Dos veces por semana y protegida con guantes de lona, en un cuartito contiguo a la cocina, mamá escogía de su quirúrgica disposición de instrumentos la podadera que cortaba, de un largo exactamente predeterminado, cada víctima impotente que yacía en la brillante mesa de operaciones cromada. Acto seguido asía un cuchillo pequeño, afilado y semejante a una daga y con gran esmero practicaba una incisión de un centímetro en la base de cada tallo.

Con sus suaves jerséis de cachemira y sus faldas sencillas —a veces con el panamá todavía puesto—, debió de presentar ante una hija amorosa la visión de una serenidad madura consagrada a la más apacible de las actividades: los arreglos florales.

Convertida en la anfitriona perfecta, nos guio a todos al comedor.

Sentado a la derecha de mi madre, *sir Charles* dijo:

—Les aseguro que no tengo la menor intención de continuar con esta puja si les resulta inaceptable. —Hizo una pausa—. No es mi estilo.

Su voz sonaba rara, tenía una entonación algo tajante y seca.

—Por supuesto, *sir Charles* —replicó mi padre—. Agradecemos que nos lo diga, pero hemos evaluado la cuestión y estamos satisfechos con la decisión que tomamos la semana pasada.

—¿En lo referente al nombre?

—Sí.

—Como le he dicho a la junta, ese asunto no plantea problemas —prosiguió *sir Charles*—. Nunca los planteará. Podemos convertirlo en una cuestión fundamental durante la elección de los directores. Me hago perfectamente cargo de los vínculos familiares con los negocios. *Los Buddenbrook* es uno de mis libros predilectos.

—Sí, claro, Thomas Mann —comentó mi padre con tono ambiguo. Era imposible saber qué opinaba de *Los Buddenbrook* o si su actitud se relacionaba con algún prejuicio antialemán que hasta entonces no había expresado—. Personalmente prefiero *La montaña mágica* —añadió sin demasiado entusiasmo.

—*Sir Charles*, esta conversación es demasiado literaria —intervine—. De todos modos, estoy convencida de que comprende nuestros sentimientos de propiedad con respecto a Alpha porque su propio apellido ha perdurado. Y prosperado hasta el extremo de que ahora compra nuestra empresa. Tal vez se trata de un modo de comprensión más profundo que el que puede ofrecer incluso la lectura más penetrante de Thomas Mann.

—Tiene razón.

La brusquedad de su respuesta convirtió la coincidencia casi en un rechazo. Se volvió hacia Elizabeth. La hermana Elizabeth, la viuda trágica, infinitamente más interesante que Ruth por el hecho mismo de su pena y la integridad con que la

sobrellevaba.

—*Madame* Baathus, ¿y usted qué opina?

—Por favor, llámeme Elizabeth.

—Gracias, Elizabeth.

La voz de *sir* Charles casi añadió una *e* a su nombre y un fuerte acento en la última sílaba. El nombre se tornó musical, mientras que el mío sonaba como un golpe seco y cortante.

Como de costumbre, Elizabeth habló serenamente:

—Me alegro de que el apellido perdure. A nuestros abuelos les habría gustado. Mi padre nos ha dicho que la administración considera que su empresa es la adecuada.

—¿Tal vez una especie de matrimonio? —pregunté porque quería romper la... la comunión entre ellos.

—Exactamente. —*Sir* Charles era un hombre de pocas palabras.

—Pero con un cónyuge dominante —insistí.

—Por supuesto.

—¿Esta es su filosofía de los negocios y del matrimonio?

—Así es, señora Garton.

—Por favor, llámeme Ruth.

—Gracias, Ruth.

Ruth. Un golpe rápido y cortante.

—Hablamos de cuestiones mundanas y en este terreno me gusta dominar. —*Sir* Charles esbozó una sonrisa.

—Pues no se trata de una actitud en boga —dije.

—Claro que no. Sin embargo, el matrimonio no solo es un terreno mundano. Las mujeres mandan en este reino concreto.

—Prosiga —pidió mi padre.

—Según mi modesto entender, a veces las mujeres se confunden y lo arrojan todo por la borda. Son el centro de la vida, sustentan su núcleo, pero luchan por estar en la periferia del mundo.

—¿Y si con el tiempo llegaran a dominar el mundo? —inquirí sonriente.

—Entonces descubrirían que es una victoria pírrica.

—«¿Quién de nosotros tiene ese deseo o, si lo ha tenido, lo ha satisfecho?» —citó. *Sir* Charles me miró con perplejidad. Añadí—: Es de Thackeray.

—¿Me equivoco si digo que de *La feria de las vanidades*?

—No se equivoca, *sir* Charles.

En aquel momento no supe quién se había llevado el gato al agua.

—Es una expresión más cínica que la de Mann.

Tengo la impresión de que Thackeray le gusta más.

¡Maldita sea!

—¿Qué opina *lady* Harding de su sitio en el mundo y en la vida?

—*Lady* Harding ha muerto.

Elizabeth se volvió ligeramente hacia *sir* Charles Harding. Fui testigo del encuentro de sus miradas y, una vez más, reparé en la trivialidad del poder del dolor.

—Lo siento muchísimo —me disculpé.

—Estoy segura de que *sir* Charles se hace cargo de que Ruth no podía saberlo.

En silencio di las gracias a Elizabeth.

—Por supuesto. Huelgan las disculpas.

—*Sir* Charles quiere que la familia le venda todas las acciones, no solo el porcentaje que necesita para controlar la empresa.

Como siempre, mi padre estaba ansioso por abordar un tema menos espinoso que el referente a los hombres, las mujeres, la vida y la muerte. El mundo cotidiano era para él un sitio que podía y sabía manejar.

La conversación se prolongó, con discreción, cortesía y mucha firmeza por parte de *sir* Charles.

Dominick llegó a la hora del té. Vino a buscarme. Habíamos quedado en ir aquella tarde a un concierto con sus padres, que pasaban unos días de visita en Londres.

—*Sir* Charles, lo siento pero tengo que abandonar el ruedo —anuncié.

Estrechamos nuestras manos.

—Usted, Ruth, ha dejado muy clara su posición. Supongo que lo hace habitualmente.

Esboqué una fugaz sonrisa y me retiré. Me había referido a un ruedo que no tenía nada que ver con los negocios. ¿Se había enterado?

Horas después Dominick se echó sobre mí, me susurró palabras de amor y volvió a hacerlo. Tal vez la música que resonaba en su cerebro le impidió oír mi silencio.

CAPÍTULO XIV

—Ruth... —Fue un golpe bajo telefónico, una semana después—. Es posible que el domingo pasado estuviera excesivamente brusco. Tal vez Dominick y usted... —Espera, Ruth, no te des prisas—. Es posible que ustedes y su hermana Elizabeth se dignen cenar conmigo el jueves próximo.

—¿Ya se lo ha propuesto a Elizabeth?

—No.

Aguardé. Siempre fui la más sensata. *Sir Charles* no estaba seguro de sí mismo, lo que sin duda era una experiencia insólita. Se metió, tal vez a sabiendas, en la trampa.

—Me pareció... inadecuado... Al fin y al cabo, es...

—Es una viuda.

—Exactamente.

—Una viuda apenada.

—Desde luego, desde luego. Lo he notado.

—*Sir Charles*, ¿pretende sugerir que invite a Elizabeth en su nombre?

—Por supuesto que no. Oh, cielos, la he molestado. Lo siento muchísimo. Esta empresa... ha sido mal planteada.

—¿Empresa? *Sir Charles*, no creo que se trate de una empresa sino, simplemente, de una invitación. Tengo que consultar a Dominick, pero no creo que haya problemas.

—¡Cuánto me alegro! —Reparé en el alivio que su tono de voz dejó traslucir. Añadí—: Dejaré que usted se ocupe de avisar a Elizabeth.

—Queda en mis manos —respondió.

—Hasta el jueves.

—Hasta el jueves.

Para variar, fue muy fácil convencer a Dominick. Ay, ese rostro afable y esa mente brillante. Ay, ese bello pelo pajizo. Cuerpo de hombre joven, ¿por qué te has hecho tanto mal a ti mismo? ¿Por qué no has buscado tu propia amante? ¿Por qué has permitido que te hiciera estas cosas? ¿Dónde has aprendido a traicionarte a ti mismo? ¿Quién te enseñó? Yo. Supongo que fui yo.

Fuimos en coche a un pequeño restaurante de Mayfair, una elección de lo más vulgar y, a su manera, sedante. Contemplé el sedoso reflejo color crema de mí misma en el retrovisor lateral del coche. Supuse, y acerté, que Elizabeth vestiría de negro. Me pareció que el recuerdo que Charles Harding tuviera de la primera cena con Elizabeth debía contener, en medio de sus sombras, mi figura envuelta en color marfil. Pensé que era muy importante vestirme para ese papel, aunque me viese obligada a esperar entre bambalinas.

Sir Charles llegó antes que nosotros. Elizabeth se retrasó, sin duda

accidentalmente. Bebimos unas copas. Dejé que *sir* Charles asimilara mi belleza con cierto interés mientras aguardábamos la llegada de la persona a la que realmente estaba destinada esa cena. Solemne, desolada y con una elegante disculpa que le restaba importancia a su retraso, Elizabeth tomó asiento.

Sir Charles maniobró hasta introducirse en nuestras vidas. Concluí que no solía perder tiempo y que esa cena sería la primera de muchas más.

Me senté a su lado, frente a Elizabeth y a Dominick. Este quedó atrapado y Elizabeth menos libre de lo que se figuraba. Convencida de que se trataba de una salida familiar, durante la cena ella se relajó lo suficiente para fascinar a Charles Harding. Presté atención mientras Elizabeth respondía a las preguntas cuidadosamente planteadas por *sir* Charles.

—Sí, he conservado el estudio y voy todos los días a pintar. En cierta ocasión Dominick me explicó, en términos matemáticos, la belleza de sus proporciones. Me gusta por la luz que penetra por la claraboya. No me distraen ventanas que den a jardines o a otras casas. Tal vez no sea justo de mi parte decirlo, pero ahora el aislamiento me resulta todavía más importante.

—¿Por qué sería injusto?

—Porque todos (mis padres, Dominick, y sobre todo Ruth) me han prestado un gran apoyo y han sido muy buenos conmigo. Y mí querido hijo Stephen, que ha hecho tantos esfuerzos por consolarme. Frente a tanto amor me parece egoísta e insensible decir que necesito estar sola.

—¿Y sus cuadros? ¿Qué pinta ahora?

—Nada.

—¿Nada? Creo que ha dicho que iba al estudio a pintar.

—Y es verdad. Voy a pintar, pero no pinto.

Yo no estaba enterada. Elizabeth, ¿llegaré a conocerte alguna vez?

—¿Por qué no pinta? —quiso saber *sir* Charles.

—No lo sé. Considero apropiado ir todos los días al estudio. Y algún día será el adecuado.

Sir Charles carraspeó, sin duda conmovido.

—¿Qué hace en el estudio?

—Espero.

—¿A que llegue la inspiración? —pregunté porque la situación ya se prolongaba demasiado.

—Espero para pintar aquello que es correcto.

—¿Por qué no continuas con la... con la fascinación? —dije al recordar la expresión que utilizaba Hubert.

—Porque significaría que la muerte de Hubert no me ha cambiado.

Todos guardamos silencio.

—Debería callar. He hablado de mí más de lo...

—Más de lo que tiene por costumbre.

—Exactamente.

—Bueno, por la espera... de lo que es correcto. —*Sir Charles* alzó su copa.

Vi cómo hacía un brindis por Elizabeth. Miré a Dominick, que acercó inocentemente su copa para brindar conmigo y, por lo visto, no saboreó el dolor.

CAPÍTULO XV

Helen y yo nos habíamos reunido para almorzar.

—Háblame de Charles Harding.

—¿Por qué quieres que te hable de él?

—¿No sabes que quiere comprar Alpha?

—¿Desde cuándo te importa? Nunca mostraste el menor interés por la empresa.

—Digamos que soy una mujer que no suele hablar de sí misma. —Reí.

—Sinceramente, no lo conozco tanto.

—Lo conoces más que yo. Dame una noción de qué clase de persona es.

—Es un hombre temido.

—¿Quiénes le temen?

—Le temen en el mundo editorial y en el centro financiero de Londres.

—¿Por qué?

—Porque es intelectualmente brillante. Matrícula de honor en Oxford. Se dice que es un hombre de negocios implacable.

—¿Y es verdad?

—En realidad, no. Simplemente tiene éxito más allá de la ley de las probabilidades.

—¡Por Dios! Ahórrate las explicaciones matemáticas.

—Te aseguro que no estoy compinchada con Dominick.

—Helen, cuando apareces en la tele y te veo analizar los resultados de esta o aquella empresa, me acuerdo de la estudiante que cambiaba los exámenes de mates por el perfume o el carmín que le apetecían.

—Nunca por los tuyos, querida. Siempre fuiste demasiado original para ocuparte de adornos tan adolescentes.

—Helen, además yo prefería hacer mis propios exámenes.

—Igual que ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Que le estás haciendo un examen a Charles Harding.

—Como ya te he dicho, es posible que esté a punto de comprar nuestra empresa.

—Humm...

Helen fue lo más próximo al concepto de amiga que tuve en mi vida. Por eso era tan cautelosa con ella. Tenía el cabello pelirrojo y rizado, y penetrantes ojos de color verde grisáceo. Cuando entrevistaba a alguien los abría desmesuradamente y lograba que las preguntas más letales pareciesen benignas. Poseía cierto poder femenino muy admirado por las mujeres de mi generación. Utilizaba los dones de la Naturaleza para realzar una inteligencia perspicaz... sin otro propósito que socavar a los hombres poderosos. Era extraordinaria en su oficio, amortiguaba la lujuria con cierta picardía

y sospecho que sucumbía con poco placer. Nuestra relación contenía un elemento de admiración y competitividad mutua.

—¿Conociste a su esposa?

—¿A Felicity? Solo superficialmente. La traté en contadas ocasiones, en la época en que era la esposa mimada. Dicho sea de paso, siempre estuvo a la altura de las circunstancias. Murió hace cuatro años.

—¿Cómo murió?

—Sufrió una larga enfermedad. Creo que tenía problemas cardíacos. El final fue muy repentino.

—¿Tuvieron hijos?

—Uno; ya es adulto. Me parece que vive en Estados Unidos. Fue un largo matrimonio. Que yo sepa, jamás hubo el menor escándalo. Charles Harding no es material para las columnas de cotilleo. Es muy inteligente. Claro que podría haber algún secreto, aunque... —hizo una pausa—, aunque superficialmente parece, querida, que no hay más cera de la que arde. Se trata de un magnate viudo...

Conocía lo suficiente a Helen para reparar en la pausa y en las palabras ambiguas.

—¿Superficialmente? ¿Qué quieres decir?

Helen se repantigó en la silla y me observó con una especie de interrogante en la mirada. Suspiró y preguntó:

—Ruth, ¿puedo confiar en ti? Lo que voy a decir es muy muy confidencial. —Asentí con la cabeza. Helen hizo otra pausa y apostilló en voz muy baja—: El año que precedió a la muerte de Felicity, y recuerda que llevaba tiempo enferma, *sir* Charles tuvo una breve aventura con una joven. La chica estaba... perdidamente enamorada de él. Deduzco que fue un lío muy intenso e imagino que muy pasional. Sea como fuere, él intentó ponerle fin y la chica... se suicidó. Conozco a los padres de la joven. Echaron tierra sobre el asunto porque su padre es consejero real y tiene mucha influencia.

—¿Y Charles Harding?

—Quedó... totalmente desolado. Se consideró culpable. Felicity murió poco después. Fue un golpe por partida doble para un hombre que, me figuro, se consideraba capaz de manejar todo y a todos. Imagino que aún se siente responsable.

En ese momento comprendí la atracción que por Elizabeth experimentaba *sir* Charles: sería el solaz perfecto de un alma culpable. ¿Y qué decir de la otra faceta de Charles Harding, la «muy pasional»? ¿También estaba destinada a Elizabeth?

—Tal vez conozca a una buena mujer.

Sonreí a Helen. Deseaba romper la atmósfera de creciente intimidad que se había formado en torno de nosotras. Mi amiga tragó el anzuelo y se convirtió en la Helen pública.

—No hay muchas en el mundo —replicó y me sonrió.

—Sí que las hay. Y son igualmente letales.

Reímos y la conversación tocó a su término. Partí habiendo aprendido muchas

cosas, aunque también supe que había revelado algo de mí misma. Algo que, en mi caso, siempre era demasiado.

CAPÍTULO XVI

Charles Harding nos invitó a todos a comer en su casa de Gloucestershire el domingo. Nos presentamos con regalos o, más concretamente, con el regalo que era Elizabeth. *Sir Charles* debería haber tenido cuidado.

Dominick y yo viajamos en coche en silencio. Un rato antes habíamos sostenido una discusión sobre nuestro matrimonio. Dominick se había tendido a mi lado, físicamente satisfecho o extenuado —lo que preferáis—, mientras de su rostro desaparecía cierta sensualidad solitaria. El cabello rubio le caía sobre la frente. Sin gafas, sus ojos me parecieron desenfocados cuando me acarició la cabellera y susurró:

—Ruth... me estás partiendo el corazón.

Suspiré.

—Ya tienes lo que querías: a mí.

No deberíamos tratar de apoderarnos de lo que sabemos que no nos pertenece, aunque a través de un milagro se nos pueda volver accesible.

—Ruth, ¿sabes qué es una catástrofe?

—Creo que sí.

—No, quiero decir si sabes lo que significa en términos matemáticos. ¿Sabes lo que significa la palabra *catástrofe* en matemáticas?

—No.

—Quiere decir que «un sistema perturba a otro». Tú me has perturbado, me has invadido.

—Ya lo creo. Pero también existen otras invasiones.

Me levanté para ducharme después de la invasión: una mujer moderna, movimientos modernos. Todo muy higiénico.

—Hemos tenido demasiadas conversaciones de este cariz.

Mi recuerdo de la mañana se esfumó y ahora estábamos en el coche.

—Es posible. Dominick, tú me perseguiste y yo no he incumplido ninguna promesa. Mira, hace un día hermoso, disfrutemos de él. Será muy interesante ver a *sir Charles* en su territorio.

Estaba deseosa de que entre Dominick y yo no hubiera ninguna tensión palpable. Sería muy chocante, muy vejatorio delante de Charles. Por eso lo apacigüé.

Una mujer idolatrada —y por descontado que yo lo era— puede hacer lo que quiera, sobre todo si comete poquísimos errores. Guardábamos el equilibrio: su amor y mi frialdad. Me pregunté si Dominick comprendía hasta qué punto necesitaba ese padecimiento. Probablemente no lo comprendía.

Frimton Manor Farm, la casa de *sir Charles*, me desconcertó. Se trataba de una

mansión del siglo xvii, de piedra y de construcción baja, en las afueras de un pueblo de Cotswold. En lugar de la grandeza y la opulencia que esperaba, la casa transmitía arraigo y sosiego. Se alzaba tras una hilera de castaños que delimitaban una especie de patio al cabo de una corta calzada de acceso bordeada de álamos.

Sir Charles salió a recibirnos al porche de piedra. Nos guio hasta un salón de techo bajo en el que el fuego chisporroteante, los mullidos sillones y la vieja alfombra que cubría el suelo de madera oscura dibujaban la imagen de la amorosa seducción de otras épocas... y la recreaban con autenticidad. Esa casa no era falsa. Existía por sí misma en estructura, decoración y olor. Me dije que, en caso de que hubiera fantasmas, estarían allí porque se sentían cómodos. Y tal vez porque el paraíso les había resultado algo aburrido.

Compartimos las habituales frases manidas.

—¿Hace mucho que vive aquí? —pregunté.

—Desde niño.

—Qué bonito. ¡Ay, por Dios!

—¿Cuándo adquirió su familia la mansión?

—La compró mi padre cuando se casó.

Se imponía una pausa.

Sir Charles fue amable pero se aburría. No lo censuré.

Llegó otro coche y un minuto después Elizabeth subió al porche. Noté cómo se despejaba el rostro de Charles Harding. Ya no estaba aburrido. Ojalá no me enterase de estas cosas. Elizabeth, de negro una vez más, le estrechó fugazmente la mano y luego me besó. Ah, esos falsos besos fraternales de una falsa hermana.

Mis padres llegaron quince minutos después. Tomamos un almuerzo sencillo, servido por una pareja que parecía formar parte de la casa tanto como la plata antigua y las sencillas servilletas de hilo blanco. Tomamos el café en una sala pequeña. Nos contempló el retrato de una mujer morena ataviada con un vestido de terciopelo azul. Por sorprendente que resulte; fue Elizabeth quien hizo un comentario sobre su belleza.

—Ese retrato es de mi esposa —explicó sir Charles. Reinó un breve silencio—. Han transcurrido... cuatro años desde su muerte.

Sonaron amables murmullos de solidaridad. No albergaban mayor calor ni sinceridad que las disculpas por haber molestado a alguien que dormía. «Lo siento mucho. ¿Te he molestado?». Ya nada podía molestar a la modelo del retrato. Me pregunté si, salvo en la muerte, alguna vez Felicity había molestado a sir Charles.

—Felicity adoraba esta casa y la vida rural. Casi nunca iba a Londres.

—¿Y usted?

—Por aquel entonces me gustaban los aplausos. En mis años mozos pensaba que Londres era un sitio más adecuado que este para recibir aplausos.

—Ciertamente ha sido muy aplaudido —afirmó mi padre.

—Un poco, en mi mundo.

—Y también internacionalmente. Su trabajo para... —Papá mencionó una organización internacional de defensa de los refugiados.

Se desarrolló una charla incoherente sobre el éxito y su compañera infaltable: la adhesión a una buena causa. Paulatinamente *sir* Charles dio pie a que se dibujara un retrato —un retrato muy atractivo— de sí mismo. Un retrato para Elizabeth, rodeada por su familia.

A medida que *sir* Charles acechaba a Elizabeth, yo lo acechaba a él. Mientras lo estudiaba no supe cuál de los dos tenía más práctica.

¿Acaso Elizabeth le recordaba a Felicity? El parecido físico no existía. El retrato de Felicity representaba a una mujer menuda, morena y vestida de azul. ¿Tal vez evocaba otras cualidades? ¿Cualidades de índole espiritual? Es imposible saberlo.

Los recuerdos —la convivencia con ellos y su muerte— emborronan buena parte de nuestra vida cotidiana. Cogemos el ramo de sentimientos, sonidos y olores de hoy para contemplarlos mañana. Y mañana Charles Harding añadiría la miscelánea del presente a las imágenes del pasado. Imágenes que quizá me incluirían.

CAPÍTULO XVII

¿Adónde va a parar el tiempo?

Hace crecer los niños y las canas. Hace crecer la belleza de los adolescentes y los cánceres. Hace crecer a la pareja en su unión y en su separación. Y al cabo de todos los tiempos que señalamos, nos arrastra y nos quita de en medio. Se trata de una eficaz *Hausfrau*^[1], de un diligente precursor de la próxima generación.

El tiempo unió a Charles Harding con Elizabeth y los convirtió en pareja.

Los acercó veloz y soterradamente, con la máxima discreción. Actuó tan rápido que me dejó inerme.

La viuda había sido conquistada. Había retornado a la vida. Quedó hipnotizada por la intensa persecución a la que Charles Harding la sometió. Sin duda estaba ansiosa de vivir para otros, sobre todo para su hijo Stephen. Se creó un nuevo modelo, con jugadores nuevos. Lexington absorbió a Charles Harding los fines de semana y los aniversarios señalados, del mismo modo que antaño había absorbido a Hubert.

William y Stephen, «los chicos», intimaron todavía más. En los momentos que compartieron solo detecté afecto. Además, aparentaban librar limpiamente sus batallas infantiles, aunque nunca se sabe.

De forma encubierta y cuidadosa acrecenté mi influencia sobre Stephen, el hijo de Elizabeth. Sobre todo durante los primeros años de su nuevo matrimonio. En el período en que Charles intentó conectar con su hijastro yo forjé un vínculo más profundo con mí... ¿con mi qué? ¿Mi sobrino? Claro que no: falsa hermana, falso sobrino.

Elizabeth fue una madre silenciosa, apacible, buena y amable. Era indiscutible que Stephen adoraba a su madre. Sin embargo, yo resultaba una compañía más cautivadora. Ahondé sutilmente su adoración.

Fui una tía misteriosa. Poseía cierto extravío, un sentido de la aventura que en Elizabeth estaba ausente.

Stephen fue la más accesible de todas las posesiones de Elizabeth. Hasta cierto punto nuestros temperamentos congeniaban, tal vez se trataba de una veta díscola.

Me satisfacía enormemente cada vez que, en Lexington, Stephen decía: «Tía Ruth, eres tan divertida...». «Venga ya, tía Ruth, plantéame un desafío». «Tía Ruth, ponme a prueba en esto». O «Salgamos, tía Ruth, vayamos».

Esa petición para que ejerciera el poder me satisfacía. Me habría agradado aún más si alguna vez Elizabeth se hubiera afligido, pero se mantuvo serena.

¿Fue un fallo aquella serenidad? ¿Estáis seguros de que la aprobáis?

CAPÍTULO XVIII

Con el correr del tiempo descubrí que me fijaba en todo lo relacionado con Charles Harding. Estaba ávida de información sobre él. Su cuerpo presentaba una especie de densidad maciza, como si careciera de huesos, como si fuera una estatua. Sus piernas no transmitían agilidad, sino poderío. Cuando se detenía delante de una ventana, Charles ocultaba realmente el sol.

Cada vez que hablaba con otros, yo lo percibía palpablemente en mi piel. Cuando me dirigía la palabra su voz se distorsionaba.

A veces lo miraba y me acordaba de lo que Helen me había contado. Era consciente de que se trataba de una historia imposible de aprovechar.

—A Elizabeth nada le gusta más que vuestras visitas.

Charles y Elizabeth nos dieron la bienvenida en Frimton Manor.

Dominick sacó nuestras cosas del maletero del coche. Elizabeth sonrió y nos abrió los brazos de par en par. Stephen corrió hacia William y hacia mí. Recibí el beso de rigor de Elizabeth.

—Charles tiene razón. El pensar en vuestra llegada me colma de felicidad.

A veces la felicidad de Elizabeth me repugnaba. Sentía literalmente asco.

—Pues sueles vernos habitualmente en Lexington los fines de semana.

—Es verdad, tienes razón, pero... aquí es otra cosa. Aquí se convierte en un regalo.

Charles estaba en buena forma, dispuesto a ser generoso. En esos días el magnate solo estaba cuatro jornadas en su despacho. En la sala de espera del médico había leído en una revista el siguiente comentario: «Pletórico, embelesado» con su nueva esposa, «la artista Elizabeth Ashbridge».

Al leer las idioteces del periodista había pensado que Elizabeth Ashbridge no era una artista, sino una pintora de cielos relativamente competente.

Nos sentamos a comer —un grupo unido por lazos de sangre, de amor y de odio, una combinación bastante habitual— y brindamos por el éxito de Dominick, del hombre que había perdurado en mi vida mucho más tiempo del que me había propuesto. Acababa de convertirse en el director más joven del servicio gubernamental de estadísticas del tesoro.

—Ruth, deberías estar orgullosa de Dominick.

—El orgullo de Ruth es como tantas otras cosas... nunca queda del todo expuesto —apostilló Dominick.

—Pero en su fuero interno está radiante —aseguró Elizabeth y alzó la copa.

—Ruth —dijo Charles—, ¿sigues decidida a crear, cuando William sea mayor, el departamento de libros del que hablaste?

—Tal vez. ¿Por qué lo preguntas? —No es este el modo en que quiero hablar

contigo, no son estas las palabras.

—Ruth, tenías infinidad de ideas sobre el tipo de libros que te gustaría publicar. Charles tiene razón. Sería... —Elizabeth habla en mi nombre.

«¿Y tú quién eres para saber lo que es bueno para mí?, pensé. ¿Cómo te atreves a hablar de mi vida? ¿Vosotros dos, como pareja, osáis referiros a mi felicidad?».

—Eres tan alentadora, pero Dominick... no está seguro. Cariño, ¿qué opinas?

—Ruth hará genialmente todo lo que se proponga, no me cabe duda. Se trata de una idea interesante, pero quizá sea mejor esperar... William todavía es pequeño y a Ruth le gusta pasar mucho tiempo con él —respondió Dominick, también en mi nombre.

—Dime, Ruth, ¿cuál sería el primer libro que publicarías? ¿La atrevida novela de una joven revelación? —preguntó Charles.

—Por descontado que no.

—¿Por qué?

—En el mundo ya existen bastantes libros.

—Me dejas de piedra.

—Siempre intento, como mínimo, sorprenderte.

—Pero... —empezó Dominick.

—Me parece que Ruth nos está tomando el pelo.

¡Vaya con la encantadora Elizabeth!

—No, querida, claro que no. Me gustaría reeditar, en edición de bolsillo, algunas rarezas como *Las leyes de Esparta* o *Diario de una vida erótica*. Mi primer título sería el *Diccionario del diablo*.

Se hizo el silencio. Ni Elizabeth ni Charles sonrieron.

—No conozco ese libro.

Me lo figuraba, Elizabeth.

—¿Es entretenido? —preguntó Charles.

—Ya lo creo.

Mi esposo me miró.

—Ruth, tienes una mente muy peculiar —añadió Charles.

—Charles, acabas de pronunciar una frase extraordinaria. Siempre me he considerado una persona muy abierta.

—Pues no lo eres. Si en el futuro decides seguir adelante con tus planes, cuenta con mi ayuda. Necesito averiguar si experimentas una pasión íntima que quieres trasladar al público o, en caso de que no la tengas, si eres un árbitro equilibrado de los gustos del público.

—¿Y tú qué opinas, Charles?

—Yo respondería negativamente a lo segundo.

—Charles, tengo la impresión de que comprendes perfectamente a Ruth. —Noté cierto retintín en el tono de Dominick.

—Dominick, no la entiendo más que tú.

—Una mente rebuscada... Todo lo que está oculto nos fascina.

—Dominick tiene razón —intervino Elizabeth.

«Dime, Elizabeth, ¿qué sabes de las cosas ocultas? Tú que, sin saberlo, durante años has vivido con mi odio».

—Debo decir que conozco a Ruth desde hace más tiempo que ninguno de los presentes. Lo que habitualmente oculta es su genialidad porque...

Dominick rio, mejor dicho, emitió un sonido súbito y brusco que remedió el mecanismo que llamamos risa: el rictus de la expresión, la fuerza para expulsar aire desde los pulmones. Solo fue un esfuerzo para disimular su dolor. Hay que reconocer que la risa nunca es apasionada.

—Oigo que un coche se acerca. —Charles se levantó.

Mis padres habían ido a comer con un miembro del antiguo regimiento de mi padre, que vivía en las proximidades, y se reunieron con nosotros a la hora del té.

—Salgamos al jardín a ver cómo están los chicos.

Nos convertimos en público. Observamos las piernas robustas, delgadas y fuertes de los niños que chocaban a gran velocidad pero no se fracturaban. En nuestras cabezas resonaron gritos que nos habrían puesto los pelos de punta si no hubiéramos visto que se trataba de sonoras carcajadas.

Los cuerpos tibios y sucios se arrojaron sobre nosotros. Los abrazamos y, como suele ocurrir, los chicos forcejearon para quedar nuevamente en libertad.

—Estuve en la armada —respondió Charles a una pregunta de mi padre.

Caminábamos de regreso a la casa y se celebraba el día del armisticio.

—Sí, claro, en la marina... —Mi padre sonrió a Charles.

Reinó el silencio. En sus mocedades, a mi padre lo habían hecho prisionero como piloto y pasó un año en Colditz. Nunca lo mencionaba. Su hermano mayor había muerto sobrevolando Berlín. Se llamaba Michael. Cada vez que pronunciaba su nombre, daba la sensación de que mi padre se cuadraba disimuladamente ante un fantasma.

—Es una señal de lo viejo que estoy. —Papá suspiró al tiempo que entrábamos en la casa—. Por fin puedo, ocasional y tranquilamente, llorar a los muertos. Especialmente en un día tan señalado como el de hoy debemos recordar, sobre todo, el sacrificio que hicieron. Fue glorioso.

Me pareció que mi padre sintetizaba su opinión del mundo como si se dispusiera a abandonarlo.

Más tarde, Dominick se tendió a mi lado, con su larga desnudez compacta y pesada sobre la cama. Los hombres no quedan bien cubiertos con una sábana.

Las sábanas son un adorno femenino. Cuando la desnudez se acercó a mí recordé la coreografía y el después. Mi fría mirada y las preguntas. Me pregunté en aquel momento si Dominick encontraba algún solaz en mi gélida mirada.

CAPÍTULO XIX

Elizabeth consideró demasiado cruel que yo recibiera por teléfono la noticia de la repentina muerte de mi padre a causa de un ataque al corazón, y por eso envió a Charles a casa... a las cuatro de la madrugada. Sabía que William había viajado con su padre a Estados Unidos para visitar a los padres de Dominick. Sabía que yo estaba sola.

Me dio una oportunidad. Su confianza en mí y su amabilidad conmigo me dieron una oportunidad. En mi naturaleza estaba aprovecharla. Encauzar la brusca sorpresa y luchar contra el dolor. Ya lloraría más adelante. Ahora, en ese instante, podría conocer a ese hombre, el hombre de Elizabeth... y a través de él conocerla a ella.

Cuando Charles me abrazó para consolarme, capté la condolencia en su mirada y la convertí en otra cosa. Como podéis ver, esa fue mi astucia: buscar el centro. Cuando Charles se inclinó hacia mí, me moví de tal modo que su peso cayó sobre mi cuerpo al derrumbarme de pena y deseo contra la pared.

Cuando abrí los ojos descubrí en su expresión algunos indicios de mi triunfo. Me di cuenta de que Charles sabía lo que se traía entre manos a causa de la experiencia vivida. Esas necesidades del pasado —ahora enterradas— lo arrojaron a mí. Necesitaba el sentido del pecado para mantener el contacto con su pasado.

Abrí lentamente la puerta de mi cuarto de vestir. Charles me siguió escaleras abajo. Sabía que lo haría. Desnuda, con los brazos sobre la cabeza, me puse la combinación de seda de Elizabeth: la tentación intemporal. Creí ver a Elizabeth, cual un fantasma, de pie a mi lado.

Me acosté en el suelo y, a gatas, Charles se puso sobre mí y me cogió por el pelo, como si fuera a comérselo. Después nos separamos y permanecemos de pie a ambos lados de la estrecha estancia. La imagen de mi padre cruzó por mi mente embotada. Me vi perdida porque recordé que incluso antes de que yo naciera ya era demasiado tarde para nosotros. La antigua rabia aplastó el dolor que latía en mí. Reconocí que ya era demasiado tarde para todo.

Mi mirada abatió a Charles y acabó con su resistencia cuando, hipnotizado, volvió a acercarse a mí.

Cogí el brillante zapato negro de Elizabeth, lamí el tacón, se lo di a Charles y me tendí sin hacer ruido. Clavé la mirada en su rostro, inmóvil sobre mí. Charles recorrió lentamente las líneas de mi cuerpo con el reluciente tacón del zapato de Elizabeth. Luego titubeó. Aparté la espalda del suelo, pues percibí temor en su mirada. Deseaba transmitirle coraje. Con sumo cuidado, como si estuviera en trance, Charles hizo lo que yo quería. Por primera vez lloré por aquello en lo que me había convertido. Me alejé un poco más de mí misma y, con terror y deleite, empujé a Charles hacia el rostro oculto en la piedra que involuntariamente él había empezado a tallar.

Fue como yo creía que sería. Elizabeth estaba vencida bajo su combinación negra, que no permití que Charles me quitara. Acudió a mi mente una frase largamente olvidada: «*Je est un autre*^[2]».

Me duché y me vestí... con la ropa de Ruth. En silencio, nos dirigimos en coche al hospital. Besé a mi madre. Estaba tan íntegra en su dolor como era de esperar. Elizabeth abrió los brazos de par en par, me abrazó y me consoló. Quizá fue un reconocimiento de que se trataba de mi padre, de mi auténtico padre y no del de ella. Tal vez fue demasiado delicada para mencionarlo.

Charles hizo compañía a mi madre, le cogió la mano y no me miró. Finalmente nos fuimos a Lexington. Nos llevó Charles en el coche: la viuda y dos esposas, una de ellas la suya.

Una familia adulta que llora al patriarca no está tan afectada por el dolor como por el pesar. Tratándose de viejos, hasta la muerte súbita contiene la certeza de que estaba predeterminada.

Mientras estaba en la iglesia mi dolor fue perturbado por el incesante pase interno de una película sobre Charles y yo... y nuestros cuerpos. Contemplé secreta e intensamente a Charles. ¿Acaso en una ocasión Dominick no había mencionado que la contemplación de ciertos objetos modifica su composición? Charles, ¿eres el mismo hombre? ¿Soy la misma mujer? ¿Existe en alguna parte un yo persistente?

Permanecí en pie junto a Dominick, agotado después del vuelo nocturno desde Estados Unidos, y pensé en la mentira del cuerpo y de la mente.

Mientras comíamos, mi madre nos comunicó su decisión de permanecer en Lexington.

—Aquí es donde he pasado mi vida con él y donde lo siento más próximo. Recordad que durante muchos años John estuvo de lunes a viernes en Londres y solo volvía a casa los fines de semana. Me encantaría reuniros a todos los fines de semana. Ya lo creo, sería maravilloso. Ya sabéis la alegría que los chicos me proporcionan... la alegría que nos proporcionaban.

Sabíamos que estaría perfectamente atendida por Alice y Ben, que durante años nos habían acompañado. Abandonamos Lexington con la promesa de seguir «volviendo a casa» los fines de semana. Dominick volvió a viajar a Estados Unidos. Regresaría con William al cabo de una semana. Habíamos llegado a la conclusión de que un viaje repentino para enterrar al «yayo» sería demasiado traumático para William, razón por la cual se quedó con sus abuelos. Elizabeth y Charles se marcharon a Frimton.

Aguardé en Londres. El siguiente movimiento le correspondía a Charles.

CAPÍTULO XX

Dos días después su rostro apareció en la pantalla del portero electrónico. Distorsionado y casi disfrazado de sí mismo, parecía un robot en un lienzo gris. Minutos más tarde estaba en la puerta.

—Por si no lo sabes, tengo llave de la entrada y del... del...

—¿Del estudio de Elizabeth?

—Sí. Elizabeth está en Frimton. Ruth, no mancillaré lo nuestro con disculpas ni explicaciones. Ahora es una realidad en nuestras vidas. —Asentí con la cabeza—. Ruth, he pensado mucho en lo que voy a decirte.

—Te lo agradezco.

—Pensar era imprescindible, Ruth, se trata de cuestiones graves.

—De las que tenemos pleno conocimiento aunque, quizá, ya no exista pleno consentimiento.

—¿Qué has dicho?

—Disculpa, es una definición del pecado.

—Mi esposa... mi primera esposa era católica. Acabo de recordarlo. Cuestión grave, pleno conocimiento y pleno consentimiento.

—Exactamente.

—Ruth, tú no eres católica.

—No, pero la religión siempre me ha fascinado.

—Ah.

—¿Te sorprende?

—En todos los sentidos, querida mía.

Ya, «querido mío».

—Supongo que buscas algún tipo de absolución.

—No, desde luego que no, solo quería decirte...

«No me digas nada, pensé, no digas nada. Estoy muy familiarizada con el pecado».

—Veamos. Supongo que has venido a decirme que «eso no volverá a suceder» y advertirme.

—Lo que dices es un insulto para los dos. —Bien, eso significa que yo aún tenía posibilidades de triunfar—. Tenemos una opción. Sé que mis palabras sonarán muy frías y calculadoras y te ruego que me disculpes. Podemos optar entre el orden o el caos.

—Charles, defíneme el «orden».

—El orden de la negación o el orden del... engaño.

—¿Y el caos? ¿Qué me dices del caos?

—El caos del descubrimiento y la destrucción de nuestras familias.

—¿Y?

—Ruth, tú estás hecha para el engaño ordenado.

—¿Y tú?

—No lo sé. Superficialmente, tal vez más que tú, pero no estoy seguro.

—¿Y Elizabeth? —Osé preguntar.

—Ruth, la primera regla consiste en que jamás menciones a Elizabeth cuando estemos juntos...

—¿Reglas? —Las reglas del compromiso.

—Sí, reglas. Ruth, me parece que estamos hechos el uno para el otro.

—Tal vez.

A solas y en penumbras: niños que nunca habían sido felices ni buenos.

CAPÍTULO XXI

Yo, que me consideraba maestra en casi todo, inicié mi aprendizaje de Charles Harding.

Había creído que él era mi víctima, pero estaba más dispuesto de lo que me imaginaba. Había intentado atraparlo y acabé atrapada en un universo de mi propia creación que Charles terminó por dominar.

Nada me preparó para esas ansias que, si no se saciaban, seguramente me devorarían.

Charles no quedó incólume ante mí porque él también tenía sus necesidades, pero era capaz de poner límites a su deseo, mientras que yo no tenía fronteras. Por eso aprendí a temer. Jamás le hablé de mi miedo a Charles. ¿Para qué armar a tu propio amo? Ya era bastante fuerte.

Charles era el más fuerte, y el más fuerte siempre es temido. ¿Es mejor ser temido que amado? Es mejor ser temido y amado. ¿Pueden coexistir estos sentimientos? Casi siempre conviven.

¿Por qué ama el niño? Por temor al abandono cuando aún necesita sustento. ¿Ocurre lo mismo con el «amor»? No es la palabra correcta. ¿Cuál es la palabra adecuada para decir que un cuerpo se alimenta de otro? Yo había sido idolatrada por Dominick y había percibido su miedo de ser abandonado.

Ahora me tocaba a mí. Siempre se vuelve al punto de partida. Te toca el dolor, el conocimiento, el conocimiento que lamentas haber alcanzado, pero que llega porque nadie puede aprender por ti.

El estudio de Elizabeth se incorporó a la rutina de mis anhelos. En una ocasión, solo en una, conduje a un Charles acorralado hasta los lienzos vacíos y montados y con mis actos ridiculicé los ciegos cielos azules que ella había pintado. Me burlé en silencio, por medio de suspiros. Las cosas de Elizabeth se introdujeron todavía más en la rutina de mis necesidades.

Con el correr de los años la mentira se convirtió en un hábito que lucíamos garbosamente. Toda una vida de pequeños engaños me convirtió en habilísima experta en un arte ambiguo.

¿Charles había desarrollado de joven su capacidad para la traición o había florecido de sopetón en aquella fugaz y fatal relación de hacía tanto tiempo, en el año de la muerte de Felicity?

Tal vez en su caso era un talento innato. Le temía demasiado para explorar el tema.

A veces me preguntaba si Charles no temía que se desencadenara otra tragedia, o si la inocencia y la bondad de Elizabeth eran su gran protección.

Los momentos compartidos, fácilmente organizados —al fin y al cabo,

disponíamos de «información privilegiada»—, eran compulsivos, impetuosos y siempre insatisfactorios. Se convirtieron en una escalera de caracol que daba a habitaciones cuyas puertas nunca debimos abrir. Fui yo quien allanó el terreno porque mi primera obsesión condujo a la siguiente.

CAPÍTULO XXII

William Garton. Tercera evaluación.
Edad: 12 años Curso: 1.º A.

Informe de la dirección:

William es un niño serio, en muchos aspectos casi chapado a la antigua. De todos modos, los demás niños lo aprecian aunque, y no es la primera vez que nos referimos a esta cuestión, en el pasado ha sido víctima de intimidaciones por parte de los dos alumnos más bulliciosos de este curso.

Como pueden comprobar por los comentarios de los demás profesores, el rendimiento de William es excelente, sobre todo en matemáticas, lo que no resulta sorprendente si tenemos en cuenta sus antecedentes. Esperamos que siga prosperando cuando en setiembre regrese a nuestra escuela.

Andrew Brown, director del internado

La seriedad con que William encara el estudio y su comportamiento habitualmente tranquilo han permitido que su primer año en este centro se viera coronado por el éxito.

William, continúa trabajando con el mismo ahínco.

Broughton West, director de la escuela

William avanza en latín. Se trata de un auténtico logro si tenemos en cuenta que al llegar a este centro sus conocimientos sobre esta asignatura eran insuficientes.

Carl Donn, Latín

William ha hecho progresos constantes en francés. Siempre hace meticulosamente los deberes. Felicitaciones, William. Tengo entendido que este año la familia pasará una temporada en Francia, lo que podría mejorar el acento de William, que deja mucho que desear.

Alistair Knight, Francés

William es el primero de la clase en matemáticas. Lamentablemente apenas puedo considerarme responsable de sus logros en esta asignatura. ¿Naturaleza contra educación? Me temo que no se trata de un tema de discusión.

Duncan Heychurch, Matemáticas

William ha hecho grandes progresos en lengua inglesa. Se esfuerza. Sus trabajos por escrito son muy pulidos y ordenados. A mi juicio le falta estilo. ¿Quizás un poco más de aplicación en la lectura? He preparado una serie de títulos recomendados, que incluyo, como lectura para las vacaciones. ¡Lo siento, William!

James Sanders, Inglés

William presta atención en clase. Progresa ininterrumpidamente y sus contribuciones a los proyectos de grupo siempre son interesantes y constructivas.

Michael Moore, Geografía

William tiene aptitudes para la historia. Su memoria para las fechas y los nombres es excelente. Aunque pulcros y exactos, sus trabajos escritos no denotan talento (por ahora).

Brian Johnson, Historia

Lamentablemente William carece de dotes artísticas. En las clases siempre se esfuerza y hace cuánto puede. Perseveramos. Empero, incluso en una fase tan temprana convendría pensar en descartar esta asignatura en cuanto termine los cursos obligatorios.

Miles Masterson, Arte.

William es un excelente tenista. Nos representó dignamente en el último torneo contra Eaton. Nada con vigor y mejoraría mucho sus tiempos si encontrara un mejor ritmo respiratorio. La gimnasia no se le da muy bien, pero nadie puede abarcarlo todo. William, te felicito por haber ganado el campeonato escolar de tenis para menores de dieciséis años.

Arthur Caldwell, Educación Física

A lo largo de este curso William creó un interesante armario para realizar el proyecto de diseño y tecnología. Parece disfrutar con esta asignatura.

Corin Morgan, Diseño y Tecnología

En conjunto, la salud de William ha sido excelente a lo largo del curso. Como saben, tartamudea ligeramente cuando se pone nervioso. Estoy segura de que lo superará. En un sentido amplio, se trata de un niño sano y muy feliz.

Megan Owyston, enfermera y matrona

Debajo figuraban las fechas del inicio del nuevo curso: el futuro estructurado y organizado.

Confidencial.

Estimados *sir* Charles y *lady* Harding:

Stephen es un niño con dotes y encantador, una combinación atractiva y potencialmente peligrosa. Ya hemos hablado del tema. No es la primera vez que me encuentro con estas «bendiciones». Aunque no fue motivo de grave preocupación, considero que el incidente en la torre no debe pasarse por alto. En mi opinión fue una señal de alarma para todos.

Aunque el señor Blake crea que «el camino de los excesos conduce a», etc., la historia no demuestra que tuviera razón. No pretendo sugerir que Stephen es un genio, aunque posee una inteligencia fuera de lo común. Convendría recordar los versos de Dryden: «El gran ingenio de la locura es casi aliado / y delgados tabiques sus límites han separado».

Considero que, una vez instalado en el dormitorio más reducido que en el próximo curso organizaremos para nuestros «estudiosos», Stephen podrá desarrollar la serenidad que necesita. Lo administrarán el señor y la señora Trent. Sin duda les gustará saber que, a su modesta manera, la señora Trent es pintora de paisajes. Se trata de un matrimonio muy amable y comprensivo.

Por el boletín que incluyo comprobarán que el rendimiento de Stephen es irregular: excepcional en algunas asignaturas e indisciplinado en otras.

Como les fue imposible asistir a la reunión que propuse antes de que concluyera el curso, me apresuro a escribirles para que conozcan mi opinión.

Desde la tragedia sufrida por mi hijo, me he vuelto algo más osado cuando se trata de advertir a los padres de los peligros potenciales de la extraordinaria experiencia de «educar» a los hijos.

Les saluda atentamente.

Broughton West, director de la escuela

Encontré esta carta muchos años después de que fuera escrita. Como podéis ver, Elizabeth no se llevó nada cuando se marchó.

Evocaciones. Voces confusas. La memoria nunca es pura y el recuerdo siempre queda teñido por la vida vivida desde entonces.

¿Fueron fieles a su época esas voces adolescentes que ahora parecían impregnar la estancia? ¿Fue auténtico el fondo de cólera de la risa desafiante de Stephen cuando permaneció en pie y rechazó las acusaciones de imprudencia e irresponsabilidad en el momento en que Charles decidió investigar «el incidente de la torre»? Y con respecto a la apasionada defensa que William hizo de su héroe, ¿aún estaba clara la intensidad de su inocente adoración?

Es posible que al revivir viejas escenas nos dejemos seducir por músicos espectrales. Me volví hacia ellos como si un mechón de pelo se hubiera enredado en los instrumentos que parecían tocar, como si se hubiera atascado en el pasado, y oí la voz de William:

«Tío Charles..., francamente, intenta imaginarte a Stephen de pie en el antepecho, por encima de todos. ¡Caray, tío Charles, fue muy valiente! Y Hendricks, el despreciable matón de Hendricks quedó atrapado en el patio mientras Stephen gritaba: “AMIGOS, BOLDONIANOS TODOS, PREFECTOS ESCOLARES, PRESTADME ATENCIÓN. NO HE VENIDO A ALABAR A HENDRICKS, SINO A AVERGONZARLO. EL DOLOR QUE LOS TIRANOS CAUSAN LOS SOBREVIVE. CON FRECUENCIA LA COBARDÍA ESTÁ ENCUBIERTA EN SUS INFORMES. ¡QUE LAS COSAS NO SEAN ASÍ CON HENDRICKS!”».

William prosiguió:

«Tío Charles, en ese momento Oldham, el encargado, gritó: “¡Harding! ¿Qué demonios está haciendo?”. “Oldham, solo pretendo llamar tu atención sobre la injusticia y las intimidaciones”. Ay, tío Charles, te habrías sentido tan orgulloso de Stephen... Por favor, por favor, deja que te cuente el resto».

«De acuerdo, William. Continúa, continúa».

Charles suspiró al tiempo que, pesaroso, hizo una señal de asentimiento a William, que desgranó el relato en medio de una emoción febril e interpretó los diversos papeles. Incómodo, Stephen pasaba el peso del cuerpo de un pie a otro, aunque estaba tímidamente satisfecho de esa oda a su osadía.

«“Harding, eres un maldito novato, no has venido para llamar mi atención sobre nada”. “¿Qué has dicho, Oldham? ¿Acaso no eres un hombre de honor?”. “Baja, Harding, baja inmediatamente”. “¿Los prefectos han perdido la razón? Oldham, tened

un poco de paciencia...”. En ese momento, tío Charles, mientras todos daban patadas en el suelo y aplaudían, Stephen nos dedicó una reverencia y se bajó del antepecho».

La voz del narrador se perdió en el olvido y se apagó súbitamente. Permanecí inmóvil unos minutos y luego cogí el boletín de Stephen. Por aquel entonces tenía catorce años.

Stephen Harding. Tercera evaluación.
Edad: 14 años Curso: 3.º A.

Para resumirlo en una palabra, Stephen es un erudito. Ha sido el primero de su clase desde que llegó a este centro. No ha habido problemas con sus trabajos, ni con su precisión ni con su presentación. A partir de conversaciones sostenidas en la sala de profesores deduzco que, en el caso de Stephen, no se trata de un caso corriente. Sin embargo, su inteligencia no agrede a sus compañeros. Esta afirmación sintetiza gran parte del encanto de Stephen. Espero volver a darle clases en el futuro.

Carl Donn, Latín

Stephen tiene una facilidad innata para el griego. Posee el alma de un clasicista combinada con el temperamento del artista. ¡Esperemos gratas sorpresas!

Xavier James, Griego

Stephen es un alumno aventajado, sobre todo en literatura francesa. Actualmente está fascinado por Baudelaire y he de informarles que ha superado con creces el plan de estudios en lo que a este autor refiere. El empleo irónico que hizo de la cita *calme, luxe et volupté* en una redacción sobre «La atmósfera hogareña» descubrió el juego. He prohibido específicamente *Les Fleurs du Mal*, decisión que, confío, compartirán conmigo. Esperemos que este hecho no lleve a que Stephen pierda el entusiasmo por el francés.

Alistair Knight, Francés

Las redacciones de Stephen son, en realidad, relatos breves. Ponen de manifiesto una extraordinaria madurez. Su exuberante sentido del humor quita hierro a algunos de sus escritos más pesimistas.

James Sanders, Inglés

Sin duda no es matemático. ¿Qué más puedo añadir? En contra de sus inclinaciones naturales, hacemos lo posible por inculcarle el abecé de los principios matemáticos, pero fracasamos. Aconsejo que, una vez superados los cursos obligatorios, descarte totalmente esta asignatura, de la que nada se beneficia. No obstante, Stephen tiene una actitud cordial y me agrada tenerlo en clase.

Duncan Heychurch, Matemáticas

A mi juicio no es aconsejable que se permita a Stephen enamorarse tanto de algunas asignaturas y que otras parezcan aburrirlo. La geografía es importante. Solo en una ocasión logré atraer la atención de Stephen: durante el debate «La geografía es historia». La redacción que a continuación presentó sobre el tema fue genial. De hecho, me he tomado la libertad de presentarla al premio Ovington de este año. Para la escuela sería un gran honor que lo galardonaran, aunque no necesariamente «fortalecería el carácter» de Stephen. Se trata de un dilema bastante corriente.

Michael Moore, Geografía

Stephen disfruta con la historia y siempre figura entre los tres primeros. Sus trabajos son magníficos tanto en estilo como en contenido, toda una rareza entre los historiadores. Es agradable tenerlo en clase y participa activamente de los debates.

Alex Dunnington, Historia

Aunque en ciencia se defiende bien, durante este curso el comportamiento de Stephen en el laboratorio, en una o dos ocasiones, fue potencialmente peligroso. Sería aconsejable una actitud más serena y cuidadosa. Tal vez su traslado al dormitorio que supervisa el señor Trent dé resultados en este aspecto.

Colín Thornton, Ciencias

En arte Stephen descuella por encima de la media. Empero, no se suelta tanto como cabría esperar. Su estimulante empleo del color y su interesante perspectiva hasta de los objetos más elementales resulta fascinante. Podría sorprendernos a todos, quiero decir en el campo artístico.

Miles Masterson, Arte

Las actividades de Stephen en el gimnasio son relativamente positivas. Juega bien al tenis, aunque no parece esforzarse demasiado; tal vez se siente intimidado por el éxito de su primo William. La propensión de Stephen al asma da lugar a que la natación *no* sea su deporte favorito. Perseveramos en esta disciplina que, me temo, no es para Stephen.

Arthur Caldwell, Educación Física

A lo largo de este curso Stephen sufrió dos ligeros ataques de asma. Como es sabido, en el asma hay un componente psicosomático. Cuanto más «se serene» Stephen, mejor será. Soy partidaria de su traslado al dormitorio supervisado por los Trent. Hace tiempo que postulo esta idea.

Megan Owyston, enfermera y matrona

Volví a guardar en la caja de madera tallada estos informes, que ahora conozco prácticamente de memoria, y saqué un arrugado artículo publicado hace años.

«El artista y su tiempo».

Brannington Orchard, crítico de arte.

¿Es un fracaso que el artista no esté a la moda? Cada artista vive su propia «modernidad». ¿Nos limitamos a buscar hitos? A través de un modelo histórico identificable, siempre abrigamos la esperanza de domesticar algo esencialmente eterno: el impulso artístico.

Planteo estas preguntas porque la señorita Elizabeth Ashbridge simboliza lo inefable: una artista que no se rige por modas. A lo largo de los diez últimos años ha expuesto ocasionalmente su obra, que casi nunca ha recibido críticas. Tal vez se trate de una decisión comprensible por parte de los jefes de redacción, obligados a ocuparse de artistas más «en boga». No obstante, sostengo que, pese a no ser contemporánea (en el sentido corriente de la palabra) ni una fuerza innovadora (la naturaleza misma del genio consiste en innovar sin cesar), la señorita Ashbridge es una artista digna de un profundo análisis.

Ejecuta cielos, sobre todo ingleses —su obsesión—, con un creciente matiz de desolación, como si la tensión habida entre la estrechez de nuestras existencias y la amplia libertad de los cielos le resultase cada vez más clara y dolorosa. Basta comparar su anterior y encantadora *Azules londinenses* con *Vuelo*, de factura más desolada. Una sola nube ligeramente recortada parece aletear contra los bordes del lienzo, como si estuviera desesperada por

escapar de un azul áspero, excelso, casi abrasador. Aquí se ve por qué resultaría una ligereza descartar la obra de la señorita Ashbridge como si se tratara de una «pintora» de poca monta con «debilidad» por los cielos.

Su *Retorno a Atenas* supone un avance importante con relación a *Mañana ateniense*, obra que pintó durante su luna de miel con Hubert Baathus, que pocos años después encontró la muerte en trágicas circunstancias. Asimismo recomendando *El cielo del estudio*. Posee una cualidad obsesionante, como si la artista se sintiera atrapada en su estudio y, a semejanza de Oscar Wilde, intentara atrapar «esa pequeña tienda azul que los prisioneros llaman cielo».

Hay más lienzos de gran factura, primorosamente expuestos en la pequeña galería de Adrián Carendon en Mount Street. Aconsejo una visita.

Informes de desconocidos, informes de una tierra lejana: el pasado.

CAPÍTULO XXIII

—Lo sé.

—Dominick, ¿qué sabes?

—Ruth, lo sé.

Silencio.

—Lo sé.

Vuelta a empezar. Y nuevamente silencio. El que calla otorga. Mi silencio reconocía lo que debí ocultarle.

El saber... Suena fuerte. ¿Debí decir que lo sentía, o volver a mentir? Escogí la salida de los cobardes y no dije nada.

—Ruth...

Dejé el vaso sobre la mesa. Estábamos cenando.

—Dime.

—¿Me has oído?

—Sí, claro.

—¿No te interesa saber cómo lo he sabido?

—No. «Solo me interesa saber si sabes con quién», pensé.

—Solo quiero hacerte una pregunta.

—¿Solo una?

—Sí. ¿Seguirás?

Reinó el silencio. Ay, qué cobarde es mi alma.

—Ruth, tengo la impresión de que, una vez más, estás a la altura de las circunstancias.

¿El retintín irónico significa que es posible que logre «salir del apuro»? ¿Se dice así? ¡Qué vulgaridad! He ganado. Puedo despreocuparme. Soy amada y amo. ¿Acaso tengo la culpa de no amar donde soy amada, de haber aceptado el regalo que debí rechazar? Entonces él habría sido desdichado, aunque tal vez no si yo hubiese actuado honradamente desde el principio. Ruth, cuántas exigencias severas. Ruth, qué castigos tan terribles. Escucha, escucha al hombre.

—Estoy arraigado en ti. Me enamoré de ti desde la primera vez que te vi.

¿El amor entra por los ojos? Pensaba que a eso se le llamaba concupiscencia.

—Eras una especie de perfección.

Igual que una fórmula. Tal vez yo tenía proporciones atractivas. Mis medidas eran 91-61-91. Atractiva. Dibujadlo. Ponedle o no ropa, como prefiráis. Coronadlo con un rostro, una visión de planos y oquedades. Concretamente, pupilas de color marrón oscuro y cejas negras. La piel sin mácula, del color de la nata. Y labios «rojo mordisco». Como a ellos les gustan. Más abajo piernas proporcionadas, delgadas y largas. ¿Fue esta la geometría de su perdición?

¿Por qué se resiste Charles? Pero si no se resiste. Sí, claro que sí. Es imposible dejar de tener ese conocimiento. Yo soy el otro, el añadido de Elizabeth, una vez más. ¿Suponéis que en alguna ocasión fue imparcial?

Intenté escuchar a Dominick a medida que hablaba. Sabía que era importante. Lo intenté. Dominick sufría: el dolor del aislamiento, el aislamiento del dolor. Escuché su dolor. Es difícil oírlo. Casi nunca escuchamos. A decir verdad, no podemos sentir el dolor de otro. ¿Por qué los que sufren quieren compartir su dolor? No hay apaciguamiento. Que yo comparta parte de tu dolor no servirá para apaciguarlo. Dominick, estoy segura de que lo sabías. Tu parte de dolor por mi sincera (sí, sincera) preocupación no sirvió para apaciguar el otro dolor. Al final, Dominick, tu dolor me aburrió y, para variar, deseé convertirme en la víctima. Escuchando el dolor quise correr hacia el placer, hacia cualquier tipo de placer para encontrar alivio.

—Estabas rodeada por una suerte de luz, por la inteligencia, la agudeza.

¿Por la velocidad de la luz? Dominick, ¿te das cuenta de lo que dices? ¿Cómo escoges las palabras a partir de tu propia visión del mundo?

—Te veo... girando sobre un punto, casi... hacia mí.

¿Tal vez sobre un pedestal?

—En las visiones que tengo de ti... siempre te acercas a mí.

¿No es una paradoja? ¡Escucha, Ruth, escucha!

—Cuando me estiraba, la visión que tenía de ti se acercaba a mí porque era lo que deseaba fervientemente, no se alejaba.

¿Me recordará como una visión, como el hombre que se enamoró del rostro de la pasajera de un barco que puso distancias de por medio? Solo un rostro. Y le fue fiel. Yo podría haber sido nada más que un rostro evocado y no haber hecho daño, algo muy inocente. Un rostro amado desde la lejanía.

—Me dije: Es ella, es Ruth. Siempre ha sido de esta manera. Se trata de algo muy simple.

Dominick, tendría que haberte dejado libre. Debí saber que me relacionaba con un idealista, con un idealista enamorado. Un idealista es peor que un romántico, infinitamente peor. Siempre fiel, leal y digno de confianza. Excepcional, desde luego, pero no apetecible. Hay pocos compradores.

—Y ahora no sé qué hacer. Me parece imposible...

Sí, profesor, te enfrentas a un dilema. Claro que lo tienes. No sabes qué hacer con el dolor, con el amor, demasiado amor.

¿Debería plantearse en porcentajes, en cantidades, tal vez en términos de liquidez? ¿Comparativa, estadística o geométricamente? ¿En términos algebraicos, si $x = \S...$? No lo sé. No soy matemática. Simplemente recuerdo algunas fórmulas sueltas. El amor de más marca el punto crítico. ¿Qué se hace con el excedente de amor? ¿Se añade un ingrediente adicional? ¿Amargura? ¿Algún contraste? ¿Acaso odio?

—Has destruido nuestro pasado, todo parece reducirse al presente.

El pasado de Dominick había sido imprevisible. ¿Y el futuro?

El futuro tiene una sombra que atraviesa el camino. Tropezaremos si seguimos por el mismo camino.

—Ruth, no se trata de que alguna vez deje de amarte. Jamás. Simplemente se debe a que no soy lo bastante valiente para verte constantemente sabiendo lo que sé.

—Ya.

—Soy cobarde.

—No.

—Tengo miedo de ti. Por la mañana... es como si... —Ni siquiera yo sé la palabra. Dominick prosigue—: Y temo... temo... otras cosas.

El poder desnudo por la noche. Y a veces por las mañanas. Las mañanas desnudas, el poder matinal.

—Incluso temo a la ternura oculta en ti cuando acaricias a William o hablas con él. Supongo que tengo miedo... de mi miedo.

—¿Y bien?

—Me iré.

¿Se irá? ¿Adónde y a qué?

—Viviré separado de ti. No puedo... no puedo convivir contigo.

Ay, Dios, esto será muy difícil. ¿Qué dirá Charles? Piensa, Ruth, piensa. Podrías perder a Charles.

Dominick prosigue:

—Elizabeth ha decidido dejar el estudio.

—Elizabeth... —¿Qué hace su nombre aquí, en esta sala y en esta conversación? —. ¿Qué has dicho?

—Parece que por fin he llamado tu atención. Bien. Charles ha decidido pasar menos tiempo en Londres y construirle un estudio en Frimton.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he hablado con Charles.

—¿Cuándo?

—Hace unos días. Supongo que consideró correcto hablarme del estudio.

¿Era correcto hablar con Dominick de nuevos «acuerdos»?

—¿Hablasteis por teléfono? —Freud detestó el teléfono toda su vida.

—¿Te parece que viene al caso?

—No.

Solo quiero saber cómo fui traicionada, porque se trata de una traición. Pensé que estaba herméticamente encerrada en mi mundo con él, que no podía aparecer ningún intruso, ni siquiera se permitía la entrada de visitantes ocasionales. Ahora experimento el terror de la periferia. Noto la fuerza que podría retenerme para siempre en la intemperie. Y percibo una fuerza todavía más potente que podría arrojarme a una eterna caída libre. No permitiré que ocurra. Tengo asideros a los que aferrarme. Aunque permanezco suspendida sobre él, no estoy en el abismo... por

ahora.

—Te he perdido para siempre.

—¿Cómo...? —Son palabras aciagas. No quiero oírlas, no quiero aprender a pronunciarlas.

—Ruth, por favor, te ruego que me escuches.

—Sí... sí.

—Si me mudo al estudio de Elizabeth podré ver a William en un ambiente familiar. Para él no será tan traumático.

—Claro.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

Ruth, ordena tus ideas.

—No, no lo es, claro que no. Me parece que has tomado una decisión... una decisión equivocada. Se trata de un paso en falso. No lo hagas.

—Ruth, me desconciertas. Eres... eres una especie de aberración.

—Creí que me habías jurado lealtad eterna.

—No recuerdo haber pronunciado esas palabras.

—Tienes razón, Dominick. Me parece que dijiste que siempre me amarías o algo por el estilo.

Vamos, Ruth, toma rápidamente una decisión. ¿Qué es mejor, que Dominick se quede o se vaya? ¿Qué es mejor para tu relación con Charles, para tu relación... repentinamente debilitada con Charles? ¿Qué es lo mejor?

Conserva a Dominick. Será lo más conveniente. Una base, necesitas una base si quieres llevar una vida secreta. De otro modo es demasiado obvia: la mujer no casada con su amante casado. No, conserva a Dominick. Quiere quedarse. Ha dicho tonterías pueriles sobre el estudio. Sus palabras carecen de sentido. Su patética relación con William... William está en el internado y pasa las vacaciones en Lexington. El estúpido de Dominick... ¿Dominick estúpido? Estas son palabras que no suelo relacionar.

Haz que se quede. Sé sutil. Sé morosa. Desplázate como bien sabes hacerlo... hacia el bar. Gira un poco. Pon cara de pena. Muéstrate lentamente apenada. Aparta toda expresión de tu rostro para que, como ya sabes, solo perdure una sedosidad sensual. Observa la expresión de Dominick. Se vislumbra un ligero hálito. Aférrate a ese hálito con la mirada, retenlo. Ten cuidado, Ruth, mucho cuidado. No digas nada. Guarda silencio. Es imprescindible para la concentración, para la concentración de tu poder, para que se haga tu voluntad.

Y ahora sírvele una copa. Quédate cerca. No te muevas. Que Dominick se acerque a ti. De lo contrario será imposible para él y para el futuro. Respira hondo para que tus pechos se balanceen al ritmo que ya sabes. Ahora apártate de Dominick. Notarás su tensión. Dirígete al sofá. Tiéndete cuan larga eres. Suspira con pesar. Deja caer una pierna hacia el suelo para que se te abra la falda. Un poquitín. Pierde la mirada. Dominick se acerca al sofá. Míralo a los ojos y, contrita, retén su mirada.

Dominick ya está aquí, sobre ti. Ahora está a punto de...

Las manos lo traicionan. Buscan con desesperación el camino de entrada. Se acabó. Has triunfado. Dominick no se marchará, esta vez no. ¿Nunca se marchará?

CAPÍTULO XXIV

—Lo siento, pensaba decírtelo.

Charles y yo, un rato compartido, habitualmente en mi casa. Es tan fácil cuando confían en ti y conoces las obligaciones de los «otros». Cuando sabes dónde están y a qué hora volverán.

—¿A qué te refieres?

—A mi conversación con Dominick sobre el estudio.

—Ah, no tiene la menor importancia. Esta mañana Elizabeth y yo hablamos del asunto. Por lo que he entendido, le construirás un estudio en Frimton y pasará menos tiempo en Londres —sinteticé con tono gélido.

—Así es. —Hubo una pausa—. Si es que puedo.

—¿Crees que podrás?

—Me propongo intentarlo —replicó con firmeza.

—¿Por qué?

—Para mi sorpresa, he descubierto en mí mismo el deseo de...

—¡Vaya!

—El deseo de hacer las cosas bien, por mucho que cuesten.

—La pasión por lo difícil.

—Es posible.

No estoy dispuesta a aceptarlo, pero no lo diré, mantendré la calma.

—Charles, eres mi única posibilidad de... de ser buena.

—¡Ruth!

—Es verdad. Jamás te he traicionado.

—¿Ni siquiera con Elizabeth?

—No.

—Ni lo harás jamás.

Parecía una orden. ¡Acátala!

—Desde luego que no. —Presta atención, busca un punto de debilidad en su decisión—. Charles, en nuestro propio mundo he intentado ser, y creo que he sido, leal. —¿Leal a qué? Leal a lo que hemos hecho, a ti, a lo que escondes.

Charles desvió la mirada. Yo conocía su alma secreta. Estaba oculta en su cuerpo. ¿Qué haría cuando tuviera el deber de matarla? ¿Sería capaz? Charles es peligroso para mí, es fuerte, podría matar su alma. Para mí sería la muerte y para Elizabeth un regalo. Otro más. ¿Y por qué no? No, en este caso venceré. Debo triunfar. Piensas en echarle a llorar. No, serían mentiras líquidas, Charles me heriría.

Me volvió la espalda.

—¿Qué ha decidido Dominick con respecto al estudio?

—No lo cogerá. Habíamos pensado convertirlo en mi despacho, pero no es

necesario, puedo trabajar en casa.

«Apela a la normalidad, Ruth, hazle perder tiempo».

—¿En qué piensas trabajar?

—Prepararé una antología titulada *Rechazos*.

—¿A qué te refieres?

—Investigaré los rechazos sufridos por los grandes escritores. ¿No te parece una idea interesante?

—El título me gusta.

—Sí, es excelente.

Charles sonríe ligeramente. Bien, Ruth, vas por buen camino.

—¿Y Dominick?

—Dominick está... contento —contesté.

—Creo que lo sabe.

—¿Saberlo? Claro que no, Charles.

—Pues algo hay en la forma en que me mira.

No, Charles, no tiene el menor conocimiento de ti.

Se ha relajado. Es consciente. Desea pronunciar palabras fatídicas. Detenlo. Tiene que acorazarse para hablar con sentimiento. Impídeselo.

—Tengo... tengo rabia, Charles.

—¿Rabia?

—Estoy rabiosa contigo.

De repente el fuego se inflamó entre nosotros y Charles quedó rodeado por las llamas. Lo avivé con el pelo, los pechos y los muslos. Lo hice rodar, estremecido, hasta una apacible oscuridad.

Cuando todo acabó, estalló la cólera. Una cólera espantosa, una rabia distinta, interior, contra sí mismo y después contra mí. La percibí en sus ojos, en el rictus amargo de su boca. Charles se dirigió a la puerta, puede que con aspecto avejentado, sin volverse, dijo:

—Solo hay un camino. No volveré a estar a solas contigo, nunca más. Si alguna vez se presenta la ocasión, me retiraré. Debo hacerlo. Eres... —Se pasó la mano por la boca para frenar las palabras.

—¿La ocasión de pecar?

Charles dejó caer la mano y la cerró.

—Lo haré, Ruth, lo haré.

¡Maldito seas! ¡Maldito seas, Charles! Serénate, Ruth. Lo intentarás, ¿no? En este momento es evidente que lo intentarás. Pues no te ayudará en lo más mínimo. No te ayudaré. Procuraré socavarte como sea. Recuerda que aquí estoy expectante, vigilante, siempre lista.

Charles se apoyó en la puerta. Era tan grande que la cubrió, como hacía conmigo generosamente. Ay, Dios. Se ha marchado.

Grité en silencio por toda la sala, la estancia de Dominick. Choqué contra el

globo terráqueo, semejante a un vientre, y me golpeé el estómago. Sobre el color miel claro de mi piel apareció una mancha más oscura: un morado. Un color frío. Me puse a temblar. Noté el frío. Me cubrí con un mantón de lana roja. Color sangre. Quería entrar en calor. Caminé durante horas por mi prisión. Entonces recordé un pacto que todavía existía, cuya realidad yo había creado. Asustada, me di cuenta de que estaba obligada a mantenerlo.

Me dirigí al cuarto de baño para arreglarme y esperar a mi esposo.

Aquella noche y la mañana siguiente no delaté nada. Las mujeres montamos rápidamente una apariencia —una pista insignificante de la realidad— para engañar. Aunque en Inglaterra hay que hacerlo con sumo cuidado porque es más aceptable alimentar el cuerpo que vestirlo. Sin embargo, ninguna de estas dos actividades se considera importante. Nosotras, como todo el mundo, sabemos interpretar los signos: el cárdigan es una prenda tan poderosa como el chaleco azul que Goethe le regaló a Werther. Un regalo fatal.

Horas después, mientras esperaba la llegada de Dominick, estaba sencilla y perfectamente vestida. Me había puesto un vestido azul marino con cinturón, el collar de perlas y zapatos bajos de piel azul. Había cepillado mis cabellos hasta alcanzar su habitual brillantez. Después de ponerme cremas hidratantes y de maquillar con sumo esmero una leve máscara, mi rostro presentó a los ojos de mi marido la apariencia de su bella esposa.

Quedó oculto que hacía poco me había enfurecido como un animal, que me habían herido en lo más íntimo, que las ideas de violencia y ferocidad habían rebasado los límites normales, que mi vida se había inclinado agonizante y se había partido.

Porque yo era soberbia. Me habían rechazado y no podía permitirlo, jamás lo permitiría en estos menesteres.

El conocimiento de la continuada traición a Elizabeth no había sido desagradable. Aguardaba con ese conocimiento que yo podía transmitir o no transmitir. Lo mascullaba en silencio durante los fines de semana y las comidas. Solo me lo decía a mí misma, lo que había supuesto una satisfacción profunda. Y ahora también lo perdería. Sin saberlo, Elizabeth me había derrotado, me había robado lo que me pertenecía, porque sin duda Charles era mío.

Supe de la agonía de Charles. ¿Podría él soportarla? Tal vez resistiría un tiempo. ¿Se fortalecería el hábito de la abstinencia o se acrecentaría la desesperación hasta suplicar como yo le había suplicado, en silencio? Seguramente algo debía sentir, algo que azotaba las murallas de su cuerpo.

¿Suplicaría? No, no suplicaría, ya que de esa manera reduciría su necesidad. Yo lo conocía. En semejante empresa era indefectible conocer al enemigo. Charles apartaba de mí aquello que me pertenecía y, por tanto, era mi enemigo. Jamás. Orgullo. Fortaleza. Paciencia. Las semillas estaban plantadas en él y crecían en mí. Charles acudiría a recoger los frutos.

CAPÍTULO XXV

Durante todo un mes Charles Harding me privó incluso de verlo. Ciertas cosas —a las que no pude identificar— parecieron aletear y morir en mi seno. Incesantes muertes cotidianas en alguna pequeña cavidad interior, situada en algún punto cerca de mi corazón. Creo que el dolor surgió de allí.

El viernes por la mañana se suspendió el fin de semana en Lexington aduciendo problemas de trabajo. Fue la voz de Elizabeth. La sinceridad de sus disculpas retumbó en los salones vacíos de mi mente y en Lexington. No nos invitaron a Frimton Manor.

Me hacía falta un plan. Necesitaba verlo. ¿Podía tenderle una celada para que me visitara? Utilicé el arma más asequible y poderosa: la familia y, sobre todo, mi hijo.

Telefoneé a Elizabeth. Las palabras correctas manaron fluidamente de mi boca, frases como «encuentros familiares», «los chicos están tan unidos», «todos juntos» y, por último, «la soledad de mamá». Elizabeth accedió con entusiasmo a pasar las breves vacaciones escolares con la familia reunida en Lexington. La oí arrancar a Charles su consentimiento.

«Charles, ¿de verdad que no te apetece ir a verme a Lexington?». Su voz lejana, distorsionada por el teléfono a medida que respondía a las preguntas de Elizabeth, provocó un respingo de deseo en mi cuerpo. Me aferré a los barrotes de mí misma y no cedí.

Vacaciones en Lexington. Días otoñales. El lago cubierto de hojas semejaba un caldo de colores invernales: pardos, dorados, rojos rubí. Y el cielo era de un azul excelso, gélido y canturreante. Y la ferocidad había trazado algo excelso, gélido y azulado en mi rostro.

Charles era un animal acorralado, alguien que sabía que había caído en la trampa porque tuvo que hacerlo. ¿Porque quiso caer? Cuando nos reunimos en el salón principal decidí ser implacable.

Maldito seas, Charles. Suponías que podrías escapar. Maldito seas. Te prefiero muerto antes que dejes de ser mío. Al verme, su cuerpo voluminoso hizo movimientos bruscos, sorprendentes, realmente insólitos. Me acerqué decidida a él, que estaba junto al bar.

—Charles, ¿estás en el infierno? —Pregunté en voz muy baja—. Espero que sí.

—¿Qué esperabas?

—Esperaba que te alegrases de pasar más tiempo en Frimton.

—Siempre sueño con pasar más tiempo junto a Elizabeth.

Venganza.

—Y yo contigo, Charles, y yo contigo —aseguró Elizabeth.

—Sois una pareja feliz.

Dominick, ¿has captado el aire irónico?

—Como nosotros —sonreí a Dominick.

—¡Exacto! —replicó.

—Dominick, ¿has decidido definitivamente que el estudio no te interesa?

—Sí, de verdad que no lo necesitamos.

—Me alegro. Si he de ser sincera, no quiero venderlo. Allí he sido muy feliz, ha sido un refugio maravilloso.

Me acordé de un complejo y lascivo *ballet* de extremidades y cuerpos contorsionados para no dañar los cuadros. Recordé el *ballet* que el marido de Elizabeth y yo bailamos en ese refugio. ¿He de dejarla azorada ahora? ¿Doy el golpe definitivo? Si lo hago, perderé para siempre a Charles.

—Brannington Orchard publicó en el *Daily* un laudatorio artículo sobre ti. Yo diría que te puso por las nubes.

—Te lo agradezco, Dominick. Me resulta imposible relacionar con mi obra lo que se escribe, incluso las críticas favorables. Cada vez más la pintura se convierte en algo que tengo que hacer.

La compulsión artística. Hasta los artistas de tercera se sienten obligados a desarrollar su limitado talento, acompañándolo a menudo de ostentosas muestras de temperamento.

—Elizabeth, ¿tienes que hacerlo? ¿El arte es el único Dios? ¿De sus labios siempre mana la expresión «Te absuelvo»?

Hasta esos extremos llegaba la amargura de mi alma. ¿Mi alma? A lo largo de los años la había alimentado con una dieta tan magra que hacía mucho que se había apartado, pequeña y hambrienta, de mis acedas ofrendas.

—Ruth, francamente no creo que hables en serio —replicó Elizabeth—. Sé que suena anticuado, pero a mi juicio el arte debe estar al servicio del bien.

—Deberías desarrollar la fórmula de la bondad, Dominick. Si x es igual a amabilidad e y equivale a... Veamos, en realidad no hay muchas palabras que describan intuitivamente la bondad... ¿no es así, Charles? —Me volví sonriente hacia Charles, que me miró sin verme.

—¿La valentía? —propuso Stephen.

—Admirable, Stephen. —Charles se volvió aliviado hacia su hijastro.

—Con frecuencia los perversos han sido muy valientes.

—¿Y la justicia?

—Ajá, parece que las virtudes paganas te atraen —dije. Charles, escúchame con atención.

—Tía Ruth, ¿qué son las virtudes paganas? —Stephen me miró fascinado.

—Las virtudes que existían antes de Cristo. Virtudes sólidas y masculinas —respondí severamente, porque las palabras lo exigían.

—Oye, mamá —intervino William—, ¿Stephen y yo tenemos virtudes paganas o cristianas?

Adoro la delicadeza con que William se expresa. Un nuevo Dominick. Dominick domina.

Stephen se volvió hacia Elizabeth.

—Los dos sois buenos chicos —dijo Elizabeth.

—Puaj, puaj. Por favor, mamá, ni se te ocurra repetir esa frase en público.

Stephen dio vueltas por la sala como si lo hubieran herido.

—Os pido disculpas. Lo siento, Stephen. Lo siento, William. —Elizabeth rio.

—Elizabeth, has metido la pata —le sonrió Dominick.

—Lo sé, Dominick, lo sé.

—Tal vez Jesús se hartó de tanto machismo y empezó a predicar la mansedumbre, la paciencia, etcétera. Y el amor con mayúscula. Mamá, ¿consideras que Jesús fue el primer «hombre nuevo»?

—Stephen, lo que acabas de decir es sacrílego —aseguró Elizabeth con delicada sonrisa. Todas sus sonrisas eran delicadas.

Charles centró la mirada en los chicos y dijo:

—Las virtudes cristianas y las paganas son prácticamente antagónicas. ¿Dócil valentía? ¿Humilde, justicia? El destino decide de qué virtud depende tu vida. Stephen, podrías descubrir, por ejemplo, que solo la valentía te permitirá salvar el alma. Que eres amable, generoso y amoroso... y que las virtudes cristianas no te hacen falta, que el arrojo es la virtud necesaria.

Mírame, Charles. Charles, mírame. Si no hay otro remedio, mírame así. Yo tengo arrojo. ¿A ti te falta?

Dominick se volvió hacia Elizabeth y preguntó:

—Elizabeth, ¿cuál es la máxima virtud?

Háblame de la virtud, Elizabeth.

—Por Dios, estas cuestiones son muy espinosas.

—Venga ya, mamá —insistió Stephen.

—No existe una sola cualidad que excluya las demás. Como acaba de decir Charles, se puede ser cruel y valiente o veraz y altanero. Lo siento mucho, no sirvo para las afirmaciones categóricas.

Ya está bien, Elizabeth, deja de despertar compasión. Te las apañas bastante bien.

—A los chicos les gustaría que dijéramos... que es importante —dijo y, con la mirada encendida, me volví hacia ella.

—Se trata de una actitud ante el mundo —replicó Elizabeth—, ante los demás que están en el mundo y ante ti misma. Es una actitud de... es una creencia que se basa en el compromiso personal de hacer lo correcto en todas las circunstancias de la vida. Supongo que mi filosofía de la vida se basa en prepararse para la acción... a través del pensamiento. Los malos actos emanan de un pensamiento perverso. Es necesario desarrollar en uno mismo la «bondad de pensamiento». Los buenos actos emanan de ella. Yo... Carece de importancia que a veces no funcione. Casi siempre es difícil.

Charles se acercó a ella, se sentó en el borde del sillón y apostilló:

—Ya lo creo que es difícil, Elizabeth.

—¿Reposa en el alma, en el corazón o en la mente? —quise saber, ligeramente interesada. Ruth, sé respetuosa. Ruth, esta mujer es sincera.

—Sí, claro —asintió con la cabeza—. Hace falta... hace falta todo.

Charles la contempla como a un dios... como a una diosa. Tal vez contra esto no pueda luchar, pero presentaré batalla.

—Mamá, siempre supe que eras un ángel —afirmó Stephen desde su asiento—. Cada vez que hablas de ser bueno solo me apetece ser malo. ¡Hagamos una carrera hasta el lago! William, tía Ruth, ¿queréis venir? Vamos, os mostraré lo veloz que soy. —Me ofreció la mano.

—Iré más tarde —contestó William—. Subiré al cobertizo para reparar la bici.

En ocasiones, a William le gustaba estar solo. Era un niño independiente y serio.

—Tía Ruth, ¿quieres dar un paseo conmigo? —preguntó Stephen.

Vacilé, porque no podía responder «Prefiero quedarme con Charles, tu padrastro, para tratar de doblegar su voluntad, su deseo de dejarme».

—De acuerdo, Stephen. Sal que en seguida te alcanzo.

—Magnífico. Hasta luego, tía Ruth.

Los chicos salieron disparados. El alboroto de la salida hizo temblar las puertaventanas. Se fueron: la juventud había abandonado el salón. Guardamos silencio unos minutos y nos miramos como suelen hacerlo los adultos: con indulgencia.

—Charles, me pregunto si tienes algún impedimento en llevarme a Barnham —dijo mi madre—. ¿Podrás soportarlo? Solo está a diez minutos en coche. Prometí a Claude que le llevaría algunos tomates. Ben los arrancó esta mañana y me gustaría entregárselos personalmente.

—Encantado, Aileen, estoy a tu servicio.

—Vaya, os acompañaré, hace siglos que no veo a Claude —dije.

Seguramente en presencia de las dos ancianas, algo sordas y lentas, habría tiempo de... cruzar unas palabras. Tal vez.

—Ruth, a ti Claude nunca te ha caído bien.

¡Hay que ver cómo son las madres! Las cosas que saben, lo que recuerdan. Toda una vida antes de la propia memoria. No es extraño que anhelemos escapar. Si pudieran nos devorarían.

—Mamá, no exageres.

—¿Pasaréis por el pueblo? —inquirió Dominick.

—Dominick, ¿cuántos años hace que vienes a Lexington? De todas las personas que conozco eres la que tiene el peor sentido de la orientación.

—Muchas gracias, Ruth. Cuando estamos aquí casi no salimos de Lexington. Puesto que nunca he estado en casa de Claude, ¿cómo demonios pretendes que sepa dónde vive?

Bromas conyugales, Charles, eso es todo, no pongas cara de preocupado.

—Iniciemos hoy mismo tu educación —dijo Charles—. Acompáñanos. Claude es una mujer fascinante. Estuvo en el servicio secreto durante la Segunda Guerra Mundial.

Charles es pacificador.

—A sus actividades durante la guerra hay que sumar tres maridos, convenientemente difuntos, y una considerable lista de amantes.

—Mi querida Ruth, yo no llamaría «convenientemente difuntos» a tres hombres que traté y aprecié.

—Era un chiste, mamá, solo un chiste.

Las cosas no discurrían como yo me había propuesto.

—Francamente, aparte de la fascinación que Claude pueda tener, me gustaría ponerle gasolina al coche. Os llevaré a los tres. —Dominick se puso en pie.

—Oye, Charles, si Dominick va al pueblo no es necesario que tú también te desplaces —intenté ganar tiempo.

—Ruth, me encantaría ver a Claude y, además, puedo guiar a Dominick.

Se marcharon. Elizabeth fue a la cocina a preparar el almuerzo con Alice. Caminé hacia el lago en busca de Stephen.

—Hola, tía Ruth. —Hubo una breve pausa—. ¿Sabes que en la escuela estamos leyendo *Madame Bovary*? —Quería impresionarme.

—¿Y qué piensas de esa mujer? —pregunté.

—Bueno, me parece que estaba atrapada, ya me entiendes, atrapada dentro de sí misma. Nadie la puso en libertad.

—Stephen, acabas de decir algo muy interesante.

El chico se ruborizó. Jugueteeé con la expresión de su mirada.

—A veces me siento atrapado... por el asma. —Volvió a mostrarse varonil, pues no quería que pareciese que buscaba mi conmiseración—: Tía Ruth, ¿sabes qué dijo Flaubert en su lecho de muerte?

Lo sabía, pero preferí dejar que me lo contara.

—¿Qué dijo, Stephen?

—Dijo: «Me estoy muriendo y esa zorra de Bovary vivirá eternamente». —Rio entusiasmado consigo mismo—. Tía Ruth, lamento haber dicho «zorra». Lo aprendí del profesor de francés. —Volvió a reír, sonoras carcajadas. Stephen tenía una risa maravillosa. Me cogió del brazo—. Tía Ruth, te considero sorprendente. —Hizo una pausa y miró el suelo—. Eres realmente... realmente guapa. Puaj. Este comentario suena... puaj. Lo siento, tía Ruth, lo siento. —De pronto dio un salto y se detuvo delante de mí—. Tía Ruth, atravesaré el lago a nado. Lo haré por ti, para que veas... lo valiente que soy. Lo haré por ti.

—Stephen, déjate de tonterías. Sube al cobertizo y ayuda a William a reparar la bici.

Stephen me miró con expresión inquisitiva. Se encogió de hombros, pateó

algunos guijarros y replicó:

—De acuerdo, tía Ruth, creo que tienes razón.

Me volví y emprendí el regreso a casa. Estaba obsesionada con Charles, con el modo de recuperarlo.

Cuando llegué a la casa vi que Elizabeth hacía rodar limones para ablandarlos. Piqué olivas negras y las extendí sobre el rosa y el *beige* cremoso de la carne de cangrejo. Enfrié el vino y calenté el pan.

Fui a mi habitación para arreglarme en vistas al almuerzo con Charles. Luego me reuní con Elizabeth y Alice en la cocina.

Di la espalda a las ventanas, momentáneamente cegada por la súbita ferocidad sesgada del sol de octubre. Un hombre bloqueaba la puerta de la cocina. Era Ben. No podía pronunciar palabra. Lo agarré, lo sacudí y lo arrinconé contra la puerta. De nada habría servido preguntarle «¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?». El rostro demudado por el pánico y la agonía prácticamente ahorra el pronunciar palabras.

Entonces dijo un nombre:

—Stephen... en el lago. Un ataque... de asma.

Pensé un instante. No era William. Oh, Dios, aunque no creo en ti... gracias a Dios.

No soy un monstruo. Elizabeth gritó que no, que no podía ser, y yo corrí a salvar a su hijo.

Corrí por el césped, por el jardín, a través del parque y hacia el lago. Alguien había llegado antes que yo: William, mi hijo, que hizo denodados esfuerzos por salvar a Stephen. Los vi desde lo alto de la colina. Estaban juntos en el agua. Parecían elevarse lenta y graciosamente, cual bailarines, como si una gran fuerza los propulsara a través de la superficie del agua, hacia el cielo.

Stephen parecía aferrarse a William como un amante, dispuesto a no soltarlo, firme con su presa. Se hundieron. El lago fangoso los cubrió. ¿Cuántas veces?

¿Cuántas veces los cubrió el agua del lago?

«William, sálvate», fue el grito que pareció escapar de mí y el viento transportó la palabra «Suéltalo». La arrastró hacia la nada. El lago fangoso los cubrió otra vez.

Seguí corriendo, con Elizabeth pisándome los talones, por la larga colina. Me lancé al agua y nadé hasta donde me pareció que se habían hundido. Me zambullí en la negra nada, en las tinieblas. ¿Por qué para ellos no hubo aguas azules y cristalinas?

Volví a sumergirme. Y otra vez. Y, una vez más, la nada. Suciedad. Sedimento. Y negrura. Y después dolor, dolor físico, algo que me asfixiaba. Salí a la superficie. Y volví a sumergirme. Y otra vez. Una y otra vez. No encontré el lugar secreto. Elizabeth nadaba frenéticamente lejos de mí. Se sumergía una y otra vez.

Nadamos hasta la orilla y nos dejamos caer en ella.

Elizabeth abrió los brazos con afecto y compasión. Volvió a derrotarme.

—Maldita seas, Elizabeth. Stephen lo arrastró. Lo sé. Stephen lo arrastró. Mi William intentó salvarlo y Stephen lo arrastró. Oh, Dios... Oh, Dios. —¿Por qué en

este momento apelo a Ti?—. Oh, Dios. Elizabeth, no imaginas cuánto te odio. Dios mío, Elizabeth, finalmente has podido conmigo.

Me acerqué a ella y la mojé con agua. Busqué piedras y se las arrojé. Convertí mi mano en un arma. Giré la palma de lado, como si fuera el filo de un cuchillo, y le pegué en la mandíbula. Me acerqué a su cuello. Me acerqué dispuesta a matar. Vi un pájaro muerto en el suelo, lo cogí y se lo aplasté contra el pecho.

Elizabeth permaneció sollozante y murmuró:

—Ruth, no lo hagas, piensa en nuestros chicos, en nuestros chicos.

Finalmente me detuve y la miré. ¿Le había roto algo? Había tanta sangre que me resultó imposible saberlo. No supe si había llegado hasta el hueso o si, una vez más, solo herí tejidos blandos. ¿Y el olor? Podía deberse al cuerpo putrefacto del ave, fragmentos del cual se adherían a su vestido. Tal vez no fuera algo podrido de Elizabeth lo que yo había abierto. Y no lo había abierto exquisitamente, como había imaginado, sino con un dolor intenso, malsano, derrotado.

Los de la ambulancia bajaron la colina presurosos, portando las inútiles camillas. Corrí hacia ellos y grité:

—Están en el fondo del lago, no he podido encontrarlos. Las camillas no son necesarias, no hay cuerpos. —El rostro de Stephen surgió en mi mente—. No hay cuerpos.

Los solícitos camilleros se detuvieron, impotentes. Sin un cuerpo, los que supuestamente estaban preparados para hacer frente a una muerte dramática parecían perdidos. Se desplazaban con sumo cuidado y montaban su precioso altar de lona.

—Los bomberos... los submarinistas del cuerpo de bomberos vienen hacia aquí —dijo una joven de uniforme que acababa de llegar.

—¿Es usted la señora Garton? —intervino otra mujer.

—Y usted, ¿quién es? —Escupí a la cara de la intrusa.

—Soy la doctora Sarah Duncan... Y usted, señora, debe de ser... —Se dirigió a Elizabeth.

—Soy Elizabeth Harding, la madre de Stephen.

—Por teléfono avisaron que se trataba de dos chicos...

—Sí, de Stephen y William.

—¿Sus hijos?

—Sí.

—Estoy tan... tan...

¿Compungida?

—Señora Garton —insistió la mujer—, me parece aconsejable que vayamos a la casa.

—No —repliqué.

—Señora Garton... por favor.

—No.

—¿Lady Harding? —preguntó a Elizabeth.

Elizabeth negó con la cabeza. Su sangre goteaba y se mezclaba con los restos del pájaro. La camisa de Elizabeth era azul, en lugar de blanca, como de costumbre. Antes no me había dado cuenta. La médica se inclinó y extrajo gasas y desinfectante del maletín. Se aprestó a curar las heridas que yo había infligido al rostro de Elizabeth.

—Tuve una mala caída —explicó Elizabeth—. Mientras corría hacia... hacia los chicos. Caí sobre ese cadáver de pájaro. Y luego en la orilla del lago, cuando salí del agua.

No dije nada. Alguien me entregó una manta para que me cubriera los hombros.

—Señora Garton y *lady* Harding, sería mejor que se quitaran la ropa mojada.

—No —replicamos al unísono.

Al personal sanitario no le gusta sentirse inútil. Detesta reconocer que nada sirve. Al igual que los curas, necesitan demostrar su poder. Sobre todo en los casos extremos. Pero, a diferencia de los curas, el personal sanitario no tiene nada que ofrecer a un cadáver. Ciertamente no puede ofrecer lo que pregonan los curas: una nueva existencia desencarnada. Los muertos siguen con nosotros aunque no los veamos. Pero ¿por qué querrían quedarse con nosotros? Verían a los deudos sin poder unirse a ellos. Al fin y al cabo, fueron sus vidas las que se perdieron. No hay futuro. Para ellos el tiempo se agotó. No hay nada más.

Las vidas de los chicos. Un cuento corto. Su futuro abolido. No hay futuro. «Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca». Cinco veces nunca. Siempre me pareció una expresión significativa. Como «matar, matar, matar, matar, matar, matar». Lear necesitó seis martillazos para su cólera. Ambas expresiones están entrelazadas, como es obvio. Nadie se ha lamentado sin enfurecerse una y otra vez.

En ese momento, de la cima de la colina bajaron figuras oscuras con trajes de submarinista.

Nadé junto a ellos hasta el punto en que tuve la última visión de mi hijo. Tal como me dejó. Otro chico se aferró a él con demasiada fuerza. Cuánto odian las madres a quienes abrazan con demasiada fuerza a sus hijos. Saben lo fácil que es quitarles la vida. Pero el que abraza continúa con vida.

Los restos de mi hijo, el cuerpo que yo tanto había amado emergió finalmente a la superficie. Unido al otro. Cual troncos de árboles, las piernas de los chicos estaban entrelazadas. Como amantes dormidos, inmóviles. Los brazos de Stephen rodeaban la cintura de William. El rostro de William parecía aplastarse contra el pecho de Stephen, como si formara parte de su cuerpo. Stephen tenía la cabeza echada hacia atrás. Su último acto, antes de arrastrar a William, había consistido en abrir la boca para tomar aire. A lo largo de su vida Stephen había sabido perfectamente lo que significaba abrir la boca para tomar aire.

Súbitamente sentí qué era lo que tenía que hacer. No se trataba de llorar. Repentina y convulsivamente abrí la boca para tomar aire. Sobreviví.

Los cadáveres pesan. Como guerreros en el campo de batalla, los jóvenes

submarinistas intentaron separar a los chicos.

—¡No! —exclamé.

—¿Perdón?

—No.

—Señora Garton...

—Déjenlos como están, no los separen.

—Pero...

—No los separen.

Depositaron los cadáveres en la orilla como si se tratara de una estatua. Parecía una sola muerte. Semejaban el vivo retrato de la escultura de un joven larguirucho y apuesto. Su cabeza era la de Stephen y sus piernas las de William.

Los hombres pusieron manos a la obra. Dos bomberos separaron delicadamente los cuerpos y sus compañeros intentaron en vano introducir oxígeno en sus pulmones. Aquellos desconocidos pretendían embaucar a la muerte.

Pero la muerte había sido inteligente. Con la debilidad de uno y el afecto del otro, la muerte se cobró a los dos. Y el sol seguía brillando con su debilidad de octubre. No se replegó apenado, ni siquiera cuando al final se reconoció el triunfo de la muerte.

Mientras caminábamos lentamente hacia la casa con nuestros hijos muertos, Lexington nos aguardaba. Los chicos, nuestros hijos, los que ya no ocuparían el ala este o la oeste. Tal vez Lexington se regocijó porque, por fin, quedaría en paz.

Franqueamos las puertaventanas y por la terraza corrieron Charles y Dominick. Mi madre estaba inmóvil y con los ojos cerrados.

—Oh, Dios mío... Oh, Dios mío —gimió Dominick.

No se acercó corriendo a mí. Se volvió y vomitó contra el seto que separaba la terraza del jardín. Charles se detuvo a mirar a los camilleros, escoltados a ambos lados por Elizabeth y por mí. Se cubrió la cara unos segundos. Se volvió y apartó a mi madre del camino de los camilleros y su pesada carga.

En la fachada de la casa la ambulancia aguardaba para recibir su macabro cargamento. La seguimos lentamente con nuestros coches. Aún no estábamos preparados para una separación más prolongada. Un joven policía se quedó con Ben para tomarle declaración.

En el pequeño hospital del pueblo, un amable sargento de policía y un médico solícito nos hicieron preguntas. Como si buscando la respuesta del cómo llegáramos a saber el porqué.

En algún momento, por acuerdo tácito, regresamos a Lexington en medio del crepúsculo. Llegamos a un Lexington que no reconocimos. Nos había tendido una trampa. Todos esos años nos hizo sentir seguros. En mi tenue entramado de odio yo jamás había tenido miedo. ¿Acaso había profanado Lexington? No. No. El hijo de Elizabeth mató al mío.

No me sentí culpable. No por esto. No acepto ni puedo aceptar otra interpretación porque por ese camino se llega a la locura.

CAPÍTULO XXVI

De nada sirve describir los días siguientes. Los que lo han vivido, lo saben. Y los que no lo han vivido, jamás lo comprenderán.

El funeral. Asistieron varios condiscípulos en representación de los alumnos del colegio. Me quemaron los ojos con sus piernas fornidas. Sus rostros vertieron vinagre en mi garganta. Y envenenaron mis oídos con sus voces tiernas.

El apenado director y los profesores cariacontecidos dieron informes de vida de los chicos, cuyos tiempos habían pensado medir en cursos.

Un ministro, personalidades del mundo de los negocios y figuras de las artes, el mundo editorial y el ámbito universitario asistieron con desasosiego. Nadie supo qué decir porque carecían de palabras para expresarlo.

Lexington los acogió a todos y los impresionó. Y les dio de comer... después de que enterráramos a los chicos, ahora separados, el uno al lado del otro en el cementerio del pueblo, junto a mi familia. Mi niño serio, William, que ahora se había convertido en un niño sepulcralmente serio. Jamás debió ser mío. Era demasiado bueno para mí. ¿Hubo alguna pauta, algún plan para aniquilarme? Si algún miembro de mi familia hubiera sido bueno, ¿no podría haber intercedido en nuestro nombre? Entonces recordé que yo no creía en Dios ni en la vida después de la muerte, y me sentí reconfortada.

CAPÍTULO XXVII

¡Qué envejecidos y arrugados estábamos la mañana siguiente! No hubo tregua. La muerte exige una nueva vida. Después de la muerte no puede caer en la misma rutina de siempre. Obtiene un doble triunfo: roba la vida y hiere fatalmente a los que permanecen en este mundo. ¡Cuánto poder!

Y se sirvió del débil Dominick para despojarnos de cualquier esperanza de paz. Como la armonía se había truncado para siempre en su vida, Dominick quiso ser «recto» conmigo, con todos nosotros... por primera vez en años.

¿Dominick recto? Tal vez una línea. Parte de algo. ¿De un rectángulo? No, de un triángulo. Aunque quizá no. Al fin y al cabo, éramos cuatro.

—Elizabeth, ¿sabías que Charles tenía una aventura con Ruth? —preguntó Dominick.

Estaba tan quieta, sin moverse ni un ápice, que pensé que no lo había oído.

—Elizabeth, ¿me has escuchado? ¿Lo sabías?

—No.

—Dominick, ¿qué te propones? —pregunté.

—Revelar una verdad. Después de todo, acabamos de experimentar la verdad sin tapujos. Todo esto es patético.

—En ese caso, ¿por qué lo haces?

—Porque lo necesito, Ruth, lo necesito. Ahora soy más valiente.

¿Valentía? ¡Por Dios!

—Hace poco caí en la cuenta de que era Charles. Ruth, antes de... antes de que ocurriera esto pensaba que sin ti me moriría. Por aquel entonces no sabía nada del dolor. Hace tres días no sabía nada. No quiero que lo que queda sea una mentira. Deseo desesperadamente que en mi vida haya algo... real.

—Elizabeth, lo que Dominick ha dicho es verdad. —Confirmó Charles.

—Te agradezco que me lo digas —dijo Elizabeth. Se volvió hacia Dominick y añadió—: Es sorprendente la cantidad de personas que podemos destruir con la verdad.

—Lo siento, pero he tenido que hacerlo —dijo Dominick—. Al final cada uno intenta salvar su propia vida.

—No todos, Dominick —dije—. William no lo hizo. —Recordé la última imagen que tuve de mi hijo.

—Llevó a cabo un acto de arrojo y perdió —afirmó Charles.

—Ojalá no hubiera sido tan arrojado. Ojalá se hubiera salvado.

—Estoy de acuerdo, Ruth, estoy de acuerdo. Perder a Stephen y saber que su asma provocó la muerte de William... es insoportable. —Elizabeth se echó a llorar. Guardamos silencio. Luego prosiguió con voz queda—: Cuántas vueltas da la vida.

Aquí, en Lexington, todo está roto. En esta casa en la que he estado tan callada. Toda mi vida he permanecido callada, muy callada porque sabía... desde muy pequeña supe que en realidad este no era mi sitio. Llegué aquí... a causa de una muerte. Había heredado una pena. Pero fui aceptada y querida, y yo, por mi parte, quise mucho. Sin embargo, nunca tuve la confianza necesaria para... para mostrarme caprichosa o desagradable. Cuando Ruth nació me pareció todavía más importante. Cuanto más se convertía en Ruth... en Ruth la salvaje, Ruth la peligrosa, Ruth la genial, más necesitaba yo ser buena y callada. Esa fui yo: Elizabeth la buena. Ahora se ha convertido en mi estilo de vida. El hábito se ha desarrollado. No conozco otro modo de ser. Como podéis ver, me falta valor. Ni siquiera tengo arrojo para afrontar la crueldad de Dominick. Y tampoco sé engañar... como has hecho tú, Charles. Y tú, Ruth. Me falta... me falta valor... Me falta valor para asumir lo que habéis hecho.

—Te quiero, Elizabeth. Por favor, por favor, compréndelo... te lo ruego. — Charles se acercó a ella y le suplicó.

Vi cómo le suplicaba. Díselo, Elizabeth, cuéntale cómo te atacué. Díselo.

—Charles... querido Charles. No insistas. Algo me dice que no debemos seguir juntos. Puede que estés hecho para Ruth y no para mí. Antaño tuve una relación perfecta con Hubert. Es posible que, si continuara con vida, habría dejado de ser perfecta... No, estoy segura de que no habría dejado de ser perfecta. Conservaré ese recuerdo... si me lo permitís. Ruth, ¿puedo quedármelo?

—¿A qué te refieres?

«Ay, Hubert, perdóname. Te ruego que me perdones». —Elizabeth se dirigió a Hubert por primera vez en años.

—Hubert es... fue tuyo y solo tuyo.

—Ya lo sé, Ruth, no necesito tu confirmación.

—Ya está bien, Elizabeth, te lo suplico. No quiero pasar por todo esto. —Charles se aferró al borde de la mesa como si necesitara apoyo.

—Yo tampoco, Charles, pero debo hacerlo.

Todos la miramos y supimos qué haría. Al final hay algo pétreo en el corazón de la bondad. Tal vez sea la causa por la cual, con demasiada frecuencia, evitamos la bondad.

Más tarde se realizó la investigación de la muerte. Fue inútil porque la muerte siempre comete el crimen perfecto. Nunca la han pillado. Utiliza infinitos disfraces: el rostro de la enfermedad, un accidente, la violencia. La lista es interminable. La muerte es cruel, divertida, macabra, desaforada, delicada. Es secreta. Y famosa. Se oculta y de repente aparece. Es magnífica, patética, realmente patética. Y siempre, absolutamente siempre, triunfa.

Hechos establecidos por medio de preguntas y respuestas. Un ataque de asma: el de Stephen. Alguien que no sabía nadar: Ben. Un héroe: William; pedaleó a toda velocidad en la bici en un valeroso intento de salvar a Stephen, que se sumergía en el agua, desesperado, medio asfixiado a causa del asma... William fue un héroe

fracasado. Y hubo dos muertes prematuras. Me formularon ciertas preguntas que no quise oír pero a las que di respuesta, aunque no dije la verdad.

Elizabeth se marchó después de la investigación.

A los ojos de Charles me convertí en Judas Iscariote. Aquella noche, él también abandonó Lexington. Y yo me desgarré las vestiduras.

Regresó meses después. Supongo que por debilidad. Elizabeth fue inflexible, absolutamente sorda a todas sus súplicas. Se había ido a vivir a un lugar perdido de Escocia, en una casa a las afueras de un pequeño pueblo. Para pintar. Pensé que era paradójico que su modesto talento pudiera sustentarla.

Recibí a Charles agradecida, porque sabía que me amaba hasta los límites que era capaz de alcanzar. No es culpa de él que yo superase esos límites. Me sentía sola y había descubierto que lo anhelaba... constantemente. Decidí ser fiel a algo. El deseo era muy real. Entonces me pareció —y todavía me parece— suficiente.

CAPÍTULO XXVIII

Ahora vivimos en Lexington. Vendimos el piso de Londres, mi hogar con Dominick y William.

El estudio de Elizabeth ha sido alquilado a una joven pintora, Beatrice, cuyo apellido he olvidado, una joven que poseía un aire interesante. Jamás la visitamos. La agencia inmobiliaria se ocupa de cobrar el alquiler.

Charles ha cedido Frimton a su hijo Christopher. Regresó a Inglaterra casado y con dos hijos pequeños. No lo visito.

Volví a Lexington por mi madre. Fue un acto de bondad repentina... ¿o acaso una expiación? Elizabeth se había despedido de ella. Su última crueldad fue extraordinaria, pero mi madre no quiere oír una sola palabra en su contra y siempre dice «Comprendo». Yo también... hasta cierto punto. De todos modos, de la comprensión a la aceptación hay un largo trecho y yo ni siquiera me he puesto en camino.

La posibilidad de divorciarse de Elizabeth está descartada. Charles dice que no le importa. Por lo que sé, ella no espera su opinión al respecto. Así que este hombre y yo vivimos en Lexington. Nuestros cuerpos se entienden. Aún se mueven juntos... de una forma que tal vez fue programada antes de que nació. Después de hacerlo, Charles me da la espalda, tranquilo, experimentando dolor y placer.

Continuamos embotados hasta cierto punto. La superficie de nuestras vidas es tensa, pero ahora la conocemos y produce menos angustia de la que cabría esperar.

Cuando me mira con odio, cosa que a veces hace, yo encajo el golpe. Y me cubro cuando mi desnudez lo ofende. Hubo un tiempo en que yo era una diosa.

Donde otrora busqué pistas para comprender a Elizabeth, ahora tengo cuanto necesito para estudiarla: fotos, cartas, ropa, perfumes, jabones, libros. Y a su marido.

Pero sigo sin conocerla.

Cuando Charles no está en casa —algo que ahora ocurre menos a menudo—, voy a la habitación de Elizabeth. Me miro en el espejo y uso su pequeño conjunto de cosméticos y artículos de tocador. He comprado una peluca rubia. Metamorfosis.

A veces llevo durante horas su ropa, su cara y su pelo. Me miro largamente en el espejo y recuerdo que una profesora decía que el diablo nos devuelve la mirada... si nos contemplamos demasiado en el espejo. El diablo no me devuelve la mirada, pero si lo hiciera, ¿sería capaz de reconocerlo? Elizabeth no me devuelve la mirada, por muy limitada y artificialmente que me parezca a ella. Ruth tampoco me devuelve la mirada. No soy Ruth ni Elizabeth, sino simplemente una imagen, fragmentos de mí y fragmentos de ella.

Jamás se me ocurrió construir este mutante en presencia de Charles. Temía que él viera su horror y pudiera matarlo.

Pero mi creación, como la de Frankenstein, descubrió su propia vida. A pesar de que suponía que no estaba en casa, en cierta ocasión, mientras cumplía mis puntuales y cotidianos recorridos de penitencia en torno del lago, uno por William y otro por Stephen, Charles se encontró con mi creación.

Rompió a sollozar y se abalanzó sobre el mutante para poseerlo.

Todo fue distinto: los movimientos, los suspiros, el ritmo.

Después tuve la impresión de que conocía mejor a Elizabeth.

Mientras Charles regresaba en silencio a Lexington, a orillas del lago me quité la peluca rubia, los tejanos azules y la camisa blanca. Humedecida por las lágrimas, me sumergí y nadé en medio de las amargas aguas de abril hasta el otro lado, ida y vuelta.

Experimenté reminiscencias, desde luego, de la estatua que representa la adolescencia humana. Pero ya la conocía bien.

Aún tengo momentos en los que soy magnífica, voluptuosa, en los que yo, Ruth, retozo apasionadamente entre las sábanas o en el suelo, y lo hago por él.

Pero son menos frecuentes. No guardo resentimientos.

¿Y Dominick? Bueno, Dominick se marchó. No lo hizo en silencio, sino con toda la ira y la amargura de que su alma agotada pudo hacer acopio. No se lo reprocho. Se instaló en California, regresó a la vida universitaria. Es muy apreciado en su ambiente. ¿Habéis sabido algo de él? Pasó por un corto período de intensa promiscuidad. Me escribió sobre esta faceta de su nueva vida. He quemado la carta por si en su nueva vida tiene otro hijo.

Hace unos años Dominick se casó con una mujer estereotipada, alta, rubia e inteligente, quince años más joven que él. A veces lo pienso y sonrío. Me figuro que es adorado como antaño me adoró él a mí. Ha conseguido la armonía. Por fin ha alcanzado el equilibrio.

Sin duda cuenta historias acerca de mí. ¿Quién sabe? Tal vez dice la verdad.

CAPÍTULO XXIX

Soy una excelente conductora. Conduzco de prisa, con gran concentración. No me agradan los coches con cambio de marchas automático porque estoy convencida de que se pierde un ritmo fundamental. Charles, que ahora está más ocupado que nunca en sus actividades benéficas, en calidad de miembro de un comité asesor, tuvo que asistir durante una semana a una investigación que la Comunidad Europea realizó sobre los derechos de los refugiados.

Escogí esa semana para ir a Escocia a visitar a Elizabeth. Tenía que verla. Transcurridos dos años el recuerdo se diluía y mi disfraz de Elizabeth ya no era satisfactorio.

Aunque estaba segura de que Charles tenía sus señas, pedírselas me pareció indecoroso. Con mentiras y subterfugios conseguí la dirección en la galería, que tenía cada vez más éxito con la obra de Elizabeth. Ahora todos la consideraban con seriedad. La tragedia había acrecentado su reputación. Y el vivir sola en Escocia también le dio fama, lo mismo que su férrea negativa a ser entrevistada. No basta con producir la obra, también es importante vivir la vida que se espera de un artista: soledad y si es posible, sufrimiento y pobreza. En este último aspecto Elizabeth decepcionó las expectativas.

Decidí correr el riesgo de desencadenar sus iras y las de Charles. ¿Elizabeth se lo contaría? Supuse que perduraría lo suficiente de la Elizabeth de toda la vida para que fuese improbable. Yo tenía que ir. Tal vez me limitara a mirar la modesta casa. Necesitaba un entorno físico en el que situar la vida actual de Elizabeth. En mis pensamientos, ya que pensaba diariamente en ella. Tal vez a cada hora. Una arraigada obsesión.

Llegué a la hora del crepúsculo. Su casa estaba a cinco kilómetros de una pequeña población dominada por una gran extensión montañosa. Un vasto terreno de juego para la luz, que competía con las nubes a ver quién ganaba. Era un buen lugar para Elizabeth la pintora, un sitio bello y prístino.

Creo en el factor sorpresa. Sin anunciarme, conduje el coche hasta la casa. A ambos lados de la puerta había ventanas bajas. Llamé. Luego de pasar varios minutos de pie en medio del silencio, intenté mirar por una ventana.

—¿Sí?

Me di la vuelta, sorprendida. ¿Me habían pillado en pleno... en pleno *espionaje*? Qué palabra horrible. En la puerta había un muchacho alto, de poco más de veinte años.

—¿Está Elizabeth?

—¿Quién eres?

—Su... su hermana. —Bien dicho, Ruth.

—Elizabeth no tiene hermanos.
—¿De veras? Y tú, ¿quién eres?
—No tengo por qué responderte.
—Eres un encanto. ¿Dónde está Elizabeth?
—No está en casa.
—¿Volverá?

Supongo que el trabajo de los detectives discurre de esta guisa. Probablemente yo habría sido una buena investigadora.

—No lo sé.

—Oye, creo que te resulto bastante amenazadora. Una desconocida de metro setenta y tres que se enfrenta con tu musculoso físico de metro noventa. Tal vez he venido a robar, incluso a violarte. Comprendo perfectamente tu recelo ante mi llegada, pero soy la hermana de Elizabeth Ashbridge. Me llamo Ruth Garton. Me gustaría entrar y esperarla. No espero que me sirvas un té ni una copa de vino y, menos aún, que me des la bienvenida. ¿Puedo pasar?

—No, no puedes pasar.

—Empecemos de nuevo. ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás? —repitió el joven.

—¿Eres inglés?

—Desde luego que no.

—Pues tienes un buen acento.

—Caramba, eres muy amable.

—¿Dónde perfeccionaste lo que intuyo que en otra época fue un lenguaje barriobajero?

—En Londres.

—¿Y qué hacías en Londres?

—Estudiaba.

—¿Qué?

—Arte.

—Ya. ¿Dónde?

—En St. Martin's.

—Me sorprendes. Veamos: admiras la obra de Elizabeth y has decidido venir a adorar a la artista, ¿no es así?

—Sí y no.

—¿No? Aclaremos esa negativa.

—¿Haces siempre lo mismo? ¿Te ocupas primero de las negativas?

—Sí. De ese modo se ahorra tiempo. ¿Y bien?

—En realidad no sabía nada acerca de Elizabeth. Estaba de vacaciones por este valle y la conocí por casualidad. La primera vez que la vi estaba metida en el río con botas altas hasta los muslos... —Hizo una brevísima pausa—. En cuanto a su obra, la admiro hasta cierto punto, aunque no demasiado.

Para empezar no estaba nada mal.

—Y el sí, ¿a qué responde?

—Venero a Elizabeth como persona.

Lo dijo tan repentina y tiernamente que, por unos momentos, las emociones se colaron en la rápida sucesión de réplicas y la zahirieron levemente.

—¿La veneras?

—Sí. —Sonrió lenta y provocadoramente—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Ruth.

—Bien, Ruth, creo que deberías marcharte por dónde has venido.

—¿Por qué?

—Porque en ti hay algo que reconozco, y no me gusta.

—¿A qué te refieres?

—No sé cómo definirlo. Algo perturbador... Olvídalo... No me gusta tu estilo ni tu modo de hablar, con eso basta.

—Entiendo. Elizabeth debió de hablarte de mí, de mi estilo, ¿no?

—Elizabeth jamás te ha nombrado, pero puedo advertirlo.

—¿Con qué sentido?

—¿Cómo?

—¿Con qué sentido? ¿Con la vista? ¿Con el olfato? No creo que sea con el tacto.

—Nunca cambiarás, ¿no es cierto, Ruth?

Su voz pareció martillar las palabras en mi nuca. Me volví. Se me congeló la expresión y no atiné a nada.

«Claro que cambio, Elizabeth, pensé yo, cambio constantemente. A veces, a veces, Elizabeth, soy tú. Pero estoy perdiendo el contacto y necesito volver a analizarte».

Vaya si la analicé. Seguía siendo la misma. El cuerpo delgado y alto. Jersey crema y camisa blanca. Tejanos. Gruesas botas de agua en lugar de mocasines. Agobiada, casi curtida, pero todavía seguía siendo la misma.

—Daniel, te agradezco tu intervención... pero Ruth es... —Aguardé a que Elizabeth diese alguna pista sobre mí—. Hasta cierto punto te esperaba, ¿sabes? Supuse que vendrías.

—Supuse que debía hacerlo.

—Entonces, entra y fisgonea todo lo que quieras.

—¡Elizabeth! Esa frase ácida parece mía.

Meneó la cabeza, incrédula.

Entré en una larga habitación blanca de techo bajo. Había una gran chimenea de piedra en la que ardía un fuego de leña. Una pesada mesa de madera algo descentrada. Sillones grises distribuidos por todo el espacio y cubiertos con mantones de cachemira. Todo lo que cabía esperar. A lo largo de la pared trasera de la casa había una especie de mirador con alto techo de cristal, pared de piedra y una puerta sólida. Supongo que era el taller de Elizabeth.

Miré hasta el hartazgo.

—Me apetecería una copa de vino.

Elizabeth suspiró.

—¿Tinto?

El joven... ¿cómo se llamaba? ¿Daniel? Daniel sacó una botella del armario y sirvió tres copas de borgoña. Por lo menos bebía.

Basta, Ruth. Maté la visión de William como joven que nunca llegó a ser. Basta.

—Elizabeth, ¿nunca le has hablado de mí a Daniel?

—No.

—¿No sabe nada?

—Nada.

—¡Qué extraordinario! He de reconocer que todo resulta extraordinario.

—Sí que lo es. Daniel, Ruth te está... absorbiendo. Ten cuidado.

¿Elizabeth había perdido su inocencia? Tal vez los buenos deberían armarse para defenderse del exceso de inocencia.

Daniel sonrió y me preguntó:

—¿A qué has venido?

—A ver a Elizabeth.

—Ruth y yo compartimos fantasmas —explicó Elizabeth—. Y un conocimiento que nadie llegará jamás a comprender. Ni siquiera yo lo entiendo muy bien después de...

—Es un vínculo muy sólido, Daniel, espero que nunca lo descubras.

—¿No podéis vencer a los fantasmas?

—Son ellos los que nos han vencido. Parecemos soldados heridos en un campo de batalla abandonado por los fantasmas.

—¿Abandonado? ¿Lo dejaron voluntariamente?

—Jamás lo sabremos. El último momento. ¿Qué discurre por la mente en el último instante...? Bien, ¿no hay más preguntas? —Me volví hacia Daniel.

—Solo algunas más.

—¿Por qué eres tan reticente?

—¿Por qué tendría que dejar de serlo? Se trata de una costumbre.

—Eres demasiado joven para tener tanta... tanta disciplina.

—No es disciplina.

—¿Y qué es?

—Amor.

Desvié la mirada. Elizabeth se sentó en un amplio sillón próximo al fuego. Reclinó la cabeza y habló serenamente:

—Ruth, sé que luchar contigo no sirve de nada. ¿Sabes que esa fue la razón por la que decidí quererte?

—No. ¿Decidiste quererme?

—No fue algo espontáneo. Ya te lo he dicho. Creo que desde el principio supe

que luchar contigo podía ser peligroso, podía enfurecerte todavía más.

—¿Enfurecerme?

—Sí. Estabas llena de ira encubierta hacia mí.

—Nunca lo dijiste.

—¿Qué pretendías que dijese? Abrigué la esperanza de que, con el tiempo, si me mostraba amable y solícita contigo... Intenté vivir al margen de ti, pero estabas siempre presente en los bordes... en el fondo.

—Creía que no te habías dado cuenta.

—Pues te has equivocado. No parecía tener importancia y entonces... con Hubert. En Francia estuvimos a punto de lograr la convivencia. Ay, se trata de una vida que no llegué a vivir. Por si no lo sabes, a veces la vivo... en sueños. Una vida paralela en un sueño. Del mismo modo que todavía sueño con los chicos.

—Sí, yo también conozco ese universo onírico. —Miré a Daniel, que estaba sentado frente a Elizabeth—. Elizabeth, no me has preguntado por Charles.

—¿Quién es Charles? —preguntó Daniel a Elizabeth.

—Mi marido.

—Ah.

—Ahora vive con Ruth —dijo Elizabeth.

—¿Es... es ese hombre que viene a veces?

Elizabeth se pasó la mano por la boca como si ella hubiera formulado la lacerante pregunta.

—¿Charles viene a esta casa? —pregunté—. ¿Viene Charles a esta casa? Debo saberlo.

—¿Debes saberlo? Ruth, es tan típico de ti ese «deber». Y va acompañado de la certeza de que te responderé. ¿Por qué?

—Porque eres... porque eres Elizabeth.

—Tienes razón. Siempre esperas determinado comportamiento de mi parte. He coqueteado... he coqueteado con tu estilo, pero prefiero el mío.

Volví a ser consciente de su fuerza, de la razón por la que Elizabeth perduraría definitivamente en las vidas de los otros y por qué su pérdida sería muy dolorosa.

—Charles me visita una vez al año. Se trata de una cuestión personal.

Daniel se levantó y se acercó a Elizabeth.

—No sabía que era tu marido.

—¿Os habéis conocido? —pregunté a Daniel, incrédula.

—No, solo lo vi una vez por la ventana. Había regresado demasiado pronto. Había quedado con Elizabeth en que los dejaría en paz. No sabía quién era.

—¿Y qué viste?

Se hizo un breve silencio.

—Vi un hombre arrodillado delante de una mujer.

Del mismo modo que antaño mi padre se había arrodillado ante Elizabeth.

—Elizabeth le acariciaba la cabeza y lo estrechaba contra su vientre.

Permanecieron así... puede que media hora. Luego él se marchó.

Lo sabía, por supuesto, pero había preferido ignorarlo. En este aspecto, el pasado no había sido tan imprevisible.

—¿Charles te ha hablado de mí? —preguntó Elizabeth.

—En realidad, no, pero lo sé. Sé... sé lo que siente en su fuero interno.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé. ¿Por qué lo abandonaste? —pregunté a Elizabeth.

Silencio.

—¿Por qué permitiste que me quedara con él?

Silencio.

—Porque es... porque es tuyo, Ruth. Yo ya había conseguido lo que buscaba.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a Hubert. Hubert fue leal a mí y a su promesa. Charles lo intentó... y fracasó. Me temo que en este aspecto soy muy estricta.

—¿Y Daniel?

—Entre Daniel y yo no hay promesas.

—Si lo permitieras, yo te daría mi promesa y la cumpliría —puntualizó el joven.

—Pero no te lo permito, Daniel.

El joven me miró como si adivinara mi pensamiento.

—Ruth, estás pensando en cuerpos, ¿verdad? Yo soy joven y Elizabeth no. Piensas en cuerpos jóvenes y en por qué no me relaciono con ellos. En cuerpos. Ruth, solo piensas en cuerpos.

—No soy tan superficial como te figuras.

—Puede que no. Pues te hablaré de cuerpos, de mi experiencia. Crecí en California. Tenía quince años cuando por primera vez me volví loco por una chica. Era hermosa, alta y de largos cabellos rubios. Tenía cintura de avispa, que se angostaba y formaba una especie de cáliz, caderas estrechas, piel tersa en el vientre y vello púbico de color rubio. La pinté con lo que mis profesores llamaban «mi ojo avizor». Supongo que fue mi primera modelo. Cada día adoraba su cuerpo, sabía que siempre sentiría lo mismo. Y entonces conocí a Oona. Oona tenía el pelo negro, corto y grueso. No era alta. Sus pechos no guardaban proporción con el resto de su cuerpo. No lograba apartarlos de mi mente. Hasta que apareció Catherine. —Daniel se mesó el pelo y nos sonrió. Era... era joven—. Catherine era deportista. Francesa a medias. Ojos pardos, pelo negro y un cuerpo cimbreante. No había nada inarmónico en ella. Reía mucho. Es lo único que recuerdo de Catherine. Aunque también me acuerdo perfectamente de su cuerpo. Desde que cumplí quince años he poseído cuerpos... cuerpos juveniles. Sé todo lo que hay que saber de los cuerpos, del sexo, de las oleadas de ardiente placer.

—¿Y después?

—Después te vuelves codicioso.

—¿Qué codicias?

—Quieres más. A esa altura no te alcanza con los cuerpos. Anhelas juegos mentales, juegos de poder, rechazo, celos falsos. Al final hasta los adolescentes necesitan un afrodisíaco.

Empezaba a hartarme. La visión de Charles suplicando a Elizabeth me torturaba.

—Diga lo que diga, algún día Daniel se irá —sentencié.

—¿Eso es lo que quieres, Ruth? —Preguntó Elizabeth—. ¿Que sufra otra pérdida? ¿Quedarás satisfecha? ¿Tal vez deseas mi muerte? —Tal vez—. Ruth, te comportas como una niña. Te sientes obligada a destruir lo que no puedes tener. Ese hábito destructivo ha devastado todo lo que tuviste y lo que tienes. Echarás a perder lo que compartes con Charles por tu cólera ante la ligerísima necesidad que él tiene de mí. También la quieres para ti. —Elizabeth me miró con afecto y compasión y su obstinada y testaruda bondad brilló como el sol.

Mi odio acendrado hacia ella asomó como un sabueso en mi expresión. Me habría gustado herirla con mis lágrimas. Una vez más. Y verla llorar por Hubert. Una vez más. Y ser testigo de su tristeza cuando abandonó a Charles. Una vez más. Que el sabueso la desgarrara en venganza por la agonía que jamás me abandonaría: su hijo había matado a mi hijo.

Elizabeth, si pudiera te mataría. Si pudiera. Ojalá pudiese elegir el modo. Te estrangularía. Te clavaría un cuchillo. Te dispararía entre los ojos. Luego contemplaría tu cuerpo inerte y, por fin, me sentiría liberada.

En mi cuerpo se desataron cosas espantosas: sonidos semejantes a gritos estridentes resonaron en mi cabeza y me impidieron oír lo que Elizabeth expresaba; una niebla roja cubrió el rostro de Daniel, que pareció flotar conmovido junto al mío; mi boca se llenó de algo venenoso, ponzoñoso. Corrí aullando por el pasillo de mí misma. Busqué la última salida. Una fuerza ajena sacudía mi cuerpo. Mis huesos se licuaron. Elizabeth y Daniel intentaron coger el líquido que se derramó al suelo. Me hice pedazos. Me aborté a mí misma. El rojo se volvió negro. Stephen y William volvieron a ahogarse, por segunda vez. ¡Ay, qué crueldad! Se vieron obligados a tragar agua una vez más. Ay, chicos, ay, los dos. Gritaron: «Otra vez, no; otra vez, no». ¿Se ahogaron en mi cuerpo líquido? ¿Nadie podía recogerlo y darle solidez? ¿No había recipiente que me contuviera? ¿Algo que me albergara? Palabras y más palabras resonaron y ahogaron los gritos de mi rumor interno. No puedo pronunciarlas ni las pronunciaré. Las únicas palabras que estoy dispuesta a decir son: «No tengo culpa».

Otras palabras, otras palabras se abrieron paso hasta la superficie. Ruth, detén las palabras. Aterrorizada, escupí el veneno contra el rostro de Elizabeth. Levanté el brazo, que ya no era líquido, para golpearla. Necesitaba un arma. Cogí un cuchillo de la mesa. Vi sus ojos... y todo el dolor. Y todo el amor. Y toda la bondad. Como era de esperar, al final volví el filo contra mí.

Daniel se puso repentinamente a mis espaldas y me desarmó. Me atenazó con su brazo. Rodamos torpe y obscenamente por el suelo, mientras Daniel intentaba

dominarme. Por último, se situó sobre mí y finalmente me sosegué.

Daniel —ese chico— había puesto fin a mi delirio. Su cálido vientre aplastó el mío. Sus piernas inmovilizaron las mías. Sus brazos sojuzgaron los míos. Sus manos me acariciaron la cara y susurró:

—Tranquila. Estás bien. Estás bien.

Palabrejas. Palabras que carecían de significado. ¿Fueron las palabras de mi absolución? «Tranquila. Estás bien. Estás bien». Nimias palabras.

El chico-hijo de Elizabeth estuvo a punto de sonreírme.

Me soltó lentamente: los brazos, las piernas, sus manos se alejaron de mi cara. Al final se apartó de mi pecho y de mi vientre. Sin duda la fiera estaba domada. Tenía la ropa manchada por mi vómito, por mi orina. Miré a Daniel y a Elizabeth. No parecían sentir repulsión.

Me llevaron al cuarto de baño. Me ayudaron a meterme en la bañera. Mi desnudez no representó nada para ellos ni para mí. Luego me acosté en su cama. Y ellos se tendieron a mi lado hasta que concilié el sueño.

Cuando desperté, la mañana tocaba a su fin. El pequeño reloj de viaje marcaba las once y media. Se abrió la puerta. Elizabeth traía té y tostadas con miel. Permaneció en silencio a mi lado mientras desayuné. Fue un silencio amoroso que llegué a percibir y del que no me aparté. Me ofreció ropa suya. ¡Qué paradoja! Elizabeth había guardado mis prendas en un bolso. Me vestí con sus tejanos, que arremangué, y con su grueso jersey, que casi me llegaba a las rodillas. Elizabeth me vistió con las prendas de Elizabeth.

Más tarde tuve la sensación de que me veía a mí misma mientras me marchaba de aquella casa. Los tres sabíamos que yo podía hacerlo y que estaba preparada.

Los vi por el retrovisor cuando se dieron la vuelta y emprendieron el regreso a casa: un joven alto y una mujer de largas piernas. De espaldas era imposible precisar su edad.

Supe que me habían salvado la vida.

CAPÍTULO XXX

Nunca le mencioné a Charles mi visita a Escocia. Él a veces me miraba y decía: «Has cambiado, Ruth, pareces más tranquila». Y así fue, estaba un poco más tranquila.

Poco después Elizabeth rompió con Daniel.

¿Cómo lo supe?

Daniel vino a Lexington, silencioso y pálido, mejor dicho, blanco. Fui yo quien abrió la puerta. Meneó lentamente la cabeza, una y otra vez. Su dolor me enfureció. Yo aún no estaba totalmente recuperada. Los años de maldad no estaban todavía reparados. No lo ayudé. Comprendedme, me sentí indigna.

Acabo de decir una mentira.

Tuve miedo de que Charles lo viera. ¡Sentí vergüenza! Se me descompuso la expresión. Los músculos de mi rostro se acomodaron para repeler a Daniel.

Para devolverle la intensidad de su dolor, para aplastarlo. Daniel asimiló el golpe, bajó la cabeza y se marchó.

—¿Quién es? —preguntó Charles.

Cuando Charles llegó a la puerta, el chico ya había desaparecido.

—No era nadie —respondí.

No volví a saber de él.

CAPÍTULO XXXI

Todo esto sucedió hace unos años. No importa cuántos.

Ella ha muerto.

Murió de cáncer. Recibí una llamada telefónica del médico del pueblo. Obviamente me había mencionado como su pariente más próximo.

—¿La señora Garton?

—Sí.

—Soy el doctor Mackintosh.

—Dígame.

—Lamentablemente tengo que darle una triste noticia. Se trata de Elizabeth Ashbridge.

—¿Ha muerto?

—Sí. Lo siento mucho.

—¿Qué ocurrió?

—Cáncer. Fue un proceso muy rápido. Cáncer de mama. Comenzó en el pecho izquierdo. Temo que acudió a mí demasiado tarde. Era una mujer excepcional.

—Sí, lo sé.

—Cuando le hablé del cáncer me respondió: «Es extraño que no crezca en el corazón». Jamás lo olvidaré. «Es extraño que no crezca en el corazón». Dijo que se debía a la pena.

—Tal vez tenía razón.

—Tengo entendido que usted es su pariente más próximo. ¿Es su hermana?

—Hasta cierto punto.

—No sé qué más decir. ¿Está dispuesta a...?

—Sí. Anotaré sus señas y las del hospital. Nosotros... Charles y yo nos ocuparemos de todo. Esta tarde nos reuniremos con usted.

—Me agrada conocerla. Tengo instrucciones que la señora Ashbridge dispuso se le dieran a usted en caso de muerte. Creo que se refieren al funeral. La carta está sellada.

—Comprendo. Naturalmente respetaremos la voluntad de Elizabeth.

—Sí, por supuesto.

—Debo hablar con mi madre, con su madre. Le estoy muy agradecida. Gracias. Colgué.

La compañera... la compañera de mi vida había muerto. Había muerto durante la noche, mientras yo yacía junto a Charles. No habíamos notado nada. Simplemente habíamos dormido mientras ella moría. ¿Pasaré durmiendo la muerte de Charles o él la mía? ¿Luego seguiré conciliando el sueño? He dormido desde la muerte de los chicos.

Charles estaba en el jardín. Me acerqué y permanecí unos momentos a sus espaldas, en silencio. Después pronuncié las palabras. Se volvió hacia mí sin lágrimas en los ojos: nada.

—Ruth, ella me dejó hace mucho tiempo. Fue entonces cuando aprendí... lo cruel que puede ser la vida.

—Creo que debemos ir y traerla a casa.

—Sí.

—¿A quién más hay que comunicárselo?

—A mamá y a la familia Baathus.

—Sí, tienes razón.

¿Conservarían un recuerdo claro de ella, de la esposa del hijo, la que hasta ahora lo había sobrevivido?

—Sí, telefonearé a los Baathus.

—De acuerdo. Vayamos juntos.

Lo hicimos.

No la trajimos a casa. La enterramos en el cementerio del pueblo, según sus instrucciones. La carta que nos dejó era breve, más bien una nota. Decía:

No quiero estar junto a los chicos. Sé que lo comprenderás. Prefiero estar aquí. Una sencilla cruz con mi nombre. Nada más.

Seguimos sus instrucciones casi al pie de la letra. En la lápida hicimos grabar: ELIZABETH ASHBRIDGE, PINTORA. Una cruz de mármol blanco.

Se celebró la lectura del testamento. Me legó cuanto tenía. Los periódicos publicaron necrológicas cortas y poco esclarecedoras. Nadie la había conocido.

Ahora Charles y yo pasamos el tiempo serenamente. Celebramos aniversarios donde antaño celebrábamos cumpleaños.

Si nunca la hubiera conocido, ¿yo habría sido buena? Al final, es lo único que importa.

Estamos aquí para acrecentar la suma de la bondad humana. Para demostrar que existe. Por muy inútil que resulte cada acto individual de arrojo, generosidad, abnegación o gracia, no deja de demostrar que la bondad existe. Cada acto acrecienta el fondo. Necesita reposición, no solo porque el mal abunda y es obstinadamente alimentado, sino porque la bondad ya no es un fin respetable en la vida. El sabueso del infierno —la envidia— la ha echado de casa.

Nosotros, Charles y yo, otrora unidos por el poderoso vínculo de la envidia, flotamos ahora el uno hacia el otro por un mar de pena. Por encima de los rostros de los chicos, que suben y bajan, hasta los sepulcros acuosos, una y otra vez.

Cuando alguno de los dos se acerca al otro, también aflora el rostro de Elizabeth, una y otra vez.

¿Y si no la hubiera conocido? ¿Qué habría ocurrido? ¿Ella me creó a mí o yo a

ella? ¿La soñé? ¿Soy ahora Elizabeth?

Estas preguntas me ocupan mucho tiempo. ¿Tenéis respuestas? Por favor, os ruego que me contestéis.

Respondedme, ahora que os dejo.

Os dejo.

Me marchó.



JOSEPHINE HART, Baronesa Saatchi (1 de marzo de 1942 - 2 de junio de 2011) es irlandesa, aunque sus primeros pasos en el mundo literario los dio en Londres donde, en los años sesenta, dirigió Haymarket Publishing y fundó Gallery Poets.

También produjo obras teatrales de éxito en el West End londinense, entre ellas *La casa de Bernarda Alba*, de Lorca; *The Vortex*, de Noel Coward; y *The Black Prince*, de Iris Murdoch.

Asimismo presentó la serie cultural «Books by my Beside» en la cadena de televisión Thames.

Su primera novela, *Destrucción*, fue un éxito de crítica y público inmediato, y fue adaptada al cine, con el título de *Herida*, por Louis Malle con Jeremy Irons en el papel principal.

Notas

[1] Ama de casa, en alemán en el original. (*N. del T.*). <<

[2] «Yo soy otro», *Una temporada en el infierno* de Arthur Rimbaud. En francés en el original. (N. del T.). <<